

# 1979: ATRACO

Pedro Martínez Rayón

## INTRODUCCION

Han transcurrido once largos años desde aquel lejano 9 de julio de 1979 en el cual tuvieron lugar la mayor parte de los hechos que narro a continuación.

Intencionadamente escribo "la mayor parte de los hechos", porque la autenticidad de todos los relatados no ha podido ser verificada. En su día, cuando traté de mantener una entrevista con los responsables del golpe, me estrellé contra su obstinada negativa a recibirme en el locutorio de la cárcel a la que habían ido a parar. Finalmente, ante mi insistencia, a través del abogado defensor encargado de tan ruidoso caso, me hicieron saber que no deseaban hablar. Estaban en su derecho y, naturalmente, dejé de porfiar. Nunca he vuelto a la carga.

Sin embargo, yo también -como cualquiera de los que permanecemos custodiados en los retretes durante lo que se nos antojó una eternidad- tengo mis prerrogativas y, utilizando una de ellas, he dejado en libertad la imaginación, inventando allí donde carecía de realidad en que apoyarme.

No me cabe duda de que algunos hechos no habrán sucedido exactamente como los cuento, pero también estoy persuadido de que pudieron haber ocurrido de tal manera.

Para variar, la descripción de ciertos episodios se ajusta a la realidad con precisión milimétrica. No en vano les he dado muchas vueltas, he realizado más de ciento cincuenta encuestas entre el personal secuestrado -cada una constaba de treinta y cuatro preguntas- reuniéndome con el Jefe Superior de Policía, miembros de la unidad TEDAX (Técnicos Especialistas en Desactivación de Artefactos Desconocidos), los empleados de la empresa dedicada al transporte de fondos, el cajero y los dos claveros restantes -uno de los cuales, amigo particular muy querido, hace años que nos ha dejado para siempre-.

Aunque conocía de primera mano las alteraciones que un episodio de semejantes características puede introducir en la salud del ciudadano desprevenido, también he hablado largo y tendido con el doctor encargado de los Servicios Médicos de Empresa. El cuadro clínico que puso ante mis ojos reflejaba, al menos en lo referente a los trastornos producidos por la ansiedad y las

dificultades para conciliar el sueño, lo que a mí mismo me estaba sucediendo.

Efectivamente, ha pasado mucha agua bajo los puentes desde aquel nueve de julio. Ni siquiera yo soy idéntico al que fue encañonado con una metralleta cuando me disponía a cruzar el umbral del Banco. Ahora soy un jubilado que no puede escudarse en el exceso de trabajo para posponer, ni un día más, el pago de la doble deuda contraída en fecha tan lejana.

Intentaré satisfacer ambos compromisos de la única forma que tengo a mi alcance: escribiendo sobre aquello. Declarando formalmente que me siento orgulloso de haber pertenecido a una razón social en la que la única pregunta formulada por el máximo responsable al ser informado de que el Banco acababa de ser atracado fue: ¿ha habido alguna desgracia personal?

Parecida vanidad experimento al recordar que, como los demás, también yo fui capaz de estar en mi puesto, trabajando, menos de dos horas después de haber finalizado el episodio, desalojo por bomba incluido.

Ahora me siento más tranquilo, y aún lo estaré en mayor medida cuando confiese humildemente que el bárbaro ignorante que contempló cómo el hombre de TEDAX desactivaba el obsequio de los atracadores ha sido el autor de lo que sigue.

## I

### PLANIFICACION

#### - 1º -

El automóvil que al atardecer había iniciado el viaje que le llevaría desde Madrid a las inmediaciones de Sando, en la provincia de Salamanca, avanzaba ahora lentamente a velocidad inferior a los cincuenta kilómetros por hora.

La carretera comarcal, bordeada de encinas, recordaba un rostro marcado por la viruela y resultaba un inmenso bache interrumpido de cuando en cuando por algunos metros de firme medianamente aceptable.

Los ocupantes del vehículo habían trocado su malhumor inicial por el estado de apatía en que uno se sume al reconocer que las agrias protestas no sirven absolutamente para nada.

El hombre sentado al volante que, prácticamente, no había despegado los labios hasta entonces, dijo con voz ronca tras reducir aún más la velocidad:

- Estamos llegando.

Desde el asiento trasero, una voz femenina y bien modulada respondió en tono sarcástico:

- Ya iba siendo hora. Tengo el culo hecho polvo y los codazos de Topo puede que me hayan escoñado dos o tres costillas.

- La exagerada Lola -se limitó a comentar el aludido medio adormilado.

- Sí, ya estamos -confirmó Ricardo a los pocos minutos deteniendo el coche ante la verja de hierro pintada de negro brillante.- No os bajéis hasta que estemos en el garaje; enseguida os abro -añadió apeándose con presteza.

Cuatro de los viajeros no habían estado nunca en la casa a la que se dirigían y, con lógica curiosidad, trataban de hacerse una idea de cómo era aquello. Sin embargo, la oscuridad y la lluvia que caía incesantemente no les permitieron ver mucho. Un recto sendero de gravilla y algunos árboles enclenques fue todo lo que percibieron.

Ricardo cerró nuevamente la verja tan pronto como hizo pasar el coche al jardín y repitió la operación de apertura y cierre con la puerta del garaje cuando todos se encontraron dentro. Luego, utilizando el acceso interior, pasaron a la vivienda acarreado la impedimenta.

- Son exactamente las doce cincuenta y seis -informó Javi.- ¿Tardarán mucho los otros? -

Y, en vista de que nadie se tomaba la molestia de contestar a su pregunta, agregó:

- Me comería media vaca con patatas fritas y, de postre, un cubo de fresas con nata.

- Lo de la vaca no es posible, pero en la cocina dejé los víveres. Ah, recuerda que vamos a ser diez y las provisiones tienen que durar un par de días -añadió Zaque precipitadamente al ver que Javi salía de la habitación a grandes zancadas.

La sala de estar que ocupaban los cinco recién llegados resultaba confortable, incluso amplia, pero cuando hubiera de acoger a las diez personas que formaban el grupo seguramente no les parecería tan holgada. No obstante, aquello carecía de importancia.

- Voy a salir a la carretera para detener a esos. Con esta oscuridad y lloviendo tan fuerte, me temo que pasen de largo -informó Ricardo a sus compañeros.

- Pero, ¿no habías dicho que Pablo ya estuvo aquí contigo? -inquirió Javi que, de regreso de la cocina, sostenía en sus manos un bocadillo de atún en aceite de respetables dimensiones.

- Sí, es cierto, aunque entonces era de día -confirmó Ricardo poniéndose un largo impermeable y tomando una linterna de su bolsa de lona.- A pesar de que, a estas horas, no pasa un alma por la carretera, mantened las contraventanas cerradas y no encendáis más luces de las necesarias. En el pueblo saben que mis primos están pasando las vacaciones en Málaga y si alguien ve algo sospechoso nos echa encima la Guardia Civil. Así que mucho ojo.

Cuando Ricardo comenzaba a maldecirse por su desdichada ocurrencia de abandonar el cálido refugio de la casa, una claridad difusa inició su aparición en la lejanía prestando a los árboles que alcanzaba a iluminar levemente un aspecto fantasmagórico.

"Ahí deben llegar" se dijo satisfecho ante la idea de que su espera iba a finalizar en unos minutos. Hacía frío; ese frío pérfido y húmedo impropio de la estación y de la zona en que se encontraba que, haciendo caso omiso de la ropa con que uno trata de protegerse, se introduce en el cuerpo e invade los huesos como premonición de la muerte.

El que hacía el plantón no se equivocaba. Pronto apareció el coche que aguardaba; venía muy despacio y aunque ningún otro vehículo circulaba por la carretera, cambiaba las luces de los faros de corta a larga con cierta frecuencia, como un barco utiliza la sirena exigiendo la presencia del práctico.

Tal como había sido convenido, Ricardo se situó en la carretera y, con la linterna encendida hizo varias señales que fueron vistas de inmediato.

- Temíamos que os hubiera sucedido algo -dijo tan pronto como el resto del grupo estuvo a cubierto en el garaje. -Habéis tardado bastante más de lo previsto -añadió.

- Lo único que ocurrió fue que nos hemos extraviado en el cruce que hay junto a la gasolinera -dejó caer Goñi burlonamente con voz que se hacía oír con dificultad a través del filtro de una enmarañada barba.

- Además -continuó el de la pelambreira hirsuta- hemos tenido dos pinchazos. Claro que de esto último Pablo no tiene la culpa. Las ruedas que lleva este coche están hechas una verdadera porquería. Tendremos que colocar unas nuevas antes de que nos jueguen una mala pasada.

- Eso ya está previsto -cortó Ricardo.- Venga, pasad que la gente está impaciente. Y tú, Maite, ¿has comprado las conservas, embutidos y queso que te encargué? Lola ha traído bastantes cosas pero, por si acaso, será mejor que no te hayas olvidado.

- Tranqui, tío; Irurita y yo hemos comprado medio supermercado. Descuida que nos vamos a dar la gran vida. Irún, ya sabes como es, se empeñó en ello y tuvimos que traer chatka. Carísimo, chico, pero la verdad, merece la pena.

La entrada de los miembros que completaban la dotación del equipo fue saludada con alborozo por los que, impacientes, aguardaban su llegada.

Enseguida se hizo ostensible que la habitación más amplia de la casa no iba a ser todo lo espaciosa que sería de desear. Diez personas no podrían sentirse cómodas en aquel reducido lugar. Sin embargo, tendrían que apañarse con lo que estaba a la vista. La recompensa que obtendrían -si las cosas se preparaban a conciencia y el asunto que traían entre manos salía a la medida de sus intereses- sería lo bastante elevada para no andarse con remilgos.

No obstante, se había hecho muy tarde, la gente estaba cansada y lo único razonable era acostarse. Mañana volvería a amanecer.

Ricardo, conocedor de la casa y de las posibilidades que ofrecía, distribuyó las habitaciones. Maite y Lola compartirían la cama matrimonial. Los otros dos dormitorios, cada uno con sólo un lecho, fueron adjudicados a Topo y Zaque. Con sus sacos de dormir extendidos sobre el santo suelo, los demás quedarían libres de aposentar sus reales donde prefirieran; todos con excepción de Ricardo que se reservaba, aquella primera noche en la casa, el diván de la sala. Quedó establecido que, mientras permanecieran allí, quienes utilizaran cama o diván una noche, la siguiente, pasarían a ocupar los sacos y el piso.

Tras una última visita de inspección en la que comprobó el perfecto cierre de puertas,

ventanas y persianas, Ricardo se introdujo en el saco, cerró la cremallera y exhalando un suspiro de satisfacción, se dejó caer sobre el amplio y confortable sofá.

Antes de desplomarse en un profundo sueño, volvió a repasar detenidamente la información obtenida en Gijón a lo largo de aquellos quince días durante los cuales no había hecho nada por entrar en contacto con Irún y Goñi que, también en solitario, se dedicaban a idéntica tarea en la misma ciudad.

Desfilaron ante sus ojos las tediosas horas ocupadas en adquirir datos acerca de los bancos de la plaza, su funcionamiento en cuanto se refería al traslado de fondos, medidas de seguridad, personal que trabajaba en cada uno de ellos, accesos y rutas de convergencia y escape.

Tal como lo entendía él, por unas u otras razones, allí no merecía la pena intentar nada. A la mañana siguiente, cuando comparara notas con los otros dos investigadores, se vería si sus opiniones eran coincidentes.

¡Ojalá alguno de los restantes grupos hubiera obtenido resultados más esperanzadores! En aquellos momentos, con pequeñas variantes, sus compañeros de aventura debían sentirse acosados por iguales dudas y preocupaciones. Quizás la única excepción a la regla sería la constituida por Javi, el cual, probablemente, se estaría preguntando qué tendría para comer el próximo día.

De todos modos, tenía que reconocer que Javi, a pesar de su juventud -sólo tenía veinticuatro años- y su desmedida afición por los placeres de la mesa, era un buen elemento, frío y sereno cuando las cosas se ponían feas.

- 2º -

A la mañana siguiente, bien temprano, unos descansados y otros un tanto entumecidos, fueron haciendo su aparición en la cocina. Deseaban beber algo caliente. El penetrante aroma a café recién hecho los atraía como un imán. Fue necesario tomar las cosas con calma y poner un poco de orden ya que el espacio disponible no era el más apropiado para celebrar desayunos colectivos de tanta enjundia.

Finalmente, la agrupación al completo se encontró reunida en el salón-comedor, la pieza de mayor tamaño de la vivienda, si bien inadecuada para el menester a que iba a ser destinada.

Cuando Joaquín, el primo de Ricardo, había adquirido aquella casa no pudo suponer que algún día iba a servir de retiro a un conjunto de personas que se aprestaban a estudiar la forma más

segura, rentable y limpia de despojar de su dinero a una entidad bancaria. Joaquín desconocía las actividades de Ricardo y si alguien le dijera lo que estaba ocurriendo en su amada casita de Sando, lo más probable sería que se convirtiese en una víctima más del infarto de miocardio.

Ni siquiera daría crédito a quien le asegurara que, durante su última visita, Ricardo había obtenido moldes de las cerraduras de la verja, el garaje y la casa (dos de cada una para eliminar toda posibilidad de fallo).

Estos pensamientos ocupaban la mente del aprovechado visitante que en su fuero interno lamentaba la faena que estaba haciendo a su pariente.

De su meditación vinieron a sacarlo las palabras de Topo que deseaba comenzar a hablar de cosas serias cuanto antes.

- A ver, ¿quién empieza? Creo que si alguno de nosotros ha dado con algo aprovechable debe quedar para el final. Acabaremos antes si los primeros en hablar somos los que poco o nada tenemos que decir. ¿Os parece bien?

Topo aceptó la general falta de respuesta como una muestra de conformidad y, en consecuencia, dio comienzo a su informe.

- En Santander no he encontrado nada que merezca la pena... si lo que queremos es dar un buen golpe. Que yo sepa ninguno de los bancos que funcionan allí tiene la casa central en la ciudad; parece que todos la tienen en Madrid. Además, alguno que podría ser medianamente interesante desde nuestro punto de vista, ofrece dificultades.

Al llegar a este punto de la reseña se interrumpió al ver que Javi mordisqueaba aplicadamente lo que quedaba del bocadillo.

- Perdona, Javi; buen provecho.

- Muchas gracias, Topo. Si crees que comer y escuchar son dos actividades incompatibles -contestó el aludido muy serio- voy a demostrarte que estás equivocado. Has dicho que en Santander no encontraste nada digno de nuestra intervención, y que...

- Basta, basta, Javi. No perdamos el tiempo con tonterías. Y tú continúa, Topo -intervino Zaque.

Topo prosiguió:

- Las dificultades que he encontrado tienen mucho que ver con la seguridad, con la nuestra, naturalmente. A mí, la verdad, eso de que el mar sea uno de los caminos de salida no me gusta nada. Para utilizarlo, caso necesario, nos veríamos obligados a usar una lancha rápida, medio



de transporte sobre el que no tenemos la menor idea. Creo que deberíamos eliminar definitivamente de nuestros planes la posibilidad de Santander, siempre que Irurita no haya encontrado algo que Lola y yo no hayamos visto.

El aludido era el más joven del grupo. A sus dieciocho años aún se ponía rojo como un tomate cuando se veía obligado a hablar ante los demás y, en aquellos casos, tenía verdaderas dificultades para expresarse. Despachó su intervención con media docena de palabras balbuceadas de mala manera. Estaba conforme con lo que había dicho Topo. Santander no merecía la pena.

Entonces le tocó el turno a Ricardo. A sus cuarenta años, con las gafas sin montura, de aspecto serio y ausente, aún no había perdido la apariencia de lo que había sido hasta un par de años atrás: el profesor de instituto que se dispone a explicar una lección complicada al rebaño de alumnos díscolos e inconscientes que la mala suerte le ha deparado.

En aquella ocasión, los "discípulos" se mantenían inmóviles y atentos. Quizás por ello, no se anduvo con circunloquios y fue al grano sin malgastar tiempo ni energías.

- Lo lamento, pero en Gijón he encontrado una situación idéntica a la descrita por Topo. Incluso tenemos la pega del mar; de manera que, si Irún y Goñi están de acuerdo, propongo que nos olvidemos de esa ciudad.

Los dos citados manifestaron su conformidad con lo expresado por Ricardo, y Gijón pasó al olvido.

- Anda, que si Oviedo ofrece las mismas posibilidades que Santander y Gijón, nos va a lucir el pelo -observó preocupada Lola.

- Puedes estar tranquila. En Oviedo, tenemos donde escoger. Hay dos bancos que merecen la pena. Claro que habrá que estudiarlos más a fondo -afirmó con seguridad Zaque.

- ¿Estáis de acuerdo vosotros? -inquirió Ricardo, dirigiendo la mirada sucesivamente a Maite, Javi y Pablo, que habían acompañado a Zaque en su estudio de aquella ciudad.

La primera, haciendo uso de términos que utilizaba con insistencia en su habitual forma de hablar, aseguró:

- Si nos lo montamos guay, podemos levantar cantidad de verdes. Allí hay mogollón de pasta.

Pablo confirmó lo dicho por su compañera y añadió un dato muy interesante. Los dos bancos aludidos estaban situados en una zona ideal para largarse tan pronto como se diera el golpe. El había estudiado las condiciones de la circulación y los lunes y viernes, a partir de las diez de la

mañana, la gran cantidad de vehículos que rodaban en todas direcciones contribuiría a que la huída fuera más fácil.

- Naturalmente, si nuestra fuga se produce antes de esa hora.

Por su parte Javi, incapaz de desaprovechar una oportunidad de lucir su buen humor y poniendo de manifiesto que se movía a impulsos originados en el estómago, aseveró que cuanto se le había dicho acerca de las ventajas de Oviedo era cierto y que además reunía otra que nadie mencionaba pero que él, en honor a la verdad, iba a citar:

- En Oviedo se come de maravilla -dijo con laconismo y rostro imperturbable.
- Bueno, basta de bromas -atajó Ricardo-. Vamos a lo que interesa...

Se disponía a proseguir cuando, en el silencio que momentáneamente se adueñó de la atestada habitación, se escuchó el estridente ruido de una moto que se acercaba viniendo desde el pueblo situado a poco más de tres kilómetros. El sonido dejó de oírse cuando el estruendoso trasto sobre ruedas llegó a la altura de la casa.

- Parece que tenemos visita -dejó caer desde su elevada estatura Goñi.
- No os mováis y no hagáis ruido -recomendó Ricardo-. Voy a observar desde el ventanuco de la cocina.

Los nueve permanecieron inmóviles en los lugares que ocupaban. Únicamente Topo se llevó la mano al costado izquierdo que abultaba de modo anormal, pero al captar la mirada burlona que le dirigía Maite, cerró el puño y lo retiró precipitadamente flexionando los dedos de manera espasmódica.

Transcurrieron unos minutos y el general mutismo fue roto por el fragor de la motocicleta

más a fondo.

- Me parece muy bien y creo que lo primero que tendríamos que decidir es quienes van a ir destacados a Oviedo. Supongo que lo mejor es que quienes vayan sean precisamente algunos de los que no han estado nunca allí -opinó Zaque, muy cuidadoso de los pequeños detalles.

- Claro -aprobo Javi-; eso es fundamental.

- Entonces convendrá enterarse de cuál de los dos bancos de que se ha hablado puede ser más rentable... para concentrar en él nuestra investigación -dijo Lola.

- Parece lógico -admitió Irún.

- Muy bien -volvió a tomar la palabra Ricardo-. Pero para ahorrar tiempo y hacer las cosas bien, deberíamos tomar nota de todo lo que vaya decidiéndose, ¿no os parece? Por supuesto, cuando cada uno sepa perfectamente el papel que le toca representar quemaremos el guión, por si las moscas. Irurita, ¿te importaría hacer de secretario? ¿no? Pues entonces toma papel y bolígrafo y vete escribiendo. Siéntate ahí, al lado de Maite.

- En vista de que vosotros, Topo, Lola, Ricardo, Irún, Irurita y Goñi, no habéis aparecido aún por Oviedo -dijo Zaque-, debíais ocuparos de ello ahora. ¿Os parece bien?

Los seis aludidos concedieron su tácito visto bueno y pasaron a formar parte de la primera anotación en el plan de operaciones a cargo de Irurita.

Se convino, por mayoría -como en todas las decisiones que se tomarían-, que la primera tarea de quienes habían de trasladarse a la capital norteña consistiría en descubrir la entidad financiera más prometedora.

Cuando Irurita se disponía a tomar nota del acuerdo, Pablo, que ya había prestado su conformidad, se contradijo advirtiendo que aquella parte del trabajo sería una pérdida de tiempo:

- Creí que ya os había dicho que sé muy bien cuál de los dos bancos es el que más nos conviene; es el Ferrero. No es ningún secreto que se ocupa del pago de la mayor parte de los jornales de Funosa y Ennodesa, las dos empresas más grandes de Asturias. El banco tiene que enviar cada mes a sus sucursales cantidades muy gordas que retira del Banco de España y deja un día o dos en su caja fuerte, hasta el momento del traslado. Cualquiera que sepa leer ha podido enterarse de estos datos echando un vistazo a la prensa local.

- Está bien; si tan seguro estás -concedió Topo-, podíamos evitarnos la tarea. Si nadie se opone, debíamos decidir definitivamente que sea el Ferrero el que vamos a ordeñar. Eso por un lado; y por otro, cómo tenemos que actuar los seis que vamos a Oviedo.

- Yo creo que Topo y Lola deberían aprovechar otra vez los papeles esos en que aparecen como matrimonio, meterse en alguna pensión cerca del banco -yo estuve en una que queda enfrente- y desde allí vigilar hasta que se caigan de culo -apuntó Pablo.

- El culo de tu abuela -interpuso Lola sin muestra alguna de enfado; más bien como si dijera únicamente lo que se esperaba de ella en semejantes circunstancias.

Irurita dirigió una mirada a sus compañeros y, observando que ninguno de ellos se disponía a hablar, escribió: Banco Ferrero; y en la línea siguiente: Topo y Lola, matrimonio, a pensión acera de enfrente.

- ¿Qué vamos a hacer los otros cuatro? O sea, Ricardo, Irún, Goñi y yo -preguntó el que escribía, realizando un visible esfuerzo para conseguir expresarse.

- Tú y yo -le respondió Goñi-, podríamos buscar en las afueras de Oviedo, no muy lejos, una casa con garaje -algo así como ésta- y alquilarla. Si encontráramos una con jardín nos vendría de perilla. Los jardines me encantan porque debajo de las flores puede esconderse lo que uno quiera hacer desaparecer de la circulación.

- Vosotros dos -aprobó Ricardo- podéis pasar sin problemas por viajeros de comercio...

- Sí -volvió a responder Goñi-; de artículos para la limpieza del hogar. Ya lo hicimos en otras ocasiones y dimos el pego.

- Con la furgoneta vieja y rectificada, podéis moveros libremente. Tendremos que comprar unas cajas de detergente, gel, limpiacristales y cosas de esas -prosiguió Ricardo, indicando por medio de un ademán de sus manos que Irurita debía seguir escribiendo.

- Naturalmente, si el lugar en que se alquila la casa es pequeño, no conviene que en él actuéis como vendedores; hay que evitar que un exceso de realismo os coloque en un aprieto. Lo que es importante, más aún, esencial, es que, para cuando demos el golpe, estéis perfectamente engranados en la vida comunitaria; que alternéis en bares y tabernas con los vecinos, que juguéis con ellos al tute o a lo que se juegue allí, que se os vea todos los días y, además, que caigáis bien.

- Tendré que pelarme la barba, porque con esta pelambra no puedo evitar asustar a la gente -reflexionó con amargura Goñi.

- Nada de eso -contradijo Zaque-. Vale más que ahora la dejes como está y que la rapas cuando llegue el momento de ahuecar el ala. Cualquiera que te haya visto con esa especie de felpudo facial no podrá reconocerte afeitado. En cambio, Irurita -que tiene cara de crío- podría colocarse una postiza para largarse.

- Estás en todo, tronco. Y tú, Iru, vas a molar cantidad -se chanceó Maite que, sin perder palabra de cuanto se decía había liado un porro con manos expertas y se aprestaba a encenderlo.

- Bien; entonces -opinó Javi- Ricardo con Irún pueden actuar por separado. Pero, conviene que contéis con algún sitio para ponerlos en contacto si hace falta. Yo conozco una sidrería, "El Ferroviario", en la calle Gascona donde entra tanta gente y hay tal barullo que nadie se fija en quien tiene a su lado. Y, encima, ponen unos pinchos de tortilla...

- Vale -accedió Irurita anotando- pero lo de los pinchos no lo escribiré.

- ¿Qué tal si hiciéramos un "reseso", como dicen los mejicanos? Podíamos suspender esto un rato para tomar algo. ¿No os parece? -preguntó Lola sin dirigirse a nadie en particular.

Como siempre cuando se trataba de cuestiones tocantes a la alimentación, Javi concedió su entusiasta adhesión.

- Vamos allá, que me muero de hambre.

- 3º -

Cualquiera que hubiese tenido la oportunidad de contemplar el buen humor y despreocupación que reinaban en la cocina a los pocos minutos de que la reunión fuese suspendida, dudaría mucho antes de aceptar el hecho de que aquellos bromistas estaban preparándose para cometer un atraco que, por la cuantía de lo que intentaban apoderarse, la excelente planificación y la frialdad con que sería realizado, había de ocupar las primeras páginas de la prensa nacional y extranjera durante largo tiempo.

Hasta el mismo Ricardo había abandonado su seriedad habitual y mientras, entre codazos, ayudaba a Maite a pelar una enorme pila de patatas, gastaba bromas a cuantos le rodeaban.

Lola, con la colaboración de Zaque y la supervisión de Javi que no cesaba de obsequiar a la pareja con bien intencionados pero disparatados consejos, cortaba lonchas de jamón que, junto con las patatas fritas formarían el primer plato de la improvisada comida.

Un enorme queso manchego iba perdiendo su forma original bajo el cuchillo manejado despiadadamente por Topo. Una fuente recibía los cuadraditos casi perfectos que, con meticulosidad, eran colocados en forma de celosía.

- Arrea -no pudo contenerse Maite al ver aquella artística muralla de queso- no tenía idea de que te diera por la arquitectura. Eres un as del machete.

Topo, como si nada hubiera oído, continuó amontonando tacos del fragante queso. Estaba abstraído en su tarea pero no tanto que le pasaran inadvertidos los repetidos intentos hechos por Javi para apoderarse de la prueba. Invariablemente, la mano que cauta y subrepticia avanzaba en dirección a la torre de queso era golpeada juguetona pero firmemente con la parte plana de la hoja del trinchante y había de retirarse vacía y dolorida.

Irún, cuyo único defecto conocido de sus compinches estaba constituido por una elevada dosis de sibaritismo, excesivo para sus veinticuatro años -los otros opinaban que si ya hubiese superado los sesenta podría perdonársele-, no cesaba de clamar por aquella sopa de tortuga que había tenido la oportunidad de probar durante su última estancia en su San Sebastián natal.

- No seas plomo y déjate ya de tortugas -exclamó cansado Pablo-. Lola ha traído unos sobres de sopa instantánea que está estupenda. Prepárate una y verás lo que es bueno.

- Calla, ignorante; no digas barbaridades. ¿Cómo puedes comparar la sopa de tortuga con esas porquerías?

- El que las comparas eres tú. Yo no he comparado nada. Además, si la haces y luego no te gusta, yo la tomaré y si sobra algo lo usaremos como anticongelante para los coches.

En un rincón de la cocina, tropezando con los demás, recibiendo continuos golpes, incomodísimo pero con buen humor, alguien sacaba de los paquetes de plástico tostadas de pan de molde y fiambres variados.

No sería aquel un almuerzo distinguido pero, pese a lo que dijera Irún, contendría abundantes calorías y cubriría sobradamente sus necesidades.

No transcurrió mucho tiempo sin que la voz de Maite se elevara por encima de la conversación general anunciando que el que no deseara consumir su ración allí mismo podía pasar a hacerlo en la sala de operaciones.

- A ver, callaos un momento -añadió con voz de mando- cada uno que coja de esa bolsa plato y cubiertos. Son de plástico pero de lo mismo son los de Iberia. También hay vasos. El vino y la cerveza están en las cajas, debajo de la mesa. ¡Ah!, me olvidaba, el tenedor con la zarpa izquierda, el cuchillo con la derecha. ¿O es al revés? Pasad por aquí, yo os iré sirviendo.

Dócilmente, como si se tratara de los chicos de un parvulario, todos fueron pasando en relativo orden ante Maite y Lola que depositaban en los platos que se les tendían abundantes raciones de jamón y patatas fritas. Al salir de la cocina, recogían el pan de molde colocado en dos altas pirámides.

Haciendo equilibrios para no dejar caer nada al suelo, manteniendo precariamente plato, cubiertos, pan y vaso pasaron a la pieza bautizada pomposamente como "sala de operaciones".

Allí, lentamente, entre bromas y chanzas -algunas de auténtico mal gusto- dieron fin al almuerzo que terminó por el queso tan amorosamente tallado por Topo. Luego, café muy cargado.

Después, cuando ya se disponían a reanudar la sesión interrumpida para reponer fuerzas, fueron encendidos varios porros. Daba la sensación de que en aquel humo de olor acre y característico trataban de hallar inspiración y acierto. Sólo renunciaron a fumar la hierba Irurita y Ricardo; casualmente el más joven y el de mayor edad del grupo.

- Bueno, si estáis preparados, podemos seguir -propuso Zaque.

Irurita volvió a ocupar su puesto de secretario honorífico y, bolígrafo en ristre, se dispuso a tomar nota de cuanto fuera acordado.

- Habíamos resuelto que Topo y Lola van a hospedarse en una fonda frente al Banco Ferrero. Allí tendrán su base de operaciones. Observarán el banco, las entradas y salidas de los empleados, vigilantes, policía, traslados de fondos. Creo que había quedado sin precisar la cobertura de Ricardo e Irún.

- Nosotros -sugirió el mencionado en primer término- podríamos hacernos pasar por reporteros gráficos, de plantilla en una revista, a punto de aparecer, que realizan un reportaje sobre la presencia del arte prerrománico en la zona. ¿Qué tal?

- Hombre -observó Javi en tono guasón- eso sería magnífico si vuestra coartada se tuviera en pie. Pero, ¿de dónde vais a sacar los monumentos?

- Se ve que se te dan mejor los temas relacionados con la mesa que con la cultura -acusó Ricardo-. Mis alumnos más despistados -cuando enseñaba en un Instituto de Bilbao- sabían que en Oviedo, más concretamente en el Monte Naranco, hay dos construcciones de aquella época. Y bastante bien conservadas por cierto.

- Entonces -intervino Topo siempre deseoso de ganar tiempo-si os parece bien, estos dos pertenecen desde ahora mismo a la publicación trimestral "Mundo Prerrománico".

- Anotado -declaró Irurita.

- ¿Qué os parece si ahora, puesto que ya ha sido decidida la plaza donde vamos a actuar y quienes se desplazarán como observadores sobre el terreno, digo, qué os parece si hablamos un poquito del método general que vamos a seguir en la operación? -propuso Zaque.

- Me parece de perlas -aprobo Pablo- porque, la verdad, hasta ahora sólo se ha decidido

cuál va a ser el gato y quiénes los ratones que iniciarán la colocación del cascabel, pero no se ha dicho ni una palabra de cómo se va a intentar ponerlo.

- Enhorabuena, Pablito -bromeó Maite-. El símil te ha quedado precioso.

- Como hay que empezar por el principio -manifestó Topo- yo mismo puedo sugerir algo; vamos, como lo veo yo. Luego, lo discutimos y más adelante se hacen las modificaciones necesarias, se toman los acuerdos oportunos y el "secretario" anota.

- ¿Hay alguien que se oponga? -inquirió Ricardo.

La respuesta fue un no unánime, en vista de lo cual Topo volvió a tomar la palabra.

- En líneas generales y resumiendo -ya entraremos en detalles más adelante- propongo que el negocio se realice así:

»1º) Los seis elegidos nos desplazaremos inmediatamente a Oviedo. Lo haremos, como la Guardia Civil, por parejas.

»2º) Una vez allí, Lola y yo intentaremos alojarnos en la pensión de la que ya se ha hablado. Si lo conseguimos contaremos con un excelente puesto de observación.

»3º) Los "reporteros gráficos" acudirán al Ferrero preguntando si ya ha llegado la transferencia que esperan de Madrid. Naturalmente, se les contestará que no. De vez en cuando, insistirán.

»4º) Los dos vendedores de detergentes y similares actuarán con rapidez para alquilar una casa en las afueras de Oviedo.

»5º) Todos los jueves, por ejemplo, podemos acudir al cine o teatro más importante de la ciudad...

- El teatro Campoamor -interrumpió Maite.

- ...iremos a la función de las siete y media, por separado. Mejor dicho, separados pero por parejas. En el caso de que tengamos que comunicarnos alguna novedad, los servicios son el sitio más seguro, naturalmente observando las precauciones de rigor. Pero tú, Irurita, ¿por qué no escribes?

- Perdona, es que estoy un poco asustado. Menudo rollo que tienes, ¿de dónde sacas todo eso? -consiguió articular enrojeciendo como un pimiento.

- Déjate de coñas y escribe. Mañana tenemos que largarnos de aquí, sabiendo cada uno de nosotros el papel que ha de representar. Quedamos en que un día a la semana nos veremos en el Campoamor. Y por si esto fuese poco, los sábados también podemos echarnos una ojeada en la sidrería "El Ferroviario" recomendada por Javi. Creo que, por el momento, sobre Oviedo no hay más



que decir. Repito que de momento.

»6º) En cuanto a Javi, Zaque, Maite y Pablo se repartirán las visitas a Bilbao y Madrid. Hay que ultimar los detalles de la financiación y, tan pronto como nos entreguen los fondos, tenemos que hacernos con el equipo.

- ¿Alguien tiene idea de lo que vamos a necesitar? -interrogó Pablo.

- El otro día -respondió Goñi- hablábamos de este asunto Ricardo, Lola y yo y llegamos a la conclusión de que nos van a hacer falta metralletas, revólveres, walkis, pasamontañas, buzos; ah, se me olvidaba, goma-2 y varias placas de matriculación con la letra O.

- ¿Cómo que goma-2? ¿Es que quieres volar el banco? -preguntó el secretario accidental.

- Claro que no; no seas bárbaro. Con el explosivo podíamos dejar, en sitio bien visible, un regalito preparado para estallar dos horas después de nuestra marcha. Así tendrán tiempo suficiente para avisar a los especialistas en desactivación antes de que haga pum. El obsequio nos facilitará la fuga.

- Bueno, y ¿qué más? Quiero decir, ¿qué otras cosas nos hacen falta? -inquirió Pablo-. Hasta ahora no se ha hablado de medios de locomoción o se habló muy poco del tema. Y es muy importante.

- Es cierto -concedió Topo-. Y además de ser importante, es algo que te chifla.

- No puedo negarlo. Me pirran los coches y la velocidad.

- Pues procuraremos complacerte -prosiguió Topo-. Colocaremos las matrículas de las que hablaba Goñi en un par de coches, los más potentes que podamos "pedir prestados" en León, en Burgos o en Madrid, y lo mismo haremos con la furgoneta preparada con la que ya contamos. A medida que vayamos reuniendo el material, lo iremos trasladando, siempre procurando hacerlo por la noche, a la vieja nave de Pinto. Javi y Zaque, que se mueven en el País Vasco como peces en el agua, podían encargarse del armamento; Maite y Pablo, especialistas en vehículos a motor, de reunir el parque móvil, sin olvidar que no conviene pasarse haciéndose con coches de lujo que llamen la atención. Potencia y velocidad, sí. Ostentación, no. ¿Escribes, Irurita?

- Pues claro, ¿qué crees que estoy haciendo, leche?

- Está bien; no lo tomes por la tremenda. A mí, no se me ocurre nada más. Creo que convendría leer lo dicho hasta ahora. Así podemos discutirlo con calma y añadir lo que proceda. Por otra parte, puede que alguno de vosotros, o yo mismo, tenga algo que agregar.

En vista de que nadie oponía reparos, el pendolista, lentamente, haciendo esfuerzos, dió

lectura a cuanto había ido reseñando a lo largo de la sesión.

Sólo Ricardo, como siempre concienzudo y realista, acaso en función de sus cuarenta años de edad, expresó algunas dudas y deseos de puntualizar ciertos extremos. Aclarados éstos, Lola propuso realizar una pausa para preparar la comida y, entretanto, que todos reflexionaran para tratar de averiguar si debía añadirse algo nuevo a lo ya comentado o si convenía suprimir alguno de los puntos. La invitación fue aceptada sin votos en contra.

- 4º -

El almuerzo transcurrió en un ambiente alegre y si no hubiera sido por las anotaciones de Irurita, a las que Zaque echaba una ojeada de vez en cuando, nadie hubiera podido sospechar el motivo real que había concentrado al heterogéneo grupo en lugar tan apartado.

Tan pronto como se dio término al yantar y se retiraron restos, platos, cubiertos y vasos, dejando despejada la habitación, Ricardo tomó la palabra.

- Si me lo permitís, voy a decir algo. Me parece que, aparte de convenir la fecha en que nos volveremos a reunir, el sitio donde lo haremos y, por supuesto, después de eliminar cualquier pista que pudiera delatar nuestra presencia en la casa, aquí ya no tenemos nada que hacer. También creo que debiéramos irnos de noche; lo mismo que vinimos. Así que, cuando hayamos terminado, sería bueno que nos armáramos de paciencia y aguardáramos hasta las dos o las tres de la madrugada; aunque tengamos que ponernos a jugar al mus.

- Otra nueva sesión de codazos a la vista -se quejó Lola, tentándose las costillas con ademanes teatrales-. Pero tienes razón. Tenemos que irnos igual que vinimos. Sin despertar sospechas.

- Conforme -aprobó Zaque-. Y, hablando de fechas, supongo que Javi y yo habremos conseguido lo que pretendemos allá para mediados de junio.

- Puede que antes -corroboró el aludido-. De todas maneras, vale mediados de junio.

- Lo nuestro es bastante más fácil, ¿eh, Pablo? -comentó Maite-. No necesitamos tanto tiempo.

- Es verdad -confirmó Pablo-. Lo de afanar coches resulta tan sencillo que casi me da vergüenza. Para no tener problemas lo dejaremos hasta el veintiséis o el veintisiete de junio. Pero, para entonces tendremos que disponer de las placas.

- Descuidad, eso será lo primero. Nos haremos con ellas muy pronto; en Madrid las recogeréis.

- Entonces, para eliminar imponderables, ¿qué os parece si nos volvemos a ver el día, o mejor dicho, la noche del treinta de junio? En Pinto. Como la casa y la nave están donde Cristo dio las tres voces, no sería necesario que nos señalemos un horario para cada uno. Sin embargo -continuó Ricardo-, para evitar sorpresas si cuando llegemos al pueblo observamos algo sospechoso, pasaremos de largo y volveremos a la noche siguiente.

- Lo dicho en relación con Zaque, Javi, Maite y Pablo, conforme -asumió Ricardo, reflejando la opinión general-. En cuanto a los seis restantes, que vamos a actuar en tres parejas, creo que lo más oportuno sería un rápido traslado a Oviedo. Estamos a veinte de marzo; esto quiere decir que tenemos poco más de tres meses para realizar la tarea de observación, estudio e implantación en aquel medio. Supongo que si nos espabilamos podremos hacerlo sin problemas, aunque no nos sobrará tiempo. A mi juicio, la tarea de Irurita y Goñi va a ser la más comprometida. No por lo que tienen que hacer, sino por la forma en que habrán de realizar su cometido; a cara descubierta. Ya sé que como no están fichados la cosa es menos peligrosa, pero por otro lado hemos de admitir que van a hacerse ver repetidamente en una infinidad de sitios. En otro orden de cosas, yo tendré problemas por ser un "viejo amigo" de la policía, así que Irún, todavía un perfecto desconocido para esos señores, tendrá que actuar con más frecuencia que yo. Por lo que se refiere a Lola y Topo, si hay suerte, dispondrán de un observatorio inmejorable. Cuando hayan estudiado a satisfacción lo que se mueva enfrente de su balcón, dedicarán las horas del "bocadillo" -de diez a doce- a vigilar y mezclarse con los empleados del Banco Ferrero que acuden a las cafeterías cercanas; parecen ser seis u ocho. Y creo que ya he dicho cuanto quería. ¿Has escrito, Irurita?

- Claro. Lo más importante y en plan resumido.

Después, las horas transcurrieron lentas, interminables, a pesar del mus, jugado con las

llegada- se marchó. Entonces rodaba en dirección contraria a la que había venido, cruzando el pueblo de Sando de extremo a extremo.

Poco después, Ricardo había finalizado la última ronda de inspección por todas las habitaciones. Quería asegurarse de que nada, absolutamente nada, delataría su paso por allí. En dos enormes bolsas para la basura retiró cuanto no pertenecía a sus primos. Cuando estuvo convencido de que el chalet quedaba como había sido encontrado, dio la orden de ocupar el segundo coche, lo sacó a la carretera con las luces apagadas, cerró la verja exterior y, encendiendo el alumbrado del vehículo, una vez cerciorado de que ningún otro se acercaba, abandonó el lugar dirigiéndose hacia el cruce en sentido opuesto al seguido por sus compañeros.

Lo último que el detallista Zaque había querido hacer, antes de abandonar el refugio provisional, fue asistir a la quema del plan de operaciones, naturalmente cuando estuvo convencido de que cada integrante del equipo conocía a la perfección su cometido.

- 5º -

El automóvil conducido por Pablo disfrutó de mejor suerte en el regreso que en la ida. Aparte de un nuevo pinchazo -afortunadamente el encargado del volante se había empeñado en reparar los dos sufridos con anterioridad- el trayecto de vuelta no tuvo historia y los viajeros despacharon el tiempo dormitando o bostezando, casi sin cruzar palabra. Si alguien les hubiese preguntado lo que experimentaban, y hubieran accedido a responder diciendo la verdad, casi con toda seguridad las contestaciones se parecerían como gotas de agua. Experimentaban la curiosa sensación conocida a la perfección por quienes saben que el plazo para realizar una acción peligrosa se acorta. No era miedo; ni siquiera temor. Quizás, las palabras que definirían con mayor fidelidad su estado mental y anímico fuesen excitación y expectación. Venía a ser como una agudización de los sentidos, producida de manera espontánea, de la que, la mayor parte del tiempo, no eran conscientes.

Aquella callada exaltación permanecería presente hasta que la acción planeada tocara a su fin con el éxito o el fracaso. Luego, insensiblemente desaparecería, dejándoles la impresión de encontrarse vacíos.

La noche del treinta de junio, tal como había sido acordado, los diez integrantes del "comando" -así habían decidido llamar al grupo quienes financiaban la operación- se hallaban reunidos en la destartalada casa lindante con la ruinosa nave-almacén. Ambas construcciones estaban

situadas en un lugar apartado, a unos dos kilómetros de Pinto.

Cuando los capitalistas del golpe habían contactado con Ricardo casi un año antes, encomendándole la formación del equipo, le habían entregado dos millones de pesetas en metálico. "Para los primeros gastos", le habían dicho. "Tan pronto como dispongas del personal adecuado y de un estudio previo, si la cosa es seria y promete, podrás contar con otros diez millones".

Entre las primeras medidas tomadas por el ex-profesor figuró la compra del tinglado y la vivienda. El primero había conocido mejores tiempos como fábrica de colchones, cerrada a raíz de un incendio que la había destruido casi por completo. La casa no había soportado la prueba del fuego, pero una sucesión de inquilinos subrepticios, entre los que podía contarse una numerosa familia de individuos inidentificables a la que la Guardia Civil imputaba cuantos robos se producían en Pinto, la habían dejado ayuna de tuberías, cables de la luz y material sanitario.

El propietario de las dos ruinas no podía dar crédito a sus oídos cuando Ricardo se brindó a adquirir el doble montón de piedras, y al escuchar la cantidad ofrecida -una suma ridícula- se apresuró a aceptar y a eclipsarse, una vez cubiertos los trámites legales y embolsado el dinero.

Luego, los dos inmuebles fueron rápidamente adaptados para lo que habían de servir: refugio y almacén para personas y materiales, respectivamente. El exterior, de aspecto decadente, había sido respetado y, en realidad, la única inversión costosa se hizo en modernas cerraduras y formidables candados.

- ¿Habéis cenado ya? -preguntó Javi tan pronto como se incorporó a la reunión, después de encerrar el coche en que había venido-. Tengo un hambre canina -añadió, haciendo caso omiso de las miradas desaprobadoras que le lanzaba Topo.

- Cada uno ha cenado donde ha podido -respondió Zaque-. Por cierto, ¿qué te ha pasado? ¿Cómo llegas tan tarde? Normalmente eres el primero; hoy, en cambio, el último.

- Yo suelo viajar en vehículos rápidos -ya sabéis que me gusta la velocidad- pero, en esta ocasión, me salió el tiro por la culata. El primero que conseguí tuve que dejarlo a los pocos metros; no anduvo ni medio kilómetro. Estaba sin gasolina. El segundo, tenía mal la batería. Por fin, el tercero iba como una seda hasta que, de repente, paró y no fui capaz de arrancarlo ni a tiros. Luego, tuve que conformarme con lo único que encontré. Un "seiscientos" viejo y maltratado. No tengo nada contra el "seiscientos", es un utilitario formidable, pero no ha sido diseñado para participar en Daytona.

- Total -se burló Maite-, que las pasaste moradas. Bueno, para compensar el mal trago, te

autorizamos a visitar lo que en este palacio se conoce como cocina. Prepárate algo rápido y ven enseguida. Tenemos que empezar.

Quizás para compensar la lentitud de su desplazamiento hasta el punto de la reunión, Javi regresó a la sala donde se celebraba ésta con celeridad inusitada. Acudía propinando enormes dentelladas al bocadillo de generosas proporciones que se había preparado en tan breve espacio de tiempo.

- Buen provecho -deseó Ricardo-. Y ahora, si no tenéis inconveniente, empecemos. ¿Ha habido problemas a la hora de recoger el dinero? -agregó, dirigiéndose a Zaque.

- Ninguno -respondió el aludido-. Tu llamada telefónica y lo que les dijiste de mí hicieron milagros. Después, tal como quedamos, vine aquí y escondí la pasta a la espera de ver los resultados de nuestras gestiones en San Sebastián y Pasajes.

- Allí las cosas ya no fueron tan sencillas -intervino Javi, tragando apresuradamente el último trozo de su improvisada cena.

- Entonces, ¿qué ha pasado? -preguntó el barbudo Goñi. ¿No habéis conseguido lo que buscabais?

- No corras tanto; al final todo se arregló, pero de mano las cosas se pusieron feas. Parecíamos haber tropezado con el cenizo -se lamentó Zaque-. Cada uno de los contactos que tenemos en la zona parecía haberse evaporado. Nadie soltaba prenda. Más tarde nos enteramos de que, como consecuencia del atentado hecho contra dos concesionarios de Renault en Irún y Bilbao, los responsables de la Organización habían cruzado la frontera. Entonces, cansados de dar palos de ciego y temiendo que si continuábamos haciendo preguntas alguien podría escamarse, resolvimos prescindir de intermediarios y acudir directamente a los mayoristas. Javi, que además de tener buen diente posee una excelente memoria y mejores relaciones, recordó de pronto el nombre de un amigo que, a su vez, es pariente del íntimo de un individuo que anda en tratos con cierto libanés residente en San Juan de Luz. Este último vende armas a gran escala. La importancia de este pájaro estuvo a punto de echarlo todo a rodar; para él, una partida tan pequeña como la que nosotros pretendíamos comprar no merece la pena. En fin, el caso fue que, después de mucho rogar, logramos hacernos con diez fusiles ametralladores Kalashnikov, otros tantos revólveres y abundante munición -aquel puerco nos obligó a cargar con la suficiente para otra "guerra de los cien años"-, comprometiéndose a entregarnos el material en un descampado, a veinticinco kilómetros de aquí, a los pocos días de haber hecho el trato. También accedió a renunciar al cobro por adelantado como es su costumbre, diciendo

que como lo que nos vendía sería utilizado en una buena causa...

- Lo de pagar contra recibo del género, igual que lo de exigir hacernos cargo del material lejos de nuestro almacén, se debe a la jeta del tío sinvergüenza. ¡Tiene tal cara de ladrón que no me explico cómo no está pudriéndose en chirona desde que nació! -comentó el aficionado al abundante comer, indicando con un gesto a Zaque que debía continuar.

- Cuando nos entregaron las armas, tuvimos la precaución de cerciorarnos de que nuestros proveedores se iban de veras; de que no se quedaban por los alrededores para seguirnos y apoderarse de lo que acabábamos de adquirir. Luego, vinimos aquí haciendo más eses que un borracho y ocultamos el material en el sitio preparado en el sótano de la nave. Si conseguir el armamento fue laborioso, en cambio hacernos con el resto de las cosas que vamos a necesitar en Oviedo no tuvo la menor dificultad. Podía haberse encargado de ello un chiquillo de diez años. Los diez walkies, los compramos todos de la misma marca, de dos en dos, en cinco comercios diferentes; los buzos en un comercio especializado en ropa para trabajadores industriales. Son amarillos de tono reflectante, y se ven a quinientos metros. No me explico para qué los quieres así -dijo, mirando a Ricardo con rostro en el que se retrataba la estupefacción-, pero hemos cumplido tus instrucciones.

- Muy sencillo -explicó el estratega del grupo-. Está demostrado, más allá de toda duda, que a ciertas horas se ven mejor aquellos que intentan pasar desapercibidos que quienes no tratan de ocultarse. No me negarás que varios hombres, vestidos con buzos como esos, adornados, además, con letreros adhesivos en pecho y espalda diciendo DESRATIZACION, no es fácil que despierten sospechas. ¿Qué amigos de lo ajeno -en su sano juicio- van a disfrazarse con semejantes reclamos?

- Los bidones -explicó Javi-, tampoco nos plantearon pegas.

- ¿Qué es eso de los bidones? -se interesó Irurita-. Esta es la primera noticia que tengo de que vamos a utilizar bidones. ¿Para qué son?

- Ha sido algo pensado a última hora -aclaró Ricardo-. Los utilizaremos para ocultar el dinero, envuelto en plástico; así lo pasaremos por los controles que instalará la poli en cuanto nos larguemos del Banco. Nadie recelará de media docena de bidones marcados con el anagrama de CEPESA.

- Hasta ahora, todo parece haber ido sobre ruedas. ¿Es posible que no tuvierais ningún fallo? -inquirió Lola, verdaderamente intrigada-. Yo ya intervine en otras dos aventuras parecidas a ésta y nada parecía salirnos a derechas.

- No, no tuvimos la misma suerte en lo que intentamos -negó Zaque-. Fracasamos en lo de

los pasamontañas. ¡Parece mentira que no los haya a la venta! No hubo manera de conseguirlos. Por lo menos, hasta el momento. Claro que, en última instancia, podemos recurrir a las medias de mujer.

- No me gustaría tener que ponerme una en la cabeza -afirmó Maite, inquieta-. La única vez que lo hice estuve a punto de desmayarme. Me da algo parecido a la claustrofobia.

- No será necesario -la tranquilizó Pablo-. Yo los he visto el año pasado, en una tienda de artículos para los deportes de invierno; en la calle Montera. Puede que en esta época del año no los tengan en el escaparate, pero seguro que hay existencias.

Durante breves instantes el silencio se adueñó de la destartada estancia en que se celebraba la reunión. Los diez asistentes a la misma ocupaban sus puestos en torno a una mesa de pino que lucía abundantes señales de los cigarrillos abandonados con negligencia r9e a la ms ctrupababainstances enic



empeñase en hacerse con él.

- No es ningún secreto. Veréis: el propietario del tercer coche es un lechuguino que vive en la misma casa que yo; en el piso de arriba. Es un mamón que se las da de conquistador y que ya me tiene hasta más arriba de los pelos. Estrena coche un año sí y otro no. Desde el día que me cazó mirando el último BMW que había comprado, no me deja en paz, invitándome a dar una vuelta. Hace tres meses aparcó delante del portal el Volvo más potente y caro que se vende en España. En aquel momento yo salía. Al verme, volvió a las andadas. En resumen, tanto lo puso por las nubes que quise comprobar las cualidades del coche por mí misma y aquella noche lo retiré del garaje. Me limité a obedecer al pelmazo y vine hasta aquí dando una vuelta; como él quería. Va a ser un paseo más largo de lo que imaginaba y además él no estará conmigo como testigo...

Maite se proponía continuar hablando cuando Ricardo la interrumpió.

- Todo eso está muy bien, pero estoy seguro de que habíamos quedado en prescindir de automóviles lujosos.

- Es verdad -admitió la chica-. Aunque ahora, después de la operación de cirugía estética que le hicimos aquí mismo, nadie se atrevería a darle ese calificativo. Le hicimos varias abolladuras estratégicamente situadas, con una cizalla le arrancamos media aleta delantera y rompimos una bisagra de la puerta trasera izquierda, atándola con cable de acero. Después, le pusimos varios parches de fibra de vidrio, y para rematar la faena, lo pintamos de otro color. Antes era gris claro metalizado; ahora es marrón mate. Vamos, que no lo reconocería ni la fábrica que lo parió. Lo único auténtico es la mecánica. Una maravilla. Trabajamos como negros, pero valió la pena, ¿eh, Pablo?

- No sigáis; ya vale -intervino Ricardo-. O sea, que disponemos de tres turismos, y una furgoneta con motor trucado y falso fondo. Entonces, no necesitamos más que otra furgoneta o camioneta pequeña, de las de reparto, en cuyos laterales habrá que pegar adhesivos con la leyenda de "CEPSA".

- Eso está hecho. Mañana mismo nos encargamos de ello Maite y yo -afirmó Pablo.

- De acuerdo; entonces, vamos a explicar cómo han ido las cosas por Oviedo. Para hacerlo con cierto método, hablará uno solo de cada pareja, a menos que el que informa olvide algún detalle importante. Si os parece bien, Topo puede comenzar.

## II

### OBSERVACIÓN

#### - 1º -

»Desde donde nos dejó el autobús que nos llevó del aeropuerto de Ranón a Oviedo, fuimos andando hasta la pensión de la calle Favila. Queríamos tomar contacto con la ciudad cuanto antes. En realidad, esa urgencia fue la que nos obligó a cambiar los planes y viajar desde Madrid en avión en vez de en tren. Después nos dimos cuenta de que el tiempo ganado en el aire se pierde en el trayecto por carretera, infame vía de acceso que atraviesa una populosa villa industrial repleta de obstáculos.

»Tuvimos la suerte de encontrar habitación en la pensión recomendada por Pablo. Es un sitio tranquilo donde no se oye una voz más alta que otra, en el que se come muy bien, por un precio razonable. Además, y esto ha sido lo más importante, desde el balcón del dormitorio que nos adjudicaron, sin necesidad de asomarse, a una distancia aproximada de veinte o veinticinco metros, pueden verse la puerta principal de nuestro objetivo y, a través de grandes ventanales, el interior de la oficina. El edificio es de tamaño considerable, tres pisos y planta baja, tiene una enorme cúpula sobre la que descansa un letrero pregonando que aquello es el Banco Ferrero.

»Al día siguiente, a las seis de la mañana, Lola ya estaba de guardia detrás de los visillos. Lo mismo que vio ella volvimos a verlo los dos muchas veces. Hacia las seis y cuarto empezaron a llegar mujeres -más adelante se confirmó nuestra opinión de que se trataba del servicio de limpieza-; a las seis y media las veinte encargadas de dejar los despachos en condiciones estaban en el interior. A esta misma hora entraba un hombre de uniforme y salía otro. Supusimos, y luego comprobamos que estábamos en lo cierto, que el sereno de noche era relevado por un vigilante jurado.

»Alrededor de las siete y cuarto llegaban los empleados más madrugadores, gente cumplidora o que estaba de papeles hasta las orejas, aunque la hora de entrada no se inicia oficialmente hasta las ocho en punto, con un margen de tolerancia de diez minutos para firmar en el reloj que señala con exactitud el momento en que el empleado se incorpora al tajo. Esto, por supuesto, lo supimos con certeza más tarde, y nos fue corroborado por Ricardo e Irún, los fotógrafos de "Mundo Románico".

»En las primeras jornadas de observación la cantidad de personas que usaba hacia adentro la puerta giratoria -me refiero a las entradas hasta las ocho y diez- era más elevada que a comienzos de mayo, mes en que disminuían a causa del número de funcionarios que iniciaban el período anual de vacaciones. Naturalmente, en la misma época se producía la incorporación de quienes lo habían disfrutado en abril. La verdad es que, al principio, no conseguíamos que el recuento nos cuadrara y no teníamos la menor idea sobre el sencillo motivo de la aparente falta de lógica. Poco después todo fue aclarándose y aquello dejó de ser el rompecabezas inicial. Posteriormente, a partir del momento en que comenzamos a rondar por bares y cafeterías cercanos, donde la mayoría del personal acude a tomar el café de la mañana, estuvimos en condiciones de conocer la cifra total de gente que presta sus servicios en el banco. No anduvimos muy descaminados al calcular el número de empleados en trescientos cincuenta. ¡Mucha gente para manejarla con facilidad! Habrá que tener mucho tacto y hacer las cosas con prudencia si no queremos que el asunto se nos vaya de las manos.

»Un día, por fin, conseguimos estudiar la actuación de los responsables del traslado de fondos. Venían del cercano Banco de España a bordo de tres vehículos blindados pintados de un chillón color yema de huevo. De cada fortaleza rodante -que aparcó ante la puerta- se apearon tres vigilantes uniformados. Dos hombres de cada coche pasaron al interior de la empresa y otro permaneció en actitud alerta, junto a la camioneta de la que había descendido, mientras otro más se quedaba al volante.

»Los guardianes del exterior no parecían excesivamente preocupados por la importancia de su misión, y aunque no perdían detalle de lo que sucedía a su alrededor, conservaban las armas en las fundas.

»Debían ser las nueve cuando los seis hombres regresaron portando doce pesadas maletas que introdujeron en el interior de los vehículos por la puerta trasera que fue cerrada de inmediato. Luego, todos ocuparon sus puestos y, haciendo bastante ruido, se fueron en dirección contraria a la utilizada para venir unos diez minutos antes, pues la calle Favila, continuación de la principal de la ciudad -la llamada Buría- es de sentido único, circunstancia favorable a nuestros proyectos.

»Idéntica rutina fue seguida las seis veces más que fuimos testigos de aquella acción.

»Recuerdo muy bien -confesó Topo a la atenta audiencia- que a raíz de aquella observación, puede que al día siguiente o al otro, sorprendimos una conversación mantenida por dos jóvenes que habíamos visto entrando en el Banco a primera hora de la mañana. Uno de ellos, que tomaba un café con leche y despachaba con evidente apetito una media luna, tenía desplegado ante sí

uno de los periódicos locales en el que, en primera página y en grandes titulares, figuraba la reseña de un atraco perpetrado en Barcelona. Botín conseguido, dieciocho millones. Era la segunda vez que aquel banco había sido asaltado.

"Se ve que tienen mala suerte", había comentado el lector. "En cambio, a nosotros nos han dejado en paz".

"Hasta ahora..." respondió su compañero encogiéndose de hombros con ademán fatalista.

»Aquel cambio de impresiones nos dio en qué pensar. ¿El Banco Ferrero no había sido asaltado nunca por ser considerado un bocado demasiado duro de roer o por creerlo poco rentable?

»Las noticias que teníamos indicaban que la segunda posibilidad debía ser olvidada. Entonces quedaba en pie la primera. Sin embargo, a nuestro favor teníamos un par de elementos importantes. El primero de ellos, la sorpresa. De este factor habíamos hablado largo y tendido en la época en que Ricardo me propuso tomar parte en el golpe. El había dicho entonces algo que influyó decisivamente en mi decisión de ser de la partida. "Cuando una persona o un conjunto de personas como esa empresa advierte que pasan los años sin que se produzca ni un solo intento de ataque, inevitablemente tiende a bajar la guardia. Por muy sofisticados que sean sus sistemas de seguridad, el elemento humano que los controla se relaja. Entonces, y no antes ni después, ha llegado el momento de intervenir y aprovechar la ocasión para recoger la cosecha".

»En aquel instante -siguió Topo- me convencí de que la cosa podía hacerse. Hoy, estoy más seguro que nunca. Los vamos a coger con los calzones colgando.

- Y tú, Lola, ¿tienes algo que añadir?

- De lo que nos atañe directamente, nada. Cuando hablen los demás, saldrán a relucir otros detalles. Pero, sí; ya que me das ocasión, me gustaría decir que debíamos tener cuidado, no nos vaya a pasar lo que creemos le va a suceder al Ferrero. No me explico muy bien...

- Te explicas formidablemente, Lola -interrumpió Ricardo-. Utilizando uno de tus giros predilectos, haré de intérprete. Has intentado ponernos en guardia contra el exceso de confianza que puede obligarnos a "cagarla".

- Exacto -aprobó la chica-. Prefiero estar al sol que "a la sombra".

- Como todos, querida, como todos -se apresuró a corroborar Pablo, con calor.

- Excelente. Entonces, teniendo en cuenta que si fuese necesaria una segunda vuelta, no tenéis más que decirlo, creo que los "agentes comerciales" podrían contarnos sus andanzas, ¿no os parece? -inquirió Pablo, sin dirigirse a nadie en particular.

- 2º -

- ¿Tú o yo? -preguntó Goñi a Irurita.

- Mejor que lo hagas tú -respondió el segundo-. Ya sabes que a mí, esto de soltar discursos se me da fatal. Aunque sea entre amigos.

- De acuerdo -accedió el barbudo Federico-. Pues veréis. Hicimos el viaje a Oviedo en la furgoneta. No digo que no sea el vehículo ideal para algunas tareas, pero como medio de transporte deja mucho que desear. Es incomodísimo; tiene una suspensión como la de un vagón de mercancías. Los cuatrocientos y pico kilómetros nos parecieron cuatro mil, aunque, al fin, llegamos. Como hasta el momento en que diéramos con la casa ideal para lo que vamos a hacer, no teníamos dónde meternos, fuimos a buscar alojamiento en la misma pensión en que se albergaban Topo y Lola desde dos días antes. Entonces, nos dijo la patrona, no tenían habitaciones libres, pero dispondrían de una doble el miércoles siguiente. Entretanto, si queríamos, podía hablar por teléfono con la Fonda Jimena; estaba muy cerca, en la calle de los Pozos, y era un sitio buenísimo; ella nos lo recomendaba. Dijimos que sí. Mientras aguardábamos, salió Lola de una habitación próxima y se dirigió a la puerta de la calle. "Buenas tardes", saludó al pasar a nuestro lado. "Hasta luego, hija", respondió la dueña de la pensión, colocando la palma de la mano sobre el aparato. La Fonda Jimena, adonde nos trasladamos rápidamente, parecía un calco de la que acabábamos de abandonar por falta de plazas. La propietaria, idem de lienzo. Se trataba de dos señoras regordetas, de mediana edad, pelo que comenzaba a blanquear recogido en lo alto de la cabeza formando moño, y vestidas con el hábito del Carmen. Las dos mujeres no se hacían la competencia basándose en el juego de precios; la estancia costaba exactamente igual en ambos establecimientos. Tan pronto como llevamos la impedimenta a nuestras habitaciones, Irurita salió de la suya. Le llevaba a doña Jimena un par de paquetes de detergente. "De los de muestra", le escuché decir, quitando importancia al obsequio. A la mañana siguiente, salimos de casa, anduvimos veinte metros, doblamos la esquina a la derecha y nos encontramos en la calle Favila, a dos pasos de la otra pensión y del Ferrero. También nosotros queríamos trabar conocimiento con el futuro teatro de operaciones. Pasando ante el Banco, continuamos caminando hasta finalizar la vuelta a la manzana. El paseo duró menos de diez minutos. Luego, satisfechos por el momento, regresamos a la calle de los Pozos, fuimos a la inmediata Plazuela de Riego, subimos a la furgoneta que había permanecido aparcada allí toda la noche y

salimos de Oviedo. La víspera, antes de acostarnos, ocupando la desierta salita, fingimos preparar varias rutas para la venta de los productos de limpieza que representábamos. En realidad, lo que hicimos, con ayuda de un mapa de carreteras, fue estudiar los alrededores de la ciudad. Queríamos familiarizarnos con los pueblecitos cercanos, con los accesos y salidas de Oviedo...

- Vaya, menos mal. Creí que nunca ibas a llegar a eso -dijo Javi, con tono de alivio.

- No le hagas caso, Goñi. Y tú, Javi, perdona; pero debes tener en cuenta que los detalles son muy importantes -intervino Zaque.

- Procuraré complacerlos a los dos -prometió el primero de los mencionados-. Conforme a lo que, desde el comienzo de nuestro asunto, habíamos decidido, queríamos encontrar un pueblo no demasiado grande pero no tan pequeño que cada uno de nuestros movimientos fuese mirado como un acontecimiento; además tenía que estar situado cerca de la ciudad donde íbamos a actuar y, por si todo eso fuera poco, en ese lugar tan especial deberíamos alquilar o comprar una propiedad grande, con garaje lo suficientemente amplio para guardar dos o tres vehículos, y, forzosamente, tendría que estar en las proximidades del pueblo, pero no excesivamente cerca, contar con pozo, a ser posible seco, y disponer de jardín y/o huerta. Antes de tener la suerte de tropezar, casi por casualidad, con lo que pretendíamos, dimos más vueltas que una peonza. Visitamos Colloto, Lugones, Trubia, Caces, Las Caldas, La Manjosa y otros pueblos que ya he olvidado, todos ellos a distancias que van desde los cuatro hasta los doce kilómetros de Oviedo. En ninguno de estos lugares vimos nada parecido a lo que buscábamos. Cuando empezábamos a sentirnos hartos, alguien nos habló de una finquita situada en San Claudio, a unos seis kilómetros de nuestra base. Allí fuimos sin esperanza ninguna; pero nos equivocábamos. Aquella sería la respuesta a nuestras oraciones -si hubiéramos rezado para dar con ella-. La propiedad está como a kilómetro y medio del pueblo y separada de éste por un bosque de eucaliptos y pinos. Para llegar a ella no es necesario pasar por el poblado.

»La casa, en realidad deberíamos llamarla caserón, se encuentra en un estado lamentable; tiene seis habitaciones y un comedor o salón, o lo que sea, enorme. En la parte trasera hay una nave - parece que antiguamente la utilizaban como lagar para pisar manzana y hacer sidra- en la que caben cinco o seis coches. Hay jardín, pozo y caseta para perro, aunque sin animal. Y, hablando de animales, también hay una cuadra destartada y ruinoso en la que debe hacer siglos no entra el ganado... Antes de continuar, me gustaría que me explicaras -dijo Goñi, dirigiéndose a Ricardo- el por qué de las condiciones del pozo seco y la caseta del perro. Supongo que no se tratará de un capricho, pero no puedes figurarte lo difícil que nos puso las cosas.

- Claro que no ha sido por capricho. Creí que lo sabíais. En el brocal de un pozo, es decir, un poco más abajo, es sencillísimo preparar un hueco todo lo amplio que se desee. Lo mismo puede hacerse bajo la caseta del perro.

- Naturalmente -concedió Goñi-. Bueno, entonces continuó. Una vez encontrado el lugar, lo demás fue fácil; alquilamos aquello por un año, pagando a toca teja, y nos hicimos amigos del dueño, un paisano con más conchas que un galápago. Nos dijo que autorizaba todas las mejoras que quisiésemos, siempre que él no tuviera que soltar la pasta. En fin, yo creo que el sitio es magnífico, apartado y cercano a la vez; la gente -entre la cual ya hemos comenzado a movernos- es tranquila y amable. Si hemos de decir toda la verdad, será mejor que no ocultemos la única pega que se puede poner. El itinerario más corto que lleva desde Oviedo a San Claudio, pasa en parte a través de uno de los barrios más poblados de la ciudad: el de La Argañosa. Además, cruza un paso a nivel del ferrocarril, sin barrera. Ya hemos investigado el horario de los trenes que circulan por esa vía y, por suerte, no pasa ninguno en el momento en que, presumiblemente, lo haremos nosotros. Y aún nos queda un amplio margen de seguridad. Los de las siete y cinco, las ocho y cinco, y las nueve y cinco de la mañana son demasiado madrugadores -a esas horas, o no hemos comenzado o todavía no hemos terminado- y los posteriores pasarán por allí mucho después de que lo hayamos hecho nosotros. Me parece -declaró el falso vendedor de detergentes- que ya no me queda nada en el saco. A menos que tengáis que hacer alguna pregunta.

- Hace un rato -indicó Javi- has dicho que ya habíais iniciado la relación con la gente de San Claudio. ¿Por qué no nos lo cuentas con más detalle?

- Si os interesa... Aunque lo cierto es que ya hace tiempo que empezamos los contactos. Vereis: a los tres o cuatro días de llegar al pueblo, entramos en uno de los dos bares más importantes. Debían ser las ocho de la tarde, quizás un poco menos. Había bastante gente. En rincones opuestos dos partidas de tute se disputaban la atención de los presentes. Algunas personas, la mayoría hombres maduros con aspecto de agricultores o ganaderos, no apartaban la vista del tapete verde y celebraban con carcajadas y burlas algunas jugadas desafortunadas. Únicamente abandonaban sus puestos tras las sillas de los contendientes para acercarse al mostrador en busca de un "culín" de sidra. El ambiente era ruidoso y amigable. Cuando entramos, nos dirigieron algunas miradas de despreocupada curiosidad. Pedimos un par de vasos de vino, y los paladeamos con lentitud, apoyando la espalda en la pulida barra de latón. Volvimos a diario y muy pronto consideraron nuestra presencia tan normal como la del mobiliario. Es más, no pasó demasiado tiempo sin que nos

invitaran a formar parte de la timba cotidiana. Cuando ninguno de los clientes de aquel establecimiento sintió extrañeza ante nosotros, sin dejar de acudir al mismo, comenzamos a dejarnos caer por el otro chigre; allí vimos con satisfacción que sus parroquianos eran prácticamente los mismos que los del primero. En fin, creo que esto es todo. Hoy podemos afirmar que Irurita y yo somos dos pilares de la sociedad de San Claudio. Estamos seguros de que allí nos aprecian de veras. Hasta nos han invitado a formar parte de la Sociedad de Festejos en calidad de asociados de número. Ya hemos pagado la correspondiente cuota anual. En cuanto a lo que has dicho antes, Ricardo, cuando quieras podemos acondicionar aquello -la caseta del perro o el pozo- como escondite. Nadie nos verá hacerlo, y aunque nos vieran no sospecharían nada.

- Muy bien -aprobó Ricardo-; entonces, como una vez terminada esta reunión todos nos iremos a Oviedo, vosotros dos podéis dedicaros a cavar el agujero debajo de la solana sobre la que se encuentra la caseta del perro. Tomad, ahí tenéis un dibujo que os ayudará. ¿Creéis que no necesitareis ayuda?

Irurita y Goñi inclinaron la cabeza sobre el papel entregado por Ricardo y, tras estudiarlo brevemente, garantizaron que en tres noches terminarían la tarea. La tierra extraída la irían llevando



paso por Londres, cubría Oviedo. Lo raro es que por allí no pasa ningún río, que yo sepa.

- Parece -intercaló Maite- que sí. Por Oviedo pasa un río, el Río de San Pedro, pero lo han hecho circular por el subsuelo. Allí hay una calle que lleva ese nombre.

- ¡Anda que no estás tu poco informada!- se admiró Javi.

- Bueno, ¿sigues o no? - zanjó la cuestión Topo, acérrimo enemigo de toda pérdida de tiempo.

- De acuerdo, continuó -accedió Irún-. En la estación cogimos un taxi que nos llevó al Hotel Ramiro I -nombre muy en consonancia con el título de la revista para la que diríamos trabajar-. Aquella misma mañana, después de descansar un rato tratando de olvidar el infame traqueteo del tren, fuimos al Banco Ferrero. Para hacerlo no tuvimos más que cruzar una pequeña plaza, descender la calle en cuesta que bordea el Parque de San Francisco y, al llegar a la parte más baja, girar en ángulo recto hacia la derecha, y pasar ante el edificio de la Diputación Provincial. Por fin estuvimos en el interior de nuestro blanco. En información nos dijeron a qué ventanilla deberíamos acudir para preguntar por la transferencia que aguardábamos. Como sabíamos sucedería, nos informaron de que no había ninguna transferencia para nosotros. Ni la revista Mundo Románico, ni nadie, había transferido doscientas cincuenta mil pesetas, con las cuales se abriría una cuenta corriente, a nuestro nombre. Los financieros del golpe que propinaríamos al Banco más importante de Asturias no ordenarían el envío de dinero hasta cuatro o cinco días después. Esto nos permitiría entrar a diario en el Banco incluso más de una vez, familiarizarnos con el entorno, localizar a los vigilantes o guardianes, conocer el número de éstos y saber los lugares que ocupaban normalmente. Más adelante, tan pronto como dispusiéramos de la información necesaria, trazaríamos el croquis más aproximado que nos fuese dado. Si queríamos eliminar probabilidades de fallo sería preciso disponer del mayor número posible de datos sobre la distribución de locales, situación de la caja fuerte o cámara acorazada, acceso a ésta, número, tamaño y emplazamiento de los servicios higiénicos; tendríamos que saberlo todo acerca de los sótanos, puntos dónde existían timbres de alarma o dispositivos de seguridad. Esta tarea, a primera vista imposible de realizar, era mucho más sencilla de lo que parecía. En primer lugar, el elevado número de empleados -si bien constituía un serio problema a la hora de proceder a su inmovilización- era, tenía que ser, una valiosa fuente de noticias. Entre tantas personas sería imposible que no encontráramos algunas descontentas, deseosas de abrir el saco en que conservaran la carga de agravios reales o imaginarios. Sabíamos que cuando una persona se considera postergada, humillada o explotada -efectiva o imaginariamente- es sencillísimo

hacerla hablar; basta con propiciar el momento, el lugar o la ocasión. Cuando alguien así inicia la confesión es difícilísimo hacerle callar. Para que diga lo que interesa escuchar basta un mínimo empujoncito en la dirección adecuada. Si alguno de los seis que nos proponíamos frecuentar los lugares en que se movían los empleados lograba entrar en contacto con uno solo -bastaba uno- que se encontrara en esas condiciones y además fuese aficionado a la bebida, nuestro pequeño plano sería una hermosa realidad y entraríamos en posesión de inapreciables detalles concretos. Pero, volviendo a las visitas a la ventanilla de transferencias, después de la primera realizada simultáneamente por los dos, comenzamos a aparecer por allí de uno en uno, aunque yo hice muchas más apariciones que Ricardo, puesto que, por ahora -y espero que durante mucho tiempo más- no soy conocido de la poli. En cierta ocasión monté una pequeña trifulca. Dije al tío de la ventanilla de marras que desde Madrid me habían comunicado que en la Sucursal del mismo Banco le juraban por todos los santos que la transferencia ya había sido hecha hacía tres días. Que habían hablado con el señor Pascual, cajero del Banco Ferrero, de Oviedo. El ventanillero, un pájaro con cara y dientes de caballo, debió perder la paciencia ante mi insistencia y murmuró algo en voz baja que me pareció poco amable para mi madre. Después dijo que el cajero no se llamaba Pascual, sino Recios. Volví a insistir elevando la voz. Entonces se acercó el jefe de Departamento. Al escuchar la historia que le largué ordenó a "cara de caballo" que fuese a buscar al cajero; que le rogara que pasara por allí. Dos minutos más tarde, un ordenanza uniformado vino a verme. Me pidió que le acompañase a un despachito próximo. Enseguida estuve en presencia del verdadero cajero. Sobre la mesa, un rótulo de cristal negro pregonaba que el ocupante de la mesa era el señor Recios, cajero. El hombre, con una paciencia impresionante, soportó mi cuento, se embolsó la tarjeta que le alargué en la que se decía que Luis Díaz Suárez, Reportero Gráfico, formaba parte de la plantilla de la revista "Mundo Prerománico", y me entregó la suya, profesional también, que proclamaba a Manuel Recios Díaz como Cajero del Banco Ferrero. Confesé al señor Recios que nuestra revista nos había destacado a Oviedo -a otro compañero y a mí- que nos serviría como base de operaciones para realizar desplazamientos a los distintos puntos de la provincia donde se conservaban varios importantes monumentos románicos. Cuando me preguntó en qué hotel nos alojábamos, para informarnos tan pronto se recibiera la transferencia, y le respondí que en el Hotel Ramiro I, estuve a punto de meter la pata, pues a su comentario de "muy apropiado, muy apropiado" no faltó un pelo para que le dijese que no veía la relación entre una cosa y otra. Afortunadamente, en el último instante, mantuve cerrada la boca.

- Supongo -aventuró Javi- que conmigo no serás tan reservado. Ya me contarás...

- Sí, ya te explicaré -accedió Irún-. Pero ahora continuaré con lo que estaba diciendo. Al salir del Banco fui a reunirme con Ricardo. Habíamos quedado en vernos en una cafetería no muy alejada de allí, frente al Teatro Campoamor. Pedimos al camarero el listín telefónico local y en él encontramos el domicilio del cajero. Nos serviría para futuras referencias.

- Y, ¿del personal con el que os mezclabais a diario qué? ¿No obtuvisteis ninguna información? -inquirió Zaque.

- No mucha, aunque siempre se aprendía algo. En todas partes hay bocazas, y la profesión bancaria no podía ser distinta. Eran datos mínimos, todos de escasa importancia, pero si los sumábamos todos... Aunque todavía ninguno de nosotros tenía mucho que decir a los demás, el primer sábado que pasamos en Oviedo, como si nos hubiésemos puesto previamente de acuerdo, fuimos a parar al Bar Ferroviario, la sidrería mencionada por Javi, sí, creo que por Javi. Por cierto, los pinchos de tortilla merecen la pena. Creo que todos sentimos lo mismo al vernos allí. Vernos nos dio seguridad. Quince días más tarde la suerte nos sonrió. Ricardo y yo habíamos entrado a tomar café en un bar muy modesto cerca de la casa del cajero -tampoco descuidábamos este extremo de la madeja-. Allí nos dimos de bruces con "cara de caballo", el tío de la ventanilla de transferencias. Parecía estar muy contento, demasiado a mi juicio, y celebraba a gritos los chistes malos de un programa de televisión. Era sábado, a pesar de lo cual el establecimiento estaba casi vacío. Ricardo se dio cuenta enseguida de las posibilidades que ofrecía el encuentro. El empleado del Ferrero me había reconocido a pesar de las brumas alcohólicas entre las que vacilaba. Yo le saludé como si no recordara la desagradable escena que nos había enfrentado hacía poco tiempo, insistiendo en invitarle a que tomara unas copas con nosotros. No fue muy difícil convencerle y acabó tomando asiento a la mesa que ocupábamos. Pronto estuvo más borracho que una cuba pero, cosa curiosa, parecía tener un sexto sentido para dar un giro cuando parecía a punto de contarnos algo interesante. Íbamos a irnos dejándolo por imposible cuando hizo su aparición un individuo, también bastante achispado, a quien nos presentó como otro funcionario, un colega empleado en su misma empresa aunque en otro negociado. Cuando "cara de caballo" se marchó a casa -al menos allí nos dijo que se dirigía- el nuevo contacto se quedó con nosotros. Bebía como una esponja y no puso inconvenientes al invitarle a acompañarnos a otro establecimiento. En la cafetería donde entramos, un local moderno con música ambiental y escasez de parroquianos, Pepe, así nos dijo que se llamaba, comenzó a despachar doubles de ginebra como si creyese que se iba a agotar...

- Bueno, ¿y pudisteis sacarle algo de interés? -preguntó Pablo.

- A eso voy, no te impacientes -prosiguió Irún-. Aquel borrachín era un amargado. Para él en toda la empresa no había nadie que reuniera los méritos que él tenía, a pesar de lo cual allí se ascendía a cualquiera menos a él. Trabajaba, rompiéndose el alma, en aquel cochino Banco desde hacía treinta años sin que se le reconociese el sacrificio que hacía. Le reservaban las tareas más humildes y pesadas, como si fuese un auténtico burro de carga. Ni uno solo de los jefes tenía la más ligera idea de por dónde andaba, etc. Ricardo y yo nos limitamos a echar leña al fuego y ginebra en su vaso. El muy bestia tenía un aguante prodigioso; ante nuestros ojos había despachado casi una botella de aquel matarratas que parecía no hacerle el menor efecto. De pronto, comenzó a repetirse y a divagar. Había llegado el momento de sonsacarle con habilidad. Como si le hubiésemos inyectado escopolamina, Pepe se destapó y nos facilitó muchísimos datos, unos nuevos y otros que confirmaban lo que ya habíamos averiguado por distintos conductos. En ciertos momentos nos asustó. Producía la sensación de que estaba leyendo en nuestros cerebros y respondía a preguntas que no habíamos formulado. No teníamos ni idea de que la ginebra produjese semejante estado de percepción. Se dice así, ¿no, Ricardo?

- Así es -confirmó el aludido.

- El charlatán nos contó cómo el Ferrero se hacía cargo de un montón de pasta a primeros de mes, cómo lo retiraba del Banco de España y de qué manera enviaba el dinero en metálico a sus sucursales situadas en las cuencas mineras. Nos dijo que los fondos, en realidad los salarios del personal contratado por las dos sociedades más importantes de la provincia, permanecían siempre diez días, todo lo más doce, en la caja fuerte -una enorme cámara acorazada con paredes de hormigón armado-, imposible de forzar, como se había demostrado durante la Revolución de 1934, en que habían fracasado los intentos realizados con dinamita. Pepe habló, con admirable sentido de lo teatral, de las toneladas que pesaba la puerta de acero que daba acceso a aquella cueva de Alí-Babá, de las tres llaves que accionaban las fallebas, barras y pestillos, se extendió sobre la imposibilidad de intentar abrirla a horas distintas a las señaladas en el reloj especial que la gobernaba ya que entonces ni siquiera utilizando las tres llaves podía hacerse nada. Pepe presumió de la amistad que le unía a los guardianes de las llaves segunda y tercera, Bruñido y Fajardo. La primera era custodiada por el cajero, el señor Recios.

- ¿Y vosotros creéis que puede darse crédito a todo lo que dijo el tal Pepe? -preguntó Topo-. ¿Cómo demonios está enterado de tantas cosas ese prójimo? Y, sobre todo, ¿por qué os lo ha contado? Tengo entendido que los empleados de banca son la discreción con corbata.

- Es verdad -confirmó Ricardo-. Los bancarios son, en general, gente muy reservada que no habla nunca de lo que sucede en sus empresas. Precisamente el negocio bancario está basado en la sensatez y el silencio. Parece que nuestro Pepe es la oveja negra de la profesión, la excepción a la regla. Además, no podemos olvidar que tenía una cogorza monumental y hablaba movido por el alcohol y el despecho. Me inclino a creer que Pepe ha dicho la verdad y que cuando comprenda, si lo recuerda, que sus confidencias nos han venido muy bien, por lo menos se apartará de la bebida. Eso si no se cuelga de un árbol.

- Sigo, entonces -anunció Irún, que había aprovechado la intervención de su compañero en las artes fotográficas para beber un vaso de agua-. El utilísimo Pepe llevó su cortesía hasta el extremo de anunciarnos que a primeros de julio, quizás a causa de la paga extraordinaria, dormían en el sótano del Banco unos ciento cincuenta o ciento sesenta millones de pesetas. "¿Tanto?", le habíamos dicho, para hacerle seguir hablando. "¿Y no tienen miedo de que se produzca un atraco?". "Eso es imposible", contestó entre carcajadas. "La caja es in-ex-pug-na-ble", dijo con gran dificultad y pronunciando cada sílaba por separado. "Además, contamos con un montón de guardas jurados armados hasta los dientes -cosa que posteriormente comprobamos no era cierta- y, cuando se hacen los traslados de fondos, los furgones blindados traen otra pila de hombres armados -esto sí era verdad-". Pepe se disponía a hacer otra confidencia, tras apurar las últimas gotas de la botella, cuando se le cerraron los ojos, emitió un gorgoteo y se vino hacia adelante. Yo lo cogí al vuelo y le apoyé la cabeza sobre la mesa, dejándole como almohada unos billetes para el camarero. Luego, discretamente, nos largamos sin que nuestra marcha fuese advertida por nadie.

- Y ¿no volvisteis a verlo? -quiso saber Pablo.

- Sí, lo vimos varias veces, por las mañanas, a la hora del bocadillo, en alguna de las cafeterías inmediatas al Banco. Pero el filón de Pepe se había agotado. El no nos reconoció y, por nuestra parte, procuramos no hacernos demasiado vistos; por si las moscas... Oye, Ricardo, ¿por qué no sigues tú? Estoy cansado de hablar y me temo que voy a agarrar una ronquera fenomenal.

- 4º -

- Está bien; continuaré yo. Por fin, una mañana, cuando Irún preguntó por la transferencia, le dijeron que había llegado. ¿Qué pensábamos hacer con el dinero? Abrir una cuenta corriente indistinta a nombre de Jorge Sirio Cardús y Luis Díaz Suárez -así figurábamos en la documentación

falsa, permisos de conducir y DNI que usamos-. No existía problema para abrir la cuenta, pues de Madrid habían llegado, también, las tarjetas de muestra de firmas. A partir de aquel momento nos convertimos en clientes del Ferrero y, como tales, disfrutaríamos de distintos privilegios. Entre éstos eran dignos de tener en cuenta el de acudir a los servicios en un momento de fingido apuro fisiológico o el de husmear por los dos pisos superiores, de los que apenas sabíamos algo, fingiendo que nos habíamos equivocado de planta al tratar de acudir a cualquiera de los departamentos instalados arriba. Aquello nos facilitaría la posibilidad de conocer sobre el terreno una serie de detalles que aún desconocíamos. El día que Irún ascendió la amplia escalinata alfombrada, aparentemente iba tranquilo y no daba muestra alguna de nerviosismo. Sin embargo, cuando nos reunimos de nuevo me confesó que no las tenía todas consigo. Gracias a su excursión comprobamos que, aparte de un hombre de uniforme, adornado con un emblema oval con las letras V.J., situado en el primer piso, no apareció nadie que tuviera aspecto de vigilar el edificio. Es verdad que pudimos ver cierto número de empleados vistiendo el mismo traje azul que el tipo de arriba, aunque sin rastro de emblemas. Por esta razón y porque tuvimos oportunidad de verlos saliendo y entrando de los diferentes despachos y negociados llevando expedientes y papeles, supusimos que se trataba de simples ordenanzas o botones. Más adelante confirmamos que nuestra teoría era acertada. Sin embargo, la noticia de que existía una puerta trasera nos cogió por sorpresa; todavía no me explico cómo ha sido posible que un dato de tanta importancia nos hubiese pasado desapercibido hasta que las cosas estuvieron tan avanzadas. Puede que aquel hubiera sido nuestro primer fallo, aunque, a partir de aquel momento, debíamos cambiar los planes y, en vez de escapar con el dinero por la puerta principal de la calle Favila -ante la que aguardaría un montón de hombres armados y los vehículos blindados-, lo haríamos por la salida posterior de la calle Rivasuar. Desde allí tenemos las opciones de salir hacia la derecha y a unos cincuenta metros girar también a la derecha -lo que nos obligaría a pasar ante el Banco- o bien doblar a la izquierda, luego a la derecha y, una vez descendida la calle de la Santa Aspa, recorrer unos quinientos metros por Buría y subir por Soreno. Pesados pros y contras, creemos que será mejor decidirse por la primera ruta. Como la noche anterior al golpe vamos a dejar aparcada en Rivasuar la furgoneta trucada, el Volvo y el BMW, será facilísimo cargar las maletas en la primera y largarnos tranquilamente, sin prisas. ¿Quién va a pensar que nos vamos a atrever a pasearnos ante sus narices cuando podemos evitarlo? Entiendo que en casos como éste, lo más seguro es hacer lo que nadie puede suponer que se hará. Por otra parte, el anuncio de que el paquete-obsequio explotará en el plazo de media hora y antes de los treinta minutos si alguien lo

toca, tendrá a la gente demasiado preocupada para pensar en los vehículos que circulan por delante del Banco. Además, esa ruta nos ofrece una serie de itinerarios ideales para que cada uno de nuestros vehículos se separe de los demás. A vosotros ¿qué os parece?

- A mí -replicó Zaque- muy bien. También yo soy partidario de salir por peteneras, siempre que se tengan muy en cuenta todos los pormenores. Por ejemplo: ¿habéis encontrado un lugar a propósito para cambiar el dinero de una furgoneta a otra? Quiero decir pasarlo del doble fondo de la Renault a los bidones que van a viajar como si contuviesen aceite.

- Por eso no te preocupes -dijo Goñi-. Hemos dado con el sitio ideal. Se trata de una cantera abandonada desde hace muchísimo tiempo -al menos su aspecto hace pensar que allí no se trabaja desde el año de la taca-. Hemos vigilado con atención los alrededores, y tanto la cantera como el camino vecinal que conduce a ella no se pisan por nadie. Aquello, además, tiene la ventaja adicional de que enseguida se puede estar rodando por la carretera de Galicia. En total, quince minutos para llegar a la cantera desde el Banco, pongamos veinte para no quedarnos cortos y una hora para forrar los bidones con billetes y soldar las tapas. En dos horas estaremos, como mínimo, a sesenta o setenta kilómetros de Oviedo; aproximadamente hacia Tineo. O sea que antes de que se instalen los puntos de control que van a poner, no nos hagamos ilusiones, porque se va a armar el zipizape padre, podemos estar lejos de la zona caliente. Irurita y yo hemos comprobado los tiempos y en ese plazo podemos estar regresando.

- Está bien pensado -aprobó Javi-. De esta manera, si lo que hacemos es viajar hacia Oviedo, nadie sospechará que traemos el dinero. Lo lógico es que quienes lo tengan traten de alejarse con él.

- De todos modos -previno Zaque- no debemos dar nada por sentado, y si digo esto lo hago únicamente por precaución; también yo creo que está bien pensado.

- Entonces, de acuerdo -resumió Ricardo, tomando de nuevo la palabra-. Ahora creo que deberíamos volver al cajero, puesto que él va a ser en realidad nuestra llave maestra. Por muy bien que hayamos seleccionado la ruta de escape y planificado los detalles de la operación, si no hacemos lo mismo en lo referente al señor Recios, la cosa puede terminar en un fracaso estrepitoso. A vosotros, me refiero a Goñi e Irurita, no hemos vuelto a hablaros desde la tarde en que, en los servicios del Teatro Campoamor, os hemos pasado nombre y dirección de ese señor. ¿Qué habéis hecho en relación con él?

- Comprendimos perfectamente, ya desde el primer momento, que cuanto se relacionase

con el cajero tenía que hacerse a la perfección. Tal como han sido proyectadas las cosas -afirmó pausada y seriamente Federico Goñi-, estamos condenados a tener éxito con ese hombre o se va todo al carajo. Por las buenas, él nos hará entrar en el Banco; por las malas, o no entramos o lo hacemos a tiro limpio, cosa que a mí personalmente no me atrae lo más mínimo. Así que Irurita y yo nos estuvimos turnando para no perderle de vista ni cinco minutos tan pronto como salía de su casa para ir al trabajo o de éste para volver a casa. Hemos sido su sombra hasta los días festivos en que se va en su coche a un pueblecito de la costa -marcha los sábados a poco de comer, hacia las cuatro de la tarde, y suele regresar los domingos entre las siete y media y las ocho y media-. Con más paciencia que el Santo Job, hemos ido reuniendo datos sobre el señor Recios y sabemos tanto sobre él que ya nos parece de la familia. Se trata de un hombre tranquilo y pacífico que vive con su esposa y dos hijas, una de las cuales también trabaja en el Banco. El padre del cajero, ya fallecido, había sido empleado del Ferrero. El piso en que residen es propio, y la casita en que pasan los fines de semana, lo mismo. Podemos certificar que el señor Recios no tiene las mismas aficiones automovilísticas que el amigo Pablo. Ni una sola vez de las que lo seguimos hasta donde se marcha los sábados, ha pasado de setenta por hora. No bebe, apenas fuma y lleva una vida tan rutinaria y reglamentaria como la de cualquier trapense.

- Y de la casa donde vive -indagó Maite- ¿qué hay?

- Pues, es un edificio de cinco pisos, absolutamente normal, bastante viejo, no tiene portero animal ni automático -prosiguió Goñi-. Los inquilinos se han puesto de acuerdo para cerrar el portal entre diez y diez y media; cualquiera de ellos lo hace a esa hora. En el primero tiene su residencia un médico; en el segundo tres chicas estudiantes de Filosofía y Letras; en el tercero, nuestro hombre y su familia; en el cuarto, un cura viejo y sus sobrinos, un hombre y dos mujeres; y en el quinto, el propietario de la ferretería instalada en el bajo, un solterón amargado y medio chiflado con más manías que pelo. A toda esta gente la hemos observado con lupa. No nos causarán problemas. Son personas que se retiran temprano y hacen vida metódica. Parece que las hemos escogido para que nos echen una mano. Fijaos que las chicas del segundo son de un pueblo de Santander. Se marchan en un cochecito los viernes por la tarde, a última hora, y no vuelven hasta el domingo a las once o doce de la noche.

- Parece -interpuso Ricardo, aprovechando la pausa realizada por Goñi- que el señor Recios y su entorno profesional, familiar y domiciliario está perfectamente controlado. Entonces vamos a pasar a otra cosa. Por ejemplo, ¿qué tal si decidiésemos la fecha de ejecución? Aunque,



antes quisiera que me aclaraseis si alguno conoce a Bruñido y Fajardo. Si no recuerdo mal, esos son los nombres de los depositarios de las otras dos llaves de la cámara blindada.

- Sí -corroboró Javi-. Así se llaman. Pero yo tampoco los conozco.

- 5º -

- Nosotros sí -afirmó Lola, refiriéndose a sí misma y a su marido postizo, Topo-. Un día, no hace mucho tiempo, tuvimos oportunidad de hablar con ellos en el Banco. Habíamos ido a pedir información sobre las ventajas de abrir cuentas corrientes indistintas o conjuntas. Cuando Bruñido, el jefe del Departamento que lleva esos asuntos, terminó el rollazo inmundado que nos largó y supo que pensábamos invertir en Bolsa, fue con nosotros al negociado de Valores y allí nos presentó al subjefe. Era el señor Fajardo. De todos modos, tampoco era imprescindible que los conociésemos, ya que habíamos decidido pedirles a todos los carnets de identidad, por ni nos largamos con algún rehén.

- Es verdad -admitió Zaque-, pero como el tiempo, o lo que es igual, la velocidad con que demos el golpe es primordial, más vale que conozcamos de antemano la jeta de los dos pájaros.

- Muy bien; volvamos a la fecha -opinó Ricardo-. Si es verdad, y no tenemos motivos para pensar que no lo sea, que durante los diez primeros días de julio la cantidad de dinero que permanece en el Banco es mucho más importante que el resto de los meses, excepto en diciembre, si tenemos en cuenta que el cajero y su familia vuelven a casa los domingos al atardecer, creo que el domingo ocho debemos actuar en casa del señor Recios y al día siguiente en el Ferrero. ¿Alguno de vosotros piensa de otra forma?

Todos los integrantes del grupo debían ser de la misma opinión, pues ninguno de ellos formuló objeciones.

- Muy bien -continuó Ricardo-; entonces, sólo nos queda tomar las últimas decisiones. Lola y Topo deben volver a Oviedo mañana mismo y ya que tienen todavía habitación en la pensión de la calle Favila, continuar su labor de observación y de escucha en las cafeterías frecuentadas por los empleados, por si se produjese alguna novedad que aconseje un cambio de planes. Irurita y Goñi, aunque se les pongan las posaderas al rojo vivo, conviene que regresen a San Claudio en la furgoneta y sigan haciendo la misma vida. Aprovechareis para dar los toques finales a vuestro "pozo de mina", para llevar el Doberman a la finca y para echar el resto con los ciudadanos del pueblo. Irún y yo

ocuparemos de nuevo las habitaciones 310 y 311 en el Hotel Ramiro I, por si tuvieseis que localizarnos en caso de emergencia. Como es natural, no sólo Lola y Topo, sino también todos nosotros nos mantendremos con los ojos abiertos. En días distintos, primero Lola y Topo, después los representantes de detergentes y finalmente Irún y yo, cancelaremos las cuentas que habíamos ido abriendo...

- Perdona, Ricardo -interrumpió Zaque-. ¿No sería mejor retirar la mayor parte de los fondos, dejando pequeñas cantidades, que cancelar las cuentas? Tengo entendido que a los Bancos no les hacen ninguna gracia los cierres de cuentas. ¿No valdría más no llamar la atención? Por otra parte, si nos vamos a llevar de allí más de ciento cincuenta millones, no tiene gran importancia que abandonemos unos pocos miles.

- Posiblemente tengas razón -concedió el exprofesor-. Y, por si acaso, aunque nos cueste algunas pesetas, no cancelaremos las cuentas. En realidad, a no ser por estos pequeños cambios que efectuamos sobre la marcha, la operación vamos a llevarla a cabo tal como fue planificada en principio. Los otros cuatro, es decir, Javi, Zaque, Maite y Pablo, os trasladareis a Oviedo el día cinco; utilizareis el Volvo, el BMW y el R-8 rectificado, una vez colocadas las placas con la letra O.

- Eso ya está hecho. Creí que se había dicho -afirmó Maite.

- Bien. Entonces, prácticamente no queda más que recordar a los que vayan a ir al volante aquello de "qui va piano, va lontano". Que conviene que los cuatro no os acerquéis al Banco, a la casa del cajero ni a las calles próximas a los dos lugares. Es únicamente por precaución, porque a estas alturas, ¿quién se va a acordar de vosotros?

- Entendido -aseguró Javi, con acento de chungá-. Los días seis y siete podemos dedicarnos a dormir la siesta, y como esta costumbre tan española se practica mejor en compañía que en soledad, solicito tener el privilegio de compartir lecho con Maite.

- Anda y que te zurzan -profirió la aludida con perfecta ecuanimidad.

- Yo hubiese sido bastante más mordaz -acusó Lola, en un inconsciente cambio de léxico con la otra mujer del equipo.

- Ya está bien de bromas; no tengo nada contra el humor, al buen humor me refiero, pero este no es el momento de andar con guasas. Quedamos en que vosotros cuatro, los que ya habíais estado en Oviedo la primera vez, no emprenderéis viaje hasta el día cinco. El seis y el siete permaneceréis fuera de circulación. El siete, de madrugada, iréis a San Claudio. Antes os pondréis de acuerdo con Irurita y Goñi sobre el punto exacto en que os encontrareis para que os sirvan de guías.

Lo haréis a horas diferentes, para que la entrada en la finca y el desplazamiento hasta allí no parezca un desfile. Creo que en este aspecto de la cuestión todo ha sido tenido en cuenta; en cambio no sabemos prácticamente nada acerca de las personalidades y, por tanto, de las previsibles maneras de reaccionar de Bruñido y Fajardo cuando sean seleccionados de entre los demás. Hemos de tener en cuenta que si en condiciones normales un grupo de personas es difícil de controlar, en una situación violenta como va a ser la que van a vivir los cuatrocientos empleados del Ferrero, un estallido de histerismo colectivo puede terminar como el rosario de la aurora. A mí esta posibilidad, por remota que en estos momentos nos parezca, me preocupa. Al fin y al cabo, lo único que nos interesa es apoderarnos de una cantidad muy importante de dinero. Ninguno de los que trabajan en ese Banco es culpable de hacerlo allí y no en los Altos Hornos de Vizcaya, por ejemplo; así que en estos últimos días -sin abandonar las tareas que nos hemos impuesto- Topo y Lola deberían intentar saber cómo son por dentro esos dos personajes. Si tenemos la mala suerte de que se trate de individuos blandos, de los que pierden fácilmente los nervios, entonces habrá que pensar algo a toda marcha, algún tratamiento especial, parecido al que hemos preparado para el cajero.

- Desde luego, se hará como quieras -declaró Lola-, pero me atrevería a jurar que esos dos son gente serena que no se va a cagar en los pantalones cuando les coloquemos la pistola debajo de las narices. Me consta que sabemos muy poco sobre los llaveros...

- Claveros -corrigió Zaque.

- ¡Qué carajo más da! -exclamó Lola, con la bien modulada voz que tanto contrastaba con lo que decía-. Insisto, disponemos de poca información, pero la que tenemos indica que los dos hacen deporte, fútbol, tenis, esquí. Además, supongo que si tuvieran la sesera blanda, el Banco no les confiaría puestos de responsabilidad. Esas empresas hilan muy fino.

- Tu razonamiento es correcto -reconoció Ricardo-. Sin embargo, más vale prevenir que lamentar, especialmente cuando las lamentaciones no servirían de nada.

- De acuerdo; tienes razón -aprobó Topo-, así que trataremos de profundizar en el carácter de cada uno de esos dos hombres. No nos queda mucho tiempo, pero lo aprovecharemos al máximo.

- Muy bien, entonces correré el riesgo de que me llaméis pelmazo -insistió Ricardo-, y preguntaré una vez más: ¿está cada uno de vosotros perfectamente enterado de lo que tiene que hacer? ¿Queréis preguntar algo?

El silencio general con que fueron acogidas las dos cuestiones lo rompió Zaque, el sempiterno perseguidor de la perfección y obsesionado por el detalle:

- Yo tampoco temo que se me llame pesado -dijo con palabra lenta-. Quisiera que, si ya está dicho todo, se repitiese el orden de la operación en plan telegrama. Eso puede llevarnos un cuarto de hora más. No es mucho tiempo y puede ahorrarnos quebraderos de cabeza.

- A mí me parece bien -sancionó Pablo.

Irurita, que venía ocupando el puesto de "Secretario" desde aquella primera reunión sería celebrada en Sando, dirigió la mirada hacia Ricardo y, al advertir el gesto de aprobación de éste, pasó con rapidez hacia atrás las hojas del cuaderno escolar en el que había resumido las notas tomadas últimamente. No obstante, antes de comenzar a leer, dijo echando una ojeada a Zaque:

- Sí, ya sé. En cuanto nos lo aprendamos de memoria, los papeles al fuego.

Luego, hizo una inspiración profunda y, en alta voz, fue descifrando sus garabatos:

- 1 Topo, 2 Ricardo, 3 Lola, 4 Zaque, 5 Javi, 6 Maite, 7 Pablo, 8 yo, 9 Goñi y 10 Irún.

»En casa del cajero y dentro del Banco usaremos, siempre que sea posible, pasamontañas y guantes, y los números en vez de nuestros nombres.

»Javi, Zaque, Maite y Pablo no irán a Oviedo hasta el día cinco. Los días seis y siete, fuera de circulación. En la madrugada del siete irán a San Claudio. Antes se pondrán de acuerdo con los inquilinos de la finca. Viajarán en horas distintas...

Así, paso a paso, Irurita fue dando un repaso a las fases de la acción que emprenderían en breve. Nada quedó sin repetir y analizar hasta que todo fue perfectamente asimilado, y cada uno de los protagonistas pudo repetir sin un fallo el papel que le correspondía representar.

Desde la hora y el lugar en que deberían recogerse armas y pertrechos hasta el punto exacto en que se aparcarían los vehículos a bordo de los cuales se trasladarían personas y botín a sitio seguro, pasando por los procedimientos y calendarios minuciosamente desmenuzados de las ocupaciones del domicilio del cajero, y del Banco, nada fue olvidado.

Zaque insistió -y su propuesta fue admitida- en que los coches y la furgoneta que habrían de pasar al sereno la noche del ocho de julio, fuesen arrancados en las primeras horas de la mañana del nueve. "Habrá que disponer de la certeza de que no se producirían averías estúpidas en el último momento", dijo.

Y así, con los sentidos alerta, transcurrieron los instantes finales de su estancia en las cercanías de Pinto, deseando dar salida a las ansias de actuar acumuladas durante los largos meses pasados.

Cuando los primeros en abandonar la casa salieron a la carretera, aún era de noche cerrada.

Sin embargo, en lo alto el brillo de las estrellas comenzaba a debilitarse, y en el aire parecía surgir el barrunto de la claridad que terminaría por apagarlas.

### III

## EJECUCIÓN

- 1 -

El sábado siete de julio, fecha esperada con impaciencia por quienes se aprestaban a dar el golpe, amaneció nublado. Era un día como tantos otros que, para los nacidos en Asturias -resignados conocedores de la climatología regional- presagiaba agua. Esa llovizna persistente y enloquecedora que en el Principado se conoce por el nombre de "orbayu".

Para Ricardo y los componentes de su equipo, el fenómeno atmosférico tenía una importancia relativa. Ciertamente que si el tiempo no mejoraba quizás el cajero y su familia renunciasen al desplazamiento semanal hasta la casita situada en las cercanías del mar. Pero aquel cambio en los planes habituales del señor Recios no ejercería la menor influencia en el desarrollo de los proyectos trazados hacía meses en Sando y perfeccionados más recientemente al lado de Pinto. Todo se reduciría a dar tiempo a aquella gente; el tiempo suficiente para que se reuniesen en casa, de vuelta de los lugares a donde a cada uno de ellos hubiera llevado el capricho o los gustos personales.

Sin embargo, ni los naturales de la propia comarca ni los procedentes de puntos más lejanos hubieran acertado de haber dado por bueno el pronóstico húmedo, a pesar de que hacia las dos de la tarde el calabobos se había convertido en una modesta imitación del diluvio universal. A las tres treinta, media hora después de que los empleados más rezagados hubiesen abandonado el Banco, el cajero se fue también. A distancia prudencial, Lola y Topo le dieron escolta hasta su domicilio.

A las cuatro treinta, la familia en pleno abandonó el edificio en que vivían y entró en el garaje situado en el inmueble inmediato. Minutos después, el coche rojo al que hablan seguido en varias ocasiones apareció en la rampa de la cochera, aguardó unos instantes y, tan pronto como la intensa circulación se lo permitió, se incorporó al interminable río de automóviles y se dirigió sin titubeos hacia la carretera de Santander. La Nacional 634.

Los persistentes vigilantes, que hacía horas habían aparcado un vehículo en lugar estratégico, lo siguieron sin perderlo de vista. Resultó facilísimo, pues el señor Recios

conducía de manera extraordinariamente prudente,

- Este tío me cae simpático -manifestó Lola, evitando con rápida maniobra la colisión que estuvo a punto de provocar un conductor alocado-. Me refiero al cajero -añadió-. No lleva el coche como ese hijo de la gran puta que casi nos aplasta.

- Tienes razón -aprobó Topo, sin pasión alguna-. Además, su forma de circular siempre a la misma velocidad, sin acelerones ni frenazos, parece indicar una personalidad estable, serena y poco dada a los arrebatos. Nos vendrá de perlas cuando tenga que ver las orejas al lobo. Será más fácil para él y para todos.

- No sabía -apostilló Lola con acento irónico- que estuvieras especializado en problemas del carácter humano.

- Si crees que el hecho de que, por necesidades del servicio —o, como tú misma has dicho alguna vez, porque lo "exige el guión"- nos hayamos acostado juntos en ciertas ocasiones, te autoriza a pensar que me conoces...

No, ya sé que no. Hazme el favor de no crearme más tonta de lo que soy. D, más exactamente dicho, deja de tocarme los cojones —ordenó Lola, visiblemente molesta.

- Eso es imposible y, además, no puede ser, como dijo alguien hace tiempo.

- Bueno, déjate de adivinanzas y no me distraigas. Si no me equivoco, estamos llegando.

La compañera de Topo no se confundía. Muy pronto, el coche que les precedía tomó una desviación hacia la derecha y a un par de centenares de metros se detuvo. Poco antes habían podido ver una señal que indicaba los kilómetros que aún faltaban hasta Colunga: 1,5.

Lola pasó sin parar al lado del automóvil escarlata. De él, llevando dos pequeños maletines, descendió una de las hijas de Recios y abrió el portón de madera que permitía el acceso al diminuto jardín delantero de lo que hacía años había sido una hermosa mansión. A treinta o cuarenta metros la estrecha carretera que llevaba hasta allí iniciaba una cerrada curva, a mitad de la cual un angosto sendero parecía no llevar a ninguna parte. Allí metió el coche la malhumorada y malhablada Lola.

Topo se apeó inmediatamente, retrocedió varios pasos entre los árboles que sombreaban el lugar y atisbo por entre la maleza. Desde allí la casa se ofrecía en un ángulo que le permitió contemplar cómo los recién llegados abrían, en rápida sucesión, todas las

ventanas de la planta baja y, poco después, las del primer piso.

"Sí", se dijo Topo; "debiste haber sido una hermosa residencia, pero los años no perdonan y hoy eres sólo la sombra de lo que fuiste".

Los dos observadores no permanecieron mucho tiempo en su puesto. A juzgar por lo comprobado en ocasiones previas el cajero y los suyos saldrían dentro de un rato y se dirigirían, dando un paseo, a Colunga, donde cenarían. Regresarían hacia las diez y media o las once, después de recorrer de punta a punta la playa de La Griega. El domingo, también siguiendo la pauta habitual, almorzarían en el mismo restaurante del pueblo, volverían a casa y ya no se moverían de ella hasta el momento de enfilar la carretera que les devolvería a Oviedo. Y, caso improbable, si por alguna causa que en aquel momento se les escapaba, variaba la rutina, instalados en la cafetería que daba frente al domicilio del señor Recios aguardaban Zaque y Maite.

Así pues, positivamente convencidos de que el comportamiento de los ocupantes del vetusto edificio no experimentaría alteraciones que pusieran en peligro la operación, los dos representantes del grupo regresaron a Oviedo. Allí ya no tenían nada que hacer.

Con ligerísimas variaciones, la estancia del cajero, su esposa y las dos hijas en la propiedad cercana a Colunga transcurrió tal como era de suponer. Su conducta parecía seguir unas pautas rígidamente establecidas, aunque, en realidad, se limitaban a poner en práctica, una vez más, lo que venían realizando, semana tras semana, desde hacía mucho tiempo.

El domingo, a las nueve y cuarto de la noche, el coche del señor Recios abandonaba la riada de vehículos que se reintegraba al redil, y desapareció por la rampa de entrada al garaje. Volvía más tarde que de costumbre.

Maite y Zaque, que habían pasado uno de los días más aburridos de su existencia entrando y saliendo en todos los establecimientos públicos de los alrededores y hacía rato no sabían si sus estómagos tolerarían nuevos cafés, tes, agua mineral y otras bebidas sin contenido alcohólico, exhalaron sendos suspiros de alivio. Se acercaba el momento de entrar en acción y, en todo caso, la espera había concluido.

A las nueve y media, diez minutos después de que las apresuradas figuras de los recién llegados cruzaran bajo la intensa lluvia los pocos metros que separaban los portales de su hogar y de la cochera, Maite atravesó la calle a la carrera, se introdujo en el zaguán deteniéndose unos instantes para hacer desaparecer del rostro las gotas de lluvia y



endosarse una horrorosa peluca rubia que desfiguraba totalmente sus rasgos fisonómicos.

Después, con paso deliberado y seguida de cerca por Ricardo y Javi, cubiertos con pasamontañas, ascendió hasta la planta en que, absolutamente ignorante de la suerte que iba a correr, la familia Recios disfrutaba de los últimos minutos de tranquilidad de que iban a gozar en bastante tiempo.

- 2 -

Maite se detuvo ante la puerta. Era de madera color castaño claro. No hacía falta ser una experta para darse cuenta de que se trataba de una cancela blindada. A media altura, sobre la abertura de la mirilla panorámica, un medallón circular con la silueta de Cristo crucificado parecía dar la bienvenida a quienes visitasen la vivienda.

El silencio reinante fue interrumpido por los tres enérgicos timbrazos que Maite efectuó en rápida sucesión.

Casi de inmediato la puerta se entornó y una voz juvenil inquirió, hablando a través del estrecho espacio que la gruesa cadena permitía abrir:

- ¿Qué deseas?

Maite experimentó la extraña impresión de que los habitantes de la vivienda aguardaban aquella llamada.

- ¿Qué deseas? -volvió a interrogar la misma voz, ante el retraso con que se producía la respuesta.

- Estoy invitada en el piso de abajo. Mis amigos me han dejado sola el sábado, y hoy por la mañana ha empezado a caer agua del techo en el cuarto de baño. Tiene que salir del tuyo. Menos mal que habéis llegado; ya estaba a punto de llamar a los bomberos. Habrá que hacer algo.

- No, de aquí no puede ser. Acabo de estar en el baño y allí no se ve nada raro. No hay agua por ninguna parte.

Maite insistió dando a sus palabras tal tono de urgencia que la hija del cajero retiró la cadena de seguridad e invitó a la visitante a que pasara.

- Lo mejor es que entres y lo veas tú misma -dijo, haciéndose a un lado.

Ricardo y Javi, que esperaban este momento apostados en el rellano, fuera del ángulo

de visión de la chica, irrumpieron en el recibidor tan pronto como fue franqueada la entrada. Las armas que llevaban bien a la vista y los cubrecabezas de grueso paño que les ocultaban las caras no hicieron nada por mantener la serenidad de la jovencita que, sin poder evitarlo, emitió un agudo chillido.

El grito, resonando en la silenciosa casa, tuvo como consecuencia inmediata la aparición del resto de los habitantes de la vivienda. Ninguno faltó a la perentoria cita. El cajero, calzado de un solo pie y con una zapatilla en la mano, la esposa, abrochando sin orden ni concierto los botones de la bata, y la otra hija a medio vestir, acudían apresuradamente en socorro de la emisora del penetrante alarido.

Su actitud, al encontrarse de pronto con los invasores de su hogar, al enfrentarse con tres personas que blandían con naturalidad dos metralletas y un pistolón de grueso calibre, no podía ser otra que la de una intensa confusión. El profundo desconcierto que se reflejaba en sus semblantes era comprensible.

Javi había cerrado la puerta en el mismo instante en que traspasó el dintel; luego colocó nuevamente el dispositivo de seguridad que tan pocos resultados prácticos había ofrecido. Después, apoyando la espalda en la plancha blindada, contempló el cuadro que se ofrecía a sus ojos y se mantuvo callado.

Durante unos segundos nadie pronunció palabra ni hizo movimiento alguno. Pasados los primeros instantes de confusión, el señor Recios, aparentemente el primero en recuperarse, parecía ignorar el lógico destino de la zapatilla que aún conservaba en la mano.

– Si lo que buscan es dinero, se han equivocado de sitio -afirmó con acento inseguro.

Maite, que para entonces había cubierto la cabeza con un pasamontañas sin tomarse la molestia de despojarse de la peluca, se disponía a responder cuando Ricardo no le dio tiempo a hacerlo.

– Espera; lo primero, el teléfono. ¿Dónde lo tienen?

– Ahí, en la sala de estar -indicó la dueña de la casa, sin lograr ocultar el temblor de su voz.

– Pues vamos allá -ordenó Ricardo.

La pequeña procesión se puso en marcha, recorrió el corto pasillo que ponía en comunicación todas las habitaciones de la casa y se introdujo en el cuarto de estar. Cerraba la comitiva Javi y la iniciaba la hija que se había sumado al grupo en último lugar.

- Hagan el favor de sentarse —rogó en el tono más educado y tranquilizador que pudo el hombre que hasta aquel momento daba las órdenes-, ¿Tienen ustedes aparatos supletorios?

- No, ninguno -respondió el cabeza de familia.

- Compruébalo, "seis" -dispuso el que luego sería llamado "dos" por los encapuchados.

Maite salió del cuarto y regresó al poco rato con la información de que en la casa no había otros teléfonos.

- Muy bien —declaró Ricardo—; ahora vamos a aclarar sus dudas, pero antes les daremos ciertas normas de conducta que cumplirán tanto si les agrada como si no es así. Naturalmente, lamentamos tener que causarles estas molestias, pero les aseguramos que ninguno de ustedes corre peligro; no queremos hacerles daño y nos proponemos fastidiarles lo menos posible. Si alguien llama al teléfono, contestarán con naturalidad, como si nosotros no estuviéramos, pero absténganse de pronunciar palabras que hagan sospechar a los autores de la llamada que está sucediendo algo fuera de lo normal. Si suena el timbre de la puerta y a través de la mirilla comprueban que es alguien conocido, deben abrir pero, con sencillez, hagan que se vaya sin pasar del recibidor. Digan que iban a acostarse o lo que les parezca mejor, pero, repito, ni palabra de lo que está pasando. ¿Entendido?

- Sí -respondió en tono atemorizado la señora Recios.

- Bien -continuó "número dos", señalando con el cañón de la metralleta a la chica que les había abierto la entrada-, vas a cerrar todas las ventanas, persianas y cortinas. Puede que tengamos calor, pero estaremos más seguros y no habrá problemas. Anda; que te acompañe "seis". Y tú, "cinco", siéntate más cerca del teléfono.

Maite y Luisa, la hija más joven del cajero, regresaron en cuestión de minutos.

- Ya está -anunció la primera con laconismo.

- Y, ahora, ha llegado el momento de explicarles el motivo de esta invasión. Decía usted -recordó Ricardo a beneficio del señor Recios- que si queríamos dinero habíamos cometido un error al venir aquí. Pues no, quien se ha equivocado es usted. Es verdad que vamos a llevarnos dinero, mucho dinero...

- Repito que yo no lo tengo.

- Eso nos consta. Además, aunque lo tuviera no lo querríamos. Vamos a apropiarnos

del de su empresa. Por si aún no está suficientemente claro, mañana vaciaremos la caja fuerte del Banco Ferrero. Ustedes no tienen nada que temer, especialmente si colaboran y no tratan de cometer alguna majadería.

- Eso es imposible -refutó el cajero-. No se ha hecho nunca.

- Siempre hay una primera vez. No sólo para estas cosas, sino para todo. Disponemos de los medios necesarios para dar el golpe y lo daremos. Fíjese, para empezar tenemos en nuestro poder al cajero y a toda su familia; contamos con cuanta información precisamos.

— Si toda la información que tienen es como la que se refiere a mí, están listos. Yo no soy el cajero. Únicamente soy el apoderado de caja.

- Eso carece de importancia; es un tecnicismo tonto. Si en el Banco no quieren llamarle cajero, pero le confían una de las llaves de la cámara blindada, es cuestión de gustos. Contra esa forma de actuar no tenemos ningún reparo que oponer.

- Pero, ¿han pensado ustedes que se van a meter en un avispero? Allí hay un montón de gente...

- Mire, señor Recios, usted no se preocupe por lo que no le va ni le viene. Lo único que debe hacer es responder a las preguntas que voy a formularle. Pero antes, quiero advertirle de que la mayor parte de las respuestas ya las conocemos. Ahora sólo se trata de comprobar, verificar y ratificar algunas cosas. Así que no trate de engañarnos dando largas al asunto o soltando evasivas.

A la mente del cajero acudieron en aquel preciso instante las palabras pronunciadas por el Consejero Director General del Banco, en la Convención de Directores y Apoderados celebrada el mes de mayo anterior. Tan sólo dos meses antes.

"Vivimos tiempos difíciles en los que lo más insospechado puede suceder", había dicho como quien se hace eco de una premonición. "En el caso de que las oficinas en que prestan sus servicios sean atracadas, entreguen los fondos sin oponer resistencia. El dinero puede ser sustituido. Sus vidas, no".

Aquellas frases, siguió pensando Recios, habían sido muy de agradecer, pero entonces sonaron simplemente a retórica propia del acto que se celebraba. Ahora, hoy, sesenta días después de ser escuchadas hacían nacer en el fondo de su conciencia dudas enormes, crueles y difícilmente superables.

"Si colaboro con estos delincuentes, ¿cómo se va a admitir que lo hago

simplemente obedeciendo órdenes y no a causa del pánico que siento? Por otra parte, ¿quién no tendría miedo si se encontrara en mi pellejo? Además, no se trata únicamente de mí. Bien claro lo han dicho; si intento pegársela, estos salvajes son capaces de cualquier barbaridad, y ahí están mi mujer y mis hijas. Pero, aún hay más; dando de lado cuanto se refiere a los demás -los del Banco y los de fuera del Banco— ¿podré vivir tranquilo conmigo mismo si estoy persuadido de que no hice absolutamente nada para evitar lo que esta gente se propone?".

Ricardo había advertido la abstracción en que estaba sumido el cajero y tomando su aire ausente por una manifestación silenciosa de pánico -nada conveniente en aquellos momentos-, intentó serenarlo; a él y a los suyos.

- Verá, don Manuel -se llama usted don Manuel Recios Díaz, ¿no?-. Ninguno de ustedes tiene nada que temer de nosotros, ni del otro compañero que vendrá mañana al amanecer. No tenemos el menor deseo de hacerles daño. Es más, lamentamos muchísimo vernos obligados a hacer las cosas como las estamos haciendo. Desde mucho tiempo antes vigilamos el Banco, a sus empleados, a usted y a su familia -especialmente de ustedes sabemos muchas cosas; prácticamente todo lo que necesitamos saber-. Hace meses que investigamos cuanto pudiera resultarnos de interés para que, llegado el día nueve, el golpe sea perfecto, rentable y sin víctimas. No queremos más que llevarnos el dinero. Pero, para que la aventura tenga éxito hemos debido tomar precauciones. Una de ellas es el uso de los pasamontañas que tanto parecen asustar a su esposa y a las dos chicas. Sirven únicamente para mantener el incógnito. Que no sepan ustedes cómo somos es tan bueno para nosotros como para ustedes mismos. Y ahora, como creo que ya ha estado bien de explicaciones, pasaré al capítulo de las preguntas. Insisto en que algunas de las respuestas ya las conocemos desde antiguo, pero se las hacemos para comprobar si sus contestaciones son sinceras. ¿Está usted preparado?

- Sí -replicó el cajero-, pero yo también quisiera decirles algo antes de que comience el interrogatorio.

- Adelante -autorizó "número dos"-. Tenemos toda la noche por delante. Será una forma de que pasen las horas.

Al escuchar este cambio de palabras, "número cinco", Javi, se arrellanó en el sillón que ocupaba junto al teléfono situado sobre la mesita baja y, no encontrándose suficientemente confortable, colocó los pies sobre la pulida superficie de mármol blanco vetado en negro.

- Quita los zapatos de ahí encima —afeó de inmediato Maite-. ¿No te parece que ya estamos dando demasiada lata?

- Es verdad. Disculpen -reconoció Javi.

- Continúe, don Manuel -rogó el "número dos".

- Ya les he dicho que el Banco Ferrero no ha sido asaltado nunca. ¿Creen ustedes que será por falta de deseos? Seguramente no habrán sido ustedes los primeros en pensar en ello. Sin embargo, la cámara acorazada es inasequible. No se trata de una caja fuerte de gran tamaño, sino de una habitación enorme cuyas paredes son de hormigón armado, reforzado con un enrejado de barras de acero a través del cual es imposible pasar. La puerta de acero, que pesa varias toneladas y tiene un espesor de setenta y cinco centímetros, está provista de una cerradura especial y encaja en un marco cuadrangular de idéntico grosor, quedando fija al mismo por medio de cuatro pivotes, cómo no, también de acero. Detrás de esta puerta hay un enrejado de barrotes que sólo puede abrirse con dos llaves distintas. En cuanto a la primera puerta, funciona con tres llaves diferentes y, además, únicamente puede abrirse a ciertas horas...

- Le felicito, señor Recios. Hasta ahora, se ha limitado a confirmar datos que ya conocíamos. Siga por el mismo camino. Lo está haciendo muy bien.

- Pero, ¿no les estoy diciendo que es imposible entrar por la fuerza en la cámara acorazada?

Sí, sí. Usted no se preocupe. Si tiene escrúpulos de conciencia, olvídelos. Díganos, por ejemplo: ¿cuánto dinero habrá mañana en el Banco? ¿Es cierto que puede ascender hasta los seiscientos millones?

- Eso es una exageración -negó el cajero apresuradamente.

- Pues, no hace demasiados meses, la prensa local hablaba del pésimo momento que están atravesando las dos empresas más importantes de la región, y daba como un hecho cierto que el Banco Ferrero estaba adelantando las salarios de varios miles de productores de ambas sociedades. Según nuestros informes, pensar en un mínimo de quinientos millones no es ninguna exageración.

- En realidad, no se trata de una exageración. Es una barbaridad —refutó de nuevo Manuel Recios.

- Bueno, dejemos ese tema por el momento, y pasemos a otra cosa. ¿Cuáles son los

nombres de los que custodian las llaves de la caja fuerte?

Aquello, pensó el cajero, comenzaba a ponerse serio. Si respondía a aquella pregunta, ¿qué vendría detrás? ¿qué sucedería si mentía y ellos conocían ya la verdad? ¿tenía derecho a poner en peligro la integridad de su familia?

- Por favor, don Manuel, ¿cómo se llaman los que tienen en su poder esas tres llaves? ¿ha oído hablar del suero de la verdad? ¿de la escopolamina? Podemos inyectarle la dosis adecuada y nos dirá cuanto deseemos saber. Pero hay un inconveniente. Si nos obliga a hacerlo, mañana no estará usted en perfectas condiciones para hacer lo que tiene que hacer.

Aquello pareció decidir a Recios, haciéndole olvidar sus tímidos proyectos de resistencia. La cosa iba en serio y sería una auténtica estupidez exponerse a un serio contratiempo. Abría ya la boca para facilitar los nombres de los tres claveros cuando "número dos" se le adelantó.

- Una la guarda un tal señor Bruñido, otra el señor Fajardo y otra usted mismo. Se lo digo para que comprenda que le va a ser muy difícil engañarnos. Por cierto, luego me entregará la suya.

A partir de aquel momento, el inquisidor se encontró con que su tarea había pasado a ser mucho más fácil. De pronto, el cajero parecía haberse derrumbado. Fue como si el espíritu de resistencia que le había mantenido hasta entonces hubiese desaparecido. Que individuos como aquellos estuviesen en el secreto de quiénes tenían a su cargo la vigilancia y la defensa de puerta tan importante le había anonadado.

Por supuesto, intentó varias veces desviar la atención del incansable interrogador, facilitando réplicas inexactas o discutibles, pero saltaba a la vista que se trataba de esfuerzos en los que ni él mismo tenía fe.

Sucesivamente, fue soportando el calvario representado por las cuestiones referentes a las horas en que se producía la apertura retardada de la cámara, el orden en que debían introducirse las llaves, la hora en que comenzaban la jornada los vigilantes jurados, el número de estos, el lugar o lugares en que se encontraban los interruptores generales de la luz, la cantidad de serenos nocturnos encargados de la vigilancia del edificio, la hora en que llegaban al banco las mujeres de la limpieza, los furgones blindados para el traslado de fondos, el número de hombres que acompañaban a éstos, la cantidad de personas — empleados, guardas y jefes- que poseían armas y clase de artefactos con que, en una

eventualidad, tendrían que enfrentarse.

De cuando en cuando Recios aventuraba una llamada a la sensatez que era escuchada con absoluta indiferencia por el trío de obsesionados invasores.

"¿No habían caído en la cuenta de que cualquiera, un cliente madrugador o un transeúnte avisado, podía sospechar que dentro del Banco sucedía algo anormal y dar rápidamente la alarma?"

A las primeras reflexiones de este tipo, Ricardo había contestado comentando con sorna que no siendo, como no eran, ni lo habían sido nunca, una colección de débiles mentales, lo habían previsto. No sucedería, pero si había mala suerte y ocurría algo, se encenderían los fuegos artificiales. Al fin y al cabo es prácticamente imposible hacer tortillas sin romper huevos.

Eso fue al comienzo del interrogatorio. Después, "número dos" no se tomó la molestia de atender al cajero. Fue como si sus palabras cayeran en un pozo sin fondo.

A las doce y media de la noche, cuando fueron creciendo en número los minutos transcurridos entre pregunta y pregunta -lo que indicaba que el tema estaba a punto de ser agotado- Maite sugirió que la familia cenase alguna cosa y fuese a acostarse.

La propuesta fue acogida con apatía. Nadie tenía el menor deseo de comer. La sola idea de ponerse a masticar les ponía un nudo en la garganta, afirmó la dueña de la casa. Finalmente, la insistencia del "número seis" consiguió que todos, incluso los asaltantes, tomasen sendos vasos de leche con cacao. La misma Maite supervisó en la cocina la preparación del tentempié.

No mucho después, entre protestas, los inquilinos del piso se fueron a la cama. Pretendían encerrarse en las habitaciones, "como habían hecho siempre", alegó el cajero.

- Tengo la impresión -explicó Ricardo- de que aún no han aceptado que esta noche no es una noche como las demás. Por otra parte, pueden estar tranquilos. Ninguno de nosotros es curioso. No pretendemos saber si roncan ustedes o duermen en silencio. Lo que no queremos, porque no nos agradan lo más mínimo, es recibir sorpresas.

Cuando se apagaron las luces de las dos alcobas, Ricardo, desde el sillón que había situado ante la entrada de la ocupada por el matrimonio, preguntó si alguien deseaba tomar un valium.

- Se lo recomiendo. Les haría dormir como angelitos —añadió.



La oferta fue rechazada, a pesar de que Javi, hasta aquel momento el menos locuaz de los tres, insistió, hablando en la penumbra de la sala de estar, al lado de la lamparita de mesa a la que habían aflojado dos de sus tres bombillas, y muy cerca del teléfono.

- Deberían hacerlo -se limitó a decir.

Maite, sentada en una butaca plantada a dos pasos de la puerta de la habitación compartida por las dos hermanas, guardó silencio.

- 3 -

La noche transcurrió lentamente. El reloj de campana que ocupaba uno de los testers del cuarto en que vigilaba Javi desgranaba las horas con parsimonia desesperante. Los treinta minutos de cada media hora semejaban siglos a quienes intentaban en vano conciliar el sueño.

Recios era incapaz de apartar de la mente la frase pronunciada por el que parecía llevar la voz cantante en el grupo; aquella en que había aludido a la imposibilidad de hacer tortillas sin romper huevos. "¿Seremos mi familia y yo las primeras cáscaras que se van a hacer pedazos? ¿qué va a pasar dentro de algunas horas?"

Por fin el agotamiento surtió su efecto y el cajero cayó en un estado de duermevela del que vino a sacarle la voz de "número cinco" que, en tono apagado advertía que había llegado el momento

y me temo que voy a agarrar ante de derecho. Le resultaba facilísimo representar aquel papel por haber seguido en otra parte de su vida los dos primeros cursos de aquella carrera.

Los tres hombres destacados en el Principado disponían de un número de teléfono de Madrid al que debían llamar, en caso de emergencia, a determinadas horas. La tarea que les había sido confiada continuaba siendo la misma: acudir, por supuesto sin infundir sospechas, a los lugares frecuentados por los empleados del Banco atracado. Rehuir la presencia de Pepe, aquel famoso Pepe, borrachín y charlatán, con el fin de descartar toda posibilidad de que los relacionase con la noche en que se había ido de la lengua. Intentar averiguar por dónde iban las pesquisas de la policía y, en fin, enterarse de cuanto pudiera interesarles.

Los avecindados en San Claudio prosiguieron la labor iniciada meses antes: alternar con los residentes en pueblo tanto como les fuese posible, especialmente con los dos miembros de la Benemérita con los que parecían haber iniciado una relación de amistad. Sin embargo, Irurita y Goñi no albergaban esperanza alguna de obtener informaciones útiles. Bien porque Artemio y Juan, éstos eran los nombres de los Guardias Civiles, no tuvieran nada que decir acerca del asalto que ya había hecho correr ríos de tinta en toda la prensa nacional, o a causa de la natural discreción con que trataban los asuntos relacionados con su profesión, no soltaban prenda.

Como era lógico, los dos atracadores se abstendrían de sacar a relucir el tema, aunque cuando alguien lo ponía sobre el tapete, ellos, lejos de eludirlo, lo comentaban emitiendo, como los demás, las opiniones más disparatadas que se les ocurrían.

Una noche, estando presentes los dos miembros de la Benemérita, un cliente del chigre dio la noticia de que la policía había comenzado a interrogar a quienes, entre los empleados, tenían algo que aportar a la investigación.

Artemio y Juan ni negaron ni afirmaron. Se limitaron a continuar jugando al tute como si nada hubiesen oído.

En vista de que en aquella tertulia, bastante alejada, por otra parte, del terreno en que se desarrollaba la verdadera partida, la que importaba, Goñi e Irurita decidieron prestar más atención a las cafeterías próximas al Banco Ferrero, sin abandonar por ello la asistencia nocturna a la reunión en el chigre más concurrido del pueblo. De todas maneras, ambas actividades no eran incompatibles, ya que si alguno de los empleados del Banco los veía y los recordaba, no podía hacer otra cosa que reconocerlos como clientes que habían tenido, y aún mantenían, una cuenta corriente en la casa. Sería inimaginable que todas las personas relacionadas con el Banco por una razón u otra fuesen

consideradas sospechosas del atraco.

Más de una vez tuvieron ocasión de tropezarse con Pablo, aparentemente enfrascado en la lectura de un grueso tomo de Derecho Administrativo o tomando notas de un manual de Romano, aunque en realidad con los oídos abiertos a las conversaciones celebradas a su alrededor.

Y así, escuchando rumores, fundados unos y disparatados otros, fueron transcurriendo los días. No pasó uno solo sin llevarles el particular bulo o la especie más descabellada. Desde la noticia de que todos los componentes de la banda, exclusivamente formada por mujeres, habían ido a parar a la cárcel, hasta la memez de que el golpe había sido organizado por una entidad financiera de la competencia, pasando por el risible cuento de que el gobierno había querido retirar dinero de la circulación por tan original método, hubo chismes para todos los gustos.

El sábado catorce, Irurita y Goñi convencieron a uno de sus contertulios para que, olvidando temporalmente el pánico que le inspiraba el Doberman, entrase en la finca y atendiese sus necesidades de comida y agua. Únicamente serían dos días los que se proponían estar fuera, tres en el peor de los casos. No tenían más remedio que asistir a una reunión de vendedores que se celebraba en Barcelona los días quince y dieciséis. No ignoraban que no se les esperaba en la concentración del quince, pero estaban ya un poco hartos de la vida que llevaban desde hacía tanto tiempo.

Por su parte, Pablo anunció en la pensión donde se hospedaba que debía ir a su casa, a Guadalajara. Había recibido noticias de que el estado de salud de su padre había sufrido una seria recaída de la que probablemente no lograría recuperarse.

Y así, la asamblea señalada para aquella fecha se celebró en Pinto en la noche del domingo, aquella en que se cumplían los ocho días del secuestro del cajero y su familia.

Cuando Zaque volvía la vista atrás y repasaba mentalmente los acontecimientos vividos desde el momento en que fue invitado por Ricardo a formar parte del grupo asaltante, le parecía increíble que todo, hasta el más pequeño detalle, se hubiera llevado a cabo tal como había sido proyectado.

En el instante en que Ricardo comenzó a hablar, tras haberse cerciorado de que las espaciadas llegadas de sus colegas no habían despertado la curiosidad de nadie, reinaba la satisfacción. Por ello se vio obligado a realizar un verdadero esfuerzo y, dejando de lado su propia euforia, rogó a los tres últimos llegados de Asturias que comentaran las noticias más recientes.

El primero en hablar fue Pablo. Había venido en el avión más madrugador de la mañana y anduvo por Madrid, sin nada que hacer, como un sonámbulo, hasta que se le ocurrió ponerse en contacto con Topo, con el cual se había trasladado a Pinto. En Oviedo, dijo, el asunto coleaba todavía y según lo veía él daría juego aún durante bastante tiempo. Como era de esperar, la policía parecía dispuesta a remover Roma con Santiago para encontrar una pista que les permitiera llegar a alguna parte. De acuerdo con lo oído comentar a distintos empleados cuando hablaban entre ellos y creían no ser escuchados, aunque inicialmente se habían sentido dominados por el temor a eventuales represalias del que consideraban un poderoso grupo armado dedicado comúnmente a operaciones terroristas, en las dos últimas jornadas estaban sacudiéndose el miedo y acudían a la Comisaría General a declarar lo que sabían o lo que creían saber.

Antes de pasar adelante, Ricardo quiso recapitular algo que le tenía preocupado desde el inicio de la operación.

- Según creo -manifestó-, los que corremos mayor peligro de ser identificados somos Maite, Topo, Lola y yo. A nosotros nos han visto sin pasamontañas en algún momento. Por supuesto, la que mejor y durante más tiempo ha estado bajo sus ojos ha sido Maite. Primero en casa del cajero, él y su esposa e hijas, y luego en el Banco, el vigilante nocturno. Sí, sí, ya sé -añadió, dirigiéndose a la chica- que con aquella peluca tu propia madre sentiría dudas, pero el hecho es que te han visto la cara. A los demás, Topo, Lola y yo, hemos de añadir a Zaque, Javi, Pablo y otra vez tú, Maite, por el sereno, aunque en esta ocasión fueran sólo unos segundos, con escasa luz, y el de la puerta estaba, lógicamente, sorprendido y asustado. De todos modos, que del grupo de diez hayan podido vislumbrar o ver a siete no es para sentirse orgullosos...

- Bueno -opinó Zaque-, debemos tener en cuenta que el factor sorpresa, la falta de iluminación adecuada y los buzos amarillos son elementos suficientes para confundir a cualquiera.

- A pesar de todo -insistió Ricardo-, continúo pensando que aún falta lo peor. Hemos actuado ante un montón de gente, y eso siempre es arriesgado. Especialmente, cuando uno de los que ha sido visto está fichado. Si no fuese demasiado tarde para hacerlo, empezaría a lamentar no haber permanecido más al margen de la operación.

- Puede que tengas razón -concedió Topo-, pero no debemos olvidar que cuanto mayor sea el número de empleados que se decidan a pasar por Comisaría, menos posibilidades habrá de que consigan algo positivo. Ya sabéis lo difícil que resulta lograr testimonios coincidentes. En medios

policiales se dice que no hay dos testigos presenciales de un hecho cualquiera que lo vean del mismo modo. De manera que si los declarantes son doscientos o trescientos la dificultad se convierte en imposibilidad. Cuando traten de hacer nuestros retratos robots las van a pasar moradas. Estoy convencido de que en vez de nueve elementos -y digo nueve porque Irún no estuvo en el Banco- van a encontrarse con noventa ejemplares de Frankenstein.

- Quisiera ser tan optimista como tú -contestó Ricardo-, pero no puedo. Cuando la policía tiene tu foto de frente y de perfil, además de tus huellas dactilares, una simple casualidad puede bastar para hacerte la puñeta.

- Lo de las huellas, nada -contradijo Goñi-. Durante toda la operación no te habrás quitado los guantes, ¿no?

- Claro que no -afirmó Ricardo-. Pero, en fin, ya veremos. Ahora ya es demasiado tarde para jeremiadas. Así que sigamos. ¿Qué más puedes decirnos, Pablo?

- Poco más. Ah, sí. He oído comentar todavía ayer, que el señor Recios y su familia han sido enviados a descansar a una playa del sur. El Banco se hizo cargo de los gastos, comprendiendo que han pasado un trago morrocotudo y tienen los nervios hechos trizas. También sé que el cajero, su esposa e hijas, lo mismo que grupos de empleados, han pasado horas estudiando fotos de delincuentes, intentando encontrar una cara conocida. Si lo consiguieron o no es algo sobre lo que la policía guardaba el más absoluto secreto. Y, aunque no venga a cuento, os diré que, aparte del infarto sufrido por uno de los empleados -ya era el segundo- parece que los servicios médicos de la empresa recibieron muchas visitas de los que acudían a consulta con síntomas de ansiedad y miedo, o quejándose de insomnio.

- ¿Y del regalo que les dejamos en el Banco al irnos, qué puedes decirnos? -interrogó Ricardo-. Los diarios de Madrid se limitaron a dar la noticia de la existencia de un paquete con explosivos.

- Sobre esto, nosotros -intervino Goñi- tenemos alguna información. Artemio y Juan -¿os acordáis de la pareja de la Guardia Civil?- han empezado a ablandarse. El otro día nos contaron cómo, avisados por la telefonista del Banco, acudieron al Banco los TEDAX (Técnicos Especialistas en Desactivación de Artefactos Desconocidos), cuyo lema es "el primer error es el último". Nos explicaron con pelos y señales el procedimiento seguido para recoger "el paquete", trasladarlo al vehículo especial que aguardaba a la puerta para hacerlo estallar en descampado. Se veía que sienten una gran admiración y envidia ante esos agentes. Por cierto, nos hablaron de pasada de uno de los

empleados, un verdadero ignorante en cuestiones de este tipo, del que se supo, cuando todo terminó, que había estado contemplando el proceso desde la balastrada del primer piso, oculto a medias tras una gruesa columna de mármol. El pobre hombre ignoraba que si aquello hubiera estallado, la onda expansiva, rebotando contra la pared trasera, le hubiese dejado hecho una lámina contra la propia columna.

- ¿Y de los controles en las carreteras, qué? -inquirió Lola-. ¿Siguen tocando los cojones al personal?

- Por lo que hemos visto -afirmó Irurita- la poli aún no desespera de tropezar con algo. Goñi y yo nos movemos bastante y hemos visto que la vigilancia aún no se ha suspendido. Últimamente, los puestos cambian de sitio todos los días; es probable que crean que así les va a ser más fácil conseguir algo. Lo que es seguro es que la gente está harta de aguantar registros e inspecciones; pero claro, no hay manera de adivinar hasta cuándo van a seguir.

- ¿Y de la importancia de lo que nos hemos llevado, qué hay? ¿se sabe algo? -interrogó Irún.

- Pues eso. Que el botín es importante. Nada más -afirmó Goñi-. Si vas a fiarte de la prensa, entre ciento cincuenta y doscientos millones. Incluso hubo un periódico que citó la cifra de trescientos. Si escuchas, como hemos hecho nosotros, a ciertos profesionales de banca -del Ferrero y de su competencia- las diferencias son todavía mayores. Unos hablan de cincuenta millones, alegando que los billetes eran pequeños -cuando sacamos el dinero de las maletas y las bolsas pudimos ver que eran grandes-, y otros llegan a mencionar los quinientos millones. En resumidas cuentas, hasta que lo contemos, no sabremos exactamente con cuánto nos largamos.

- A mí -aseguró muy seria Lola-, hasta que tenga en las manos la parte que me corresponda, no me entrará en la calamorra la falta de fallos. No olvidéis que yo ya estuve metida en otras dos operaciones semejantes, y cuando todo parecía del color de rosa, de sopetón, las cosas empezaron a torcerse hasta irse a hacer puñetas. La única que no fue a parar al talego, las dos veces, fui yo. En la última ocasión, tuvimos tan mala suerte que hubo un muerto. Todavía hay tres colegas dentro.

- No seas ceniza, por favor -suplicó Topo-. Esta vez todo saldrá bien; puede que tardemos más tiempo del calculado en echarle mano a la pasta, pero lo importante es que está segura en nuestro poder. A cuatrocientos y pico kilómetros de aquí, pero la tenemos. Por cierto, supongo que habrá quedado bien escondida, ¿no?

- Desde luego -afirmó Irurita-, allí está más segura que en el Ferrero. No está rodeada de tanto acero como cuando nos largamos con ella, ni cuenta con tres claveros, pero tiene un cajero con unos colmillos impresionantes, y además sólo nosotros sabemos donde está la "caja fuerte".

- Entonces, en vista de que las circunstancias no nos permiten decidir la fecha del traslado de los fondos -si nos precipitamos podemos echarlo todo a rodar- sólo queda decidir si Pablo va a "continuar sus estudios de derecho" o los suspende, quedándose definitivamente en Madrid. ¿A tí que te parece? -preguntó Ricardo.

- Hombre, yo creo que por mucho tiempo que me quede allí, ya no voy a oír nada nuevo. Creo que de ahora en adelante se van a producir repeticiones o exageraciones, pero, de todas formas, si queréis que vuelva a Oviedo...

- Entonces, si nadie opina de forma distinta, quédate. Pero llama por teléfono a la pensión para explicar tu ausencia. Mejor será no despertar sospechas.

- No tengo más remedio que ir a recoger mis cosas. Dejarlas allí sin decir nada o pedirles que las envíen a Segovia o Guadalajara -ya no recuerdo a dónde dije que me iba- sería extrañísimo, pues no conozco a nadie en ninguno de los dos lugares.

- Está bien -aprobo Ricardo-. Vete y vuelve tan pronto como puedas. En cambio vosotros -dijo, refiriéndose a Irurita y Goñi- no vais a tener más remedio que continuar actuando como agentes comerciales. Marcharse de San Claudio dejando allí el dinero sería una verdadera imprudencia.

- Es cierto -confirmó Goñi-. Además, nosotros ya estamos tan introducidos en la vida de aquel pueblo que formamos parte de él como si siempre hubiésemos vivido allí. No me explico cómo hemos conseguido que todo el mundo quiera jugar al tute con nosotros. Lo mismo pasa con el dominó y el mus.

- Pues yo sí me lo explico -razonó Irurita-. Sin embargo, no aplicáis bien la preposición. No quieren jugar "con" nosotros, sino "contra" nosotros. Eso es muy significativo. ¿Te paraste a calcular cuánto dinero llevamos perdido? A este paso vamos a tener que estudiar otro golpe; éste contra el Banco de España.

- Bueno, entonces vamos a decidir nuestra conducta para, digamos, los próximos diez días. Pablo vuelve a Oviedo para regresar enseguida. Irurita y Goñi se van de nuevo a San Claudio. Los demás, permaneceremos en Madrid, procurando llamar la atención lo menos posible. Y digo en Madrid porque aquí nos será más fácil pasar desapercibidos que si cada uno de vosotros se dirige a

su lugar de procedencia. Caso de que nuestros embajadores en Asturias tuvieran algo nuevo que comunicarnos antes del día 30, fecha en que volveremos a vernos aquí, llamarán al teléfono de marras. Si todo sigue igual, es decir, si la poli continúa colocando controles -aunque sea uno sólo- nosotros aguardaremos a que se cansen. Fijaos la papeleta con que nos encontraríamos si ahora, después de haber hecho lo más difícil, fuésemos a estropearlo todo por no tener paciencia. Ya he hablado con los capitalistas y ellos también recomiendan calma. En cuanto a las condiciones del reparto, son las mismas establecidas en principio. No estamos en condiciones de referirnos a cifras concretas porque ignoramos cuánto hemos logrado, pero sí podemos hacernos una idea. Por ejemplo, si la cifra conseguida fuese de ciento cincuenta millones, y esa puede ser la que más se aproxime a la realidad por ser la que se menciona con mayor frecuencia, el reparto sería así: para los financieros 50 millones, y para cada uno de los que tomamos parte en el ajo diez millones. Si la cantidad total fuese mayor o menor que la dicha, se distribuiría en la misma proporción. Así que, si no se os ocurre nada a vosotros, podemos dar por terminado esto. Nos veremos el día treinta si antes no hay novedad. Olvidaremos lo del veinticinco.

Una hora más tarde, el ruinoso refugio en que había tenido lugar el pleno del grupo ejecutor del atraco más importante realizado en España hasta aquella fecha, había sido abandonado por sus ocasionales visitantes. Se habían ido poco a poco, por parejas o tercetos, unos en dirección a Pinto y otros con el rumbo contrario.

- 6º -

A partir de aquel momento, se iniciaba una etapa difícil para todos: la lucha entre la necesaria cautela y la inevitable impaciencia.

Luego, cuando pasado un plazo prudencial, tras la desaparición de los últimos controles de carretera, se procediese a la partición del dinero, comenzaría otra fase no menos comprometida. Aquella en que el ansia de gastar debería ser refrenada para no llamar la atención de los confidentes de la policía.

Entretanto, Ricardo había recomendado hasta la saciedad la conveniencia de mantener el pico herméticamente cerrado. Nada de alardes; ni siquiera ante las personas más allegadas o de mayor confianza. Silencio absoluto sobre lo que habían hecho.

El propio Ricardo era consciente de la dificultad que entrañaba guardar un secreto como



aquel. Especialmente cuando la reserva debía ser mantenida entre tantas personas. El estaba convencido de que si una noticia o un hecho cualquiera era conocido por más de un individuo, en puridad no podía afirmarse que existiera la confidencialidad. El secreto dejaba de ser secreto.

Y si veía así las cosas aún cuando los poseedores de la información fuesen exclusivamente dos, ¿qué podía pensar cuando eran diez?

En vano trataba de convencerse de que quizás aquella fuese la excepción que confirmara la regla; de que la excesiva juventud de Javi, Maite, Pablo, Lola, Irún e Irurita, con veinticuatro, veintitrés, veintiuno, veinticinco, veinticuatro y dieciocho años, respectivamente, no les impidiera olvidar por algún tiempo lo que habían conseguido.

En los días anteriores a la organización definitiva del equipo, la corta edad de algunos de los posibles candidatos había estado a punto de dejarlos fuera. Después, consideraciones de otro tipo, como su serenidad y frialdad ante el peligro, su disciplina y obediencia, le habían obligado a reflexionar atendiendo más a estas virtudes que a las hipotéticas aparejadas a una edad más avanzada. Al fin y al cabo, suponía, la indiscreción no es patrimonio exclusivo de la juventud.

Las jornadas que transcurrieron inmediatamente después de la asamblea efectuada en Pinto, aparte de su insoportable lentitud, fueron sembrando en el ánimo de Ricardo la semilla de la inquietud. Experimentaba un desasosiego extraño cuyo origen no podía localizar, que al ser enfrentado con la razón le dejaba aún más nervioso.

No ignoraba que aquella situación se prolongaría probablemente a lo largo de días y aún de semanas. Había prevenido a sus hombres contra los sentimientos que ahora le embargaban a él mismo, pero se encontraba inerme ante la falta de noticias y el temor que el hecho le producía.

Personalmente cumplía a rajatabla la orden, más que consejo, impartida a sus compañeros, es decir, se mantenía virtualmente fuera de la circulación y cuando la necesidad le impelía a abandonar el nuevo domicilio ocupado a raíz de su regreso a Madrid, se abstenía de frecuentar los ambientes en que solía moverse antes del asalto al Banco Ferrero.

Se había impuesto la exigencia de actuar con idéntica cautela que si le constara que estaba siendo buscado por la policía.

Sin embargo, a pesar de todas sus precauciones, una noche en que, harto de permanecer en el agujero en que voluntariamente se había enterrado, salió a la calle para estirar las piernas y respirar un poco de aire puro -entonces residía en un barrio periférico que aún no había alcanzado el nivel de polución general- se dio de bruces con "El Jeque", un ex-legionario con la cara tan llena de cicatrices

como de rayas un mapamundi.

De aquel individuo se decían muchas cosas. Ninguna buena. Entre ellas, que había sido el autor de las muertes de dos ancianas echadoras de cartas -cuyo conocimiento del porvenir no les había servido de gran cosa-, seguidas del desvalijamiento del piso en que ambas vivían.

"El Jeque" era, según las malas lenguas, confidente de la policía, a la que había ayudado a acorralar a más de un delincuente desprevenido. A su actuación de parte de la ley debía, siempre de acuerdo con la opinión popular, la suerte de encontrarse en libertad y no entre rejas.

La contradictoria personalidad de "El Jeque" le había concedido una virtud: era un sinvergüenza agradecido. Hacía algunos años Ricardo le había hecho un favor que el otro recordaba todavía.

- Tengo el soplo -susurró "El Jeque", aproximándose tanto a Ricardo que a la nariz de

logrado dar con él, otros soplones animados de sentimientos infinitamente menos amistosos también podrían hacerlo.

Lo aconsejable en aquella comprometida situación, la desaparición temporal al otro lado de los Pirineos, significaba el desembolso de una cantidad de cierta importancia de la que, por el momento, carecía. Y allí, en Madrid, no se sentía a salvo.

Por otra parte, acudir a quienes habían financiado económicamente la operación, sería inútil. Tan pronto supiesen que Ricardo se había convertido en "una patata caliente" se negarían en redondo a correr el riesgo de quemarse los dedos.

Tendría que aventurarse a llamar por teléfono a Goñi, al bar en que, acompañado por Irurita, jugaba la partida todas las noches. Se trataba de una medida de emergencia que no le agradaba lo más mínimo, pero que debía realizar. ¿Cómo saber, si no lo hacía, cómo iba el problema de los controles policiales?

Los diarios de circulación nacional continuaban formulando cábalas acerca de la autoría del atraco, pero habían dejado de referirse a la inevitable molestia -tal como fue aludida los primeros días posteriores al golpe- de los puestos de control. Así que, allí en la capital de España, carecía de medios para conocer la situación.

En el momento en que decidió recurrir a los servicios de la Telefónica faltaban pocos minutos para las once de la noche. Afortunadamente, disponía de varias monedas sueltas, y no muy lejos de donde se encontraba había una cabina.

Cuando empujó la puerta pensó en el elevado número de locutorios callejeros públicos inutilizados por la barbarie y la inconsciencia de algunos ciudadanos inciviles. Pero estuvo de suerte. La luz de la cabina se encendió y pronto obtuvo la señal de marcar. Un tanto nervioso digitó el nueve ocho cinco, entonces prefijo del Principado de Asturias, y luego el número del bar con el que deseaba ponerse en comunicación.

Si no le respondían, o Irurita y Goñi no habían acudido precisamente aquella noche, se vería obligado a aguardar otro día más y repetir la llamada al siguiente.

También en esta oportunidad estuvo afortunado. Sobre el fondo de un rumor de risas y chocar de vasos, una voz bronca le preguntó con quién quería hablar.

- Con Juan Roca o con Federico, si andan por ahí -respondió Ricardo.
- Sí, aquí están. ¿Quién les digo que quiere hablarles?
- Dígalos que es "dos".

- ¿Cómo dice? -interrogó de nuevo el del bramido.  
- Sí, ha entendido bien. Dígales que llama "dos". Mi nombre, mejor, mi apellido es "dos".

- Espere un momento, haga el favor.

El breve instante que tardó Goñi en ponerse al aparato se le antojó a Ricardo un interminable siglo. Pero al fin, el inconfundible acento del "número nueve" llegó a sus oídos.

- ¿Qué tal, "dos", cómo va todo? ¿Hay algún problema en la fábrica?

- Deja que sea yo quien hable, Federico. Antes de nada, dime si ya han sido suprimidas las barreras arancelarias que nos impedían exportar. Te lo pregunto porque aquí han surgido pegas que no voy a poder solucionar. Convendría que yo, en persona, hiciera una visita a los importadores extranjeros.

- Entiendo, "dos". Pero las autoridades monetarias regionales, apoyadas por las nacionales, siguen empleando la misma política. Hoy suprimen un trámite y mañana inventan uno nuevo.

- Estoy enterado -afirmó Ricardo-. Hace un momento he hablado con alguien muy introducido en el ministerio del ramo y me ha dicho que tienen mucho interés en localizarme. Estoy convencido de que lo que intentan es quitarnos de la circulación... a mí el primero.

- ¿Y qué piensas hacer?

- Aún no lo sé. Tendré que meditar mucho, bien y con rapidez. ¿Y vosotros ahí, qué tal?

- Vendiendo bastante, aunque no todo lo que quisiéramos, y deseando que el tiempo pase deprisa. Aún faltan cinco días para el treinta. A ver si de una puñetera vez se arregla todo.

- Me temo que cinco días son demasiados para mí. Puede que esos cinco días representen mi ruina.

- ¿Tan mal andan las cosas?

- Peor. Y ya se sabe que en un negocio como el nuestro, cuando se tuerce termina por irse a pique. Bueno, se me acaban las monedas. Volveremos a ponernos en contacto pasado mañana a la misma hora, si es que vosotros no tenéis nada que decirme antes.

Ricardo colgó el aparato y abandonó la cabina. Iba cabizbajo. En su cabeza bullían las tres o cuatro opciones que se le ofrecían. La primera y más tentadora consistía en dar la orden de que Goñi e Irurita, arriesgándolo todo a una carta, introdujeran el dinero en el doble fondo de la furgoneta y salieran inmediatamente para Pinto.

Si la alocada acción salía bien, se haría cargo de sus diez millones y se dirigiría pitando al País Vasco y desde allí, por caminos utilizados desde siempre por contrabandistas, matuteros y fugitivos de la justicia, pasaría a Francia.

La segunda alternativa, más ponderada, pasaba por la paciente espera del momento en que la poli, tan hastiada de los controles como el público que los sufría, los eliminara definitivamente. Hasta entonces tendría que permanecer encerrado, sin salir a la calle. Disponía de algún dinero, poco, pero lo suficiente para ir tirando. Esta posibilidad suponía la pega de tener que depender de alguien de confianza que se encargara del avituallamiento. De utilizarla debería involucrar a alguien del grupo de los diez, pues no convenía mezclar elementos extraños a la operación. Pero, entonces, ¿cómo saber si la búsqueda ordenada contra sí mismo y anunciada por "El Jeque" no había sido ampliada ya? Decididamente, no tenía manera de confirmar ese extremo.

Ricardo optó repentinamente por la segunda probabilidad, renunciando a continuar quebrándose la cabeza contra circunstancias absolutamente fuera de su albedrío.

Por otra parte, pensó introduciéndose en otra cabina telefónica, quizás el individuo del equipo que acudiese en su ayuda pudiese hacerle un préstamo que le permitiera llevar a cabo la segunda parte de la primera opción.

A partir de aquel momento su racha de suerte pareció haberse agotado. Sucesivamente y sin éxito alguno, llamó a los números que para casos semejantes le habían sido facilitados por los interesados. Javi, Zaque, Pablo, Topo e Irún parecían haberse evaporado. Cabía la posibilidad de que, obedeciendo sus órdenes al pie de la letra, hubiesen cambiado de aires.

Recordó entonces que no había llamado a Lola y a Maite. Y si no lo había hecho no fue por un complejo machista. Si pensara de forma tan anticuada no hubiera contado con ellas para golpe tan importante. Sencillamente, las había olvidado momentáneamente; desde la confidencia de "El Jeque" la cabeza le funcionaba a ritmo lento.

Pero, al acudir a su mente el recuerdo de las chicas, no experimentó ninguna duda. Las dos eran perfectamente capaces de realizar la misión que pensaba encomendarles. Incluso en el aspecto económico podían resultar más interesantes que sus ilocalizables compañeros; gastaban menos que

sus colegas masculinos.

Llamó primero a Lola. Permitió que la llamada sonara hasta que, después de lo que le pareció una eternidad, se cortó automáticamente.

Luego, recordando que aquella era la que parecía su última oportunidad de entrar en contacto con sus compañeros, marcó el número de Maite.

Casi de inmediato una voz de hombre preguntó:

- ¿Quién es?
- Perdone; me he equivocado -respondió.

"Pues sí que estoy bueno", pensó conteniendo a duras penas la impaciencia que le consumía. Volvió a llamar y la misma voz repitió la pregunta.

Entonces, más para tranquilizar su conciencia que para otra cosa, inquirió:

- Oiga, ¿ese no es el número de Maite?
- Sí; esta es la casa de Maite. ¿Quién la llama?
- Dígale que soy "dos".
- No sé si será usted dos o tres, pero puedo asegurarle que hace usted las llamadas a pares -dijo el hombre con tono jocoso.

Ricardo, casi pegando botes de impaciencia, escuchó cómo el tío burlón decía a Maite:

- Toma, es para tí. Es un chiflado que cree ser dos personas a la vez. Dice que es dos.

La sensación de alivio experimentada por Ricardo al escuchar al otro lado del hilo telefónico la conocida voz de Maite, fue tan grande que no la olvidaría en su vida.

- ¿Qué tripa se te ha roto, tío? -dijo con el desgarro que la caracterizaba.
- Todavía no se me ha roto ninguna, pero las tengo todas a punto de irse al carajo -contestó número dos, imitando inconscientemente la manera de hablar de su interlocutora-. Escucha, ahora no puedo hablarte; estoy en una cabina y tú tienes ahí a alguien. Mañana, sin falta, fíjate bien, sin falta, tengo que verte. A las nueve y media de la mañana vete a la cafetería Rinaldini, en Azca. Antes de entrar cerciérate de que no te sigue nadie. No me falles y, por supuesto, no llesves carabina; me refiero a ese que está en tu casa.

Maite comprendió al instante que algo grave sucedía y aunque la curiosidad y el temor la incitaban a prolongar la conversación, su buen sentido se impuso. Antes de cortar la comunicación, sólo pronunció una palabra:

- Conforme.

Ricardo, pese a darse cuenta de que lo que acababa de hacer carecía de todo significado práctico, sentía un inexplicable alivio. Tanto que al recogerse en el miserable tabuco que le servía de cobijo fue menos consciente de lo bajo que había caído.

"Por lo menos", se dijo, "mañana veré a una persona en la que confío. Alguien que, si puede hacerlo, me echará una mano y me ayudará a largarme de aquí".

Tan grande era la fe que Ricardo había puesto en Maite que aquella noche durmió como si ninguna preocupación le agobiase. A la mañana siguiente, desde bien temprano, acuciado por la impaciencia, no cesó de mirar el reloj. A las siete y media, incapaz de resistir por más tiempo y luchando contra el sentido común empeñado en gritarle: ¿y cuando la veas, qué?, se lanzó a la calle, descendió a saltos las escaleras de la primera boca del metro que encontró y se dirigió al centro.

Después de realizar varios cambios de línea, a las nueve se encontraba en Azca, en la acera de enfrente de la cafetería en que había citado a Maite.

Todo parecía tranquilo y su instinto le decía que no había sido seguido hasta allí. El hecho de haberse dejado barba, unido al uso de unas gafas con gruesa montura de concha, le prestaba cierta tranquilidad, pues su aspecto general resultaba bastante desfigurado. De todos modos, para un caso desesperado, llevaba bajo la chaqueta el pistolón que había acompañado al Kalashnikov esgrimido en Oviedo.

Rinaldini ya había abierto sus puertas. Servía desayunos y a aquellas horas se veía muy concurrida, probablemente por una clientela formada por oficinistas y empleados de los numerosos negocios establecidos en la zona.

Ricardo decidió no precipitarse. Sería mejor aguardar, allí fuera, la llegada de Maite. Así tendría la oportunidad de observar si venía sola o traía escolta. Para que su presencia no resultara demasiado llamativa -caso que podía producirse si permanecía inmóvil en el mismo sitio durante mucho tiempo- comenzó a dar cortos paseos de un lado a otro, deseando causar la impresión de que aguardaba la llegada de alguien que se retrasaba.

A las nueve y veinticinco Maite hizo su aparición. Caminaba sin apresurarse, como quien no tiene nada que hacer. De cuando en cuando se detenía y contemplaba un instante el escaparate más cercano, aunque, en realidad, lo que hacía era comprobar si era seguida.

Por fin, Maite llegó a la altura de la cafetería, pareció dudar si entrar en ella o pasar de largo, y se decidió por lo primero.

Inmediatamente, Ricardo atravesó la calle sorteando la circulación que comenzaba a alcanzar

la sobreabundancia habitual, y la siguió.

Maite se había acomodado en una de las mesitas situadas en aquella especie de pequeños escenarios elevados sobre el nivel general del suelo, característica principal del establecimiento. Ricardo se le acercó y se sentó a su lado tras intercambiar con ella una mirada de inteligencia.

Un camarero vino enseguida a tomar nota de su encargo. Café con leche y churros para los dos, le dijeron.

- Enseguida -respondió pasando innecesariamente una húmeda bayeta sobre la superficie de mármol.

- Bueno, dime lo que sucede -rogó Maite, tan pronto como se alejó el de la chaquetilla blanca-. Desde ayer por la noche estoy en ascuas. No me llega la camisa al cuerpo.

Ricardo estaba a punto de iniciar sus confidencias cuando otro camarero se aproximó, trayendo en precario equilibrio una bandeja que contenía lo que habían pedido.

- Sus cafés y sus churros -dijo, colocándolo todo con una sola mano sobre la mesa-. Y esto, regalo de la casa -añadió, mostrando en la otra extremidad una pistola-. No cometan tonterías y no se muevan -ordenó, apuntándoles alternativamente-. Vosotros podéis venir -dijo, dirigiéndose a alguien situado a sus espaldas.

- Aquí debe haber una equivocación -trató de echarlo a broma Ricardo, al sentir cómo le colocaban las esposas con los brazos a la espalda-. ¿Quiénes son ustedes?

- ¿Es posible que aún no lo hayas adivinado? -inquirió el falso camarero, mientras inmovilizaba a Maite-. Somos policías, y si hemos cometido un error les pediremos disculpas en Comisaría. Esperen un momentito que me quite esta chaqueta; me aprieta debajo de los brazos.

El incidente había sido tan rápido y silencioso que apenas llamó la atención del público. Únicamente los ocupantes de las mesas próximas a la de Maite y Ricardo tuvieron ocasión de observar que sucedía algo fuera de lo normal.

Después, los tres policías y sus dos prisioneros abandonaron el local discretamente. Frente a la puerta se detuvieron dos automóviles, sin distintivo alguno que pregonara su condición oficial, a los que subieron las cinco personas. Los coches arrancaron casi de inmediato y pasaron a engrosar el torrente de vehículos que a aquella hora saturaba las calles madrileñas.



V

RETRIBUCION

- 1º -

En la Comisaría no se anduvieron por las ramas. El Inspector ante el que Ricardo fue conducido a prestar declaración debía de ser un humorista.

- Permíteme, Ricardo -le dijo tan pronto fue despojado de las esposas y autorizado a tomar asiento-, que te felicite. Has montado una operación tan meticulosamente organizada y realizada como el rescate de Mussolini por Otto Skorzeny. Para que cuando te llegue el momento de confesar no tengas reparos en hacerlo, empezaré yo mismo admitiendo que haberos echado mano tan pronto, a ti y a tu compañera ha sido, más que nada, fruto de la casualidad o, mejor aún, de la buena suerte. También es cierto que os buscábamos a los dos. Tarde o temprano os hubiéramos cogido. Ya sabes que la técnica de los retratos robot ha avanzado muchísimo en los últimos tiempos; si a esto unimos que tú estás fichado y Maite, aunque no lo está, es una antigua conocida de esta casa, era de esperar que, con la enorme cantidad de datos facilitados y confirmados por los empleados del Banco Ferrero, terminaríamos por haceros unas "instantáneas" preciosas. Después, entró en juego nuestra buena estrella -la mala para vosotros-, y esta misma mañana un coche patrulla camuflado de particular se dio de bruces con Maite. Un agente de paisano la siguió y pudo ver cómo entraba en Rinaldini contigo pisándole los talones. Nuestro coche tuvo que hacer una maniobra brusca para no llevarte por delante. ¡Cómo irías de ciego!... y ahora te toca a ti.

Ricardo recordó en aquel momento las palabras pronunciadas por uno de los integrantes del grupo -posiblemente por la propia Maite, o si no por Lola- cuando dijo que nunca había tomado parte en algo que al final no se estropease. Por supuesto, para él y para la propia Maite todo se había ido al traste. Pero no hablaría; mantendría la boca tan cerrada que creerían que se enfrentaban con una almeja. Si lo encarcelaban, cuando saliera dispondría de su parte. Confiaba en sus compañeros. Mientras tanto, silencio absoluto.

- Vamos, Ricardo. No nos hagas perder tiempo inútilmente. ¿No creerías que dejando barba y poniéndote esas gafas sin graduación ibas a engañar a alguien? En cuanto a Maite y su peluca, ha sido infantil. Recuerda que la vieron con ella puesta un montón de mujeres, entre ellas las

del servicio de limpieza del Banco, las secretarías y mecanógrafas, y antes que nadie la esposa y las hijas del cajero. Todas ellas, sin excepción alguna, se dieron cuenta de que llevaba peluca. La mayoría ha añadido que era horrible y que le sentaba como un tiro. Por otro lado, nos consta que erais un grupo bastante numeroso, entre ocho y doce -con menos es de todo punto imposible realizar algo semejante-, pero por el momento ignoramos cuántos intervinisteis exactamente. Tardaremos horas, días, meses o años -tú y tu amiga mandáis en esto- en llegar al fondo de los hechos, conocer los nombres de tus cómplices, saber a dónde ha ido a parar el dinero, quién os ha proporcionado las armas, etc. Yo, como es natural, no puedo prometeros nada, pero estoy en condiciones de asegurar que si tomáis la decisión de colaborar con nosotros, el juez que intervenga en vuestro caso adoptará una postura menos rigurosa y aplicará las sentencias más benévolas que le sea posible...

Ricardo escuchaba al Inspector pero no prestaba atención a sus palabras. Si expresara en voz alta sus pensamientos del momento, pocas personas en su sano juicio podrían darle crédito. Su mayor preocupación, dejando aparte el hecho de la detención, radicaba en la carencia de medios de que disponía para saber cómo actuarían Goñi e Irurita cuando se enteraran del doble arresto. ¡Y se enterarían rápidamente! Tan pronto como saliesen los periódicos de la tarde o, a más tardar, los del día siguiente. Eso en el supuesto de que no viesen la televisión ni escuchasen la radio.

Ahora todo estaba en las manos de aquellos dos. "Son buenos elementos", se dijo tratando de darse ánimos, "pero no están habituados a tomar decisiones", recapacitó volviendo a poner los pies sobre el suelo. "Si tenemos la suerte de que no agarren a ninguno más antes de la reunión del día treinta, todavía hay esperanza de conservar la pasta".

- ... en cambio -continuaba bordoneando la voz del Inspector-, si te empeñas en guardar silencio, ya puedes imaginarte lo que os espera. En el caso de que el dinero no aparezca, para cuando te concedan la libertad no te va a servir de nada. Acuérdate de la inflación...

"Eso si no les da la ventolera de sacar los cuartos del agujero para traerlos a Madrid, y en uno de esos controles sorpresa lo joden todo".

El Inspector, cansado de utilizar la clase de argumentos que en tantas ocasiones le habían dado excelentes resultados, cambió de táctica.

- Esta no es la primera vez que vienes a parar aquí. Habrás notado, porque no tienes pelo de tonto, que hasta este mismo momento he estado actuando de manera absolutamente distinta a como mandan las reglas. A partir de este instante, vamos a seguir las normas al pie de la letra.

Y tal como había anunciado el Inspector, Ricardo fue pasando por cada uno de los trámites

que el rodillo de la ley reserva para casos semejantes. No se le ahorró ninguno; todos muy legales, que terminaron encerrándole en una celda, después de negarse a nombrar abogado y exigir el de oficio. De allí pasaría a prisión preventiva en el plazo determinado por la ley de enjuiciamiento criminal.

Con Maite emplearon idéntico método, pasaron por las mismas fases y, al negarse a hablar, recibió un tratamiento gemelo al utilizado con Ricardo.

- 2º -

El día treinta, los ocho reunidos en Pinto presentaban una imagen muy distinta a la que ofrecían con ocasión de la asamblea celebrada el quince del mismo mes.

Ninguno de los asistentes ignoraba la detención de Ricardo y Maite. Los medios de comunicación se habían cuidado de que no pasara desapercibida para nadie, dedicándole abundante espacio y llamativos titulares. El hecho, además de ser tristísimo para los interesados -únicos ausentes, pues hasta Goñi e Irurita habían encontrado la forma de acudir sin originar suspicacias-, para ellos, para los ocho que aún gozaban de libertad, era peligroso en extremo. En realidad, podía convertirse en el primer acto de una tragedia de la que no se librara ninguno.

En aquellas difíciles circunstancias parecía natural que la dirección de lo que quedaba del grupo pasara a manos de Zaque, muy reflexivo y serio, pues el propio Topo reconocía su excesiva vehemencia que le obligaba muchas veces a dejarse arrastrar por los impulsos del momento.

Así pues, Zaque, con la tácita aceptación de los demás, fue derecho al grano desde el primer momento.

- Supongo -dijo- que no hay nadie entre nosotros que no sea plenamente consciente de lo que se nos avecina. Cuando en una operación como la que realizamos empiezan las detenciones no hay modo de pararlas. En plan de coña se dice que "la policía no es tonta". Eso además de una vulgaridad es un axioma; dispone de medios suficientes para hacernos la puñeta y cuenta con un batallón de soplones y confidentes que saben cuántas son dos y dos. De manera que, según lo veo yo, cada uno de nosotros debería dar su opinión sobre lo que entiende podemos hacer. Luego, pondremos la cosa a votación... y ya veremos. Venga, ¿quién va a ser el primero?

- Yo misma -ofreció Lola.

- Aguarda un minuto -solicitó Zaque-. Olvidaba algo muy importante. Antes de continuar,

conviene que Irurita y Goñi nos cuenten cómo va el asunto de los controles policiales.

- Pues muy poco hay que contar - afirmó el último de ellos-. Os diré lo mismo que a Ricardo la noche anterior a su detención, aunque con menos rodeos. Nos llamó desde una cabina telefónica y yo le contesté desde el bar de San Claudio donde vamos a jugar la partida con los indígenas. Ricardo sabía que le buscaban y quería darse el piro pasando a Francia, pero estaba mal de fondos. Al día siguiente, ya lo sabéis, lo cogieron al mismo tiempo que a Maite. Pero, volviendo a tu pregunta: la vigilancia no ha desaparecido por completo. Sencillamente, ha cambiado de forma. Ahora, no es como en los primeros días en los que tenías la seguridad de que cada veinte o treinta kilómetros, en todas las carreteras, te ibas a encontrar con un puesto de vigilancia. Hoy no te para nadie en ningún sitio y mañana lo hacen diez veces en un trayecto de treinta kilómetros. Así que no hay manera de adivinar lo que van a preparar para el día siguiente. Y ya que estoy hablando, aunque aún no has preguntado nada sobre las declaraciones de los empleados, os diré que continúan pasando por Comisaría; según nuestros "amigos", los dos Civiles, los están estrujando. Y eso es todo lo que sabemos.

- Entonces, si quieres, Lola... -ofreció Zaque.

- Allá voy. A mí esto de meter la cabeza debajo del ala y estar esperando a que te sacudan el garrotazo, no me gusta un pelo. Vamos, que me jode cantidad. Así que si no tenemos manera de fijar una fecha segura para desenterrar las pelias y darnos el bote con ellas, como parece que todas pueden resultar peligrosas, opino que deberíamos hacerlo por la tremenda, como ellos, cualquier día. Aquí mismo tenemos la chatarra que utilizamos en el atraco. Las calles están llenas de coches esperando que alguien les haga un puente. Nos vamos a Asturias, metemos la pasta en el doble fondo de la furgoneta de los vendedores de jabón, formamos una caravana con tres vehículos, en el medio el que llevará la pasta, y adelante con los faroles. Si tenemos la suerte de no tropezar con la bofia, formidable. Volvemos aquí, a Pinto, repartimos el botín y a vivir. Que no es así, damos con la poli y trata de pararnos, nos abrimos paso a tiros, y a quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga. Cualquier cosa menos esto de andar escondidos como ratas. Ya me duele el culo de estar sentada.

- Si os parece -sugirió Javi- os diré lo que pienso de este asunto.

- Adelante -le animó Zaque.

- No voy a necesitar tanto tiempo como Lola. A mí tampoco me gusta estar fuera de la circulación pero me gustaría menos que me agarrase o, peor todavía, que me pegaran un tiro. Así que prefiero seguir esperando.

- ¿Cuánto tiempo? -preguntó Lola.
- El que haga falta hasta que los chingados hijos de la gran puta dejen de registrar coches y podamos hacer el alijo sin peligro. Como ves sé hablar tan mal como tú.
- Eso, y mientras tanto que nos vayan trincando de uno en uno como conejos.
- Está bien -zanjó Zaque la cuestión-. Así no llegamos a ninguna parte. A ver, ¿quién habla ahora?
- Me parece -opinó Topo- que no hace ninguna falta que hablemos todos. ¿Para qué? Creo que sólo tenemos dos posibilidades. O nos movemos o nos quedamos quietos. ¿Alguno de vosotros conoce otra solución?

El silencio general con que fue acogida la cuestión puso de manifiesto lo acertado del razonamiento de Topo.

- Entonces -prosiguió éste- no hay más que sopesar los pros y los contras de cada una de las decisiones y, después, si vamos a seguir haciendo las cosas como hasta ahora, ponerlas a votación.

- Tienes razón -aprobó Zaque.

- ¿Pero -objetó Goñi- os dais cuenta de que si gana la opción que prefiere la acción inmediata podríamos vernos obligados a enfrentarnos a toda la Guardia Civil y la Policía de guarnición en Oviedo?

- ¿Y tú no piensas que seguir esperando puede significar que nos detengan sin tener ocasión de volver a ver la pasta? -interrogó Lola demasiado interesada en lo que se jugaba para detenerse a utilizar una frase con mayor contenido de sal gorda.

- A estas alturas, todos sabemos lo que nos jugamos, tanto si nos movemos como si permanecemos inmóviles -resumió Zaque-. Así que, ¿para qué perder más tiempo? Vamos a votar. Los decididos a tirar por la calle del medio, sin esperar un día más, que levanten la mano.

Los brazos de Lola, Pablo, Topo, Irún e Irurita se elevaron como movidos por un resorte.

Los de Javi, Goñi y el propio Zaque permanecieron inmóviles. El último resumió la situación limitándose a decir:

- Ahora hemos de decidir cuándo nos vamos a Oviedo.
- Opino que cuanto antes, mejor. Hace un momento, llegamos a la conclusión de que no hacer nada puede significar la detención; por ese motivo se votó entrar en acción.
- Entonces, ¿qué tal si nos vamos mañana mismo? -sugirió Topo.

La propuesta fue aceptada por unanimidad, acordándose también que a primera hora Pablo y Javi se encargarían de hacerse con dos coches potentes y en buen estado a los que cambiarían las matrículas haciendo uso de las que aún conservaban almacenadas.

Los dos vecinos de San Claudio viajarían en su furgoneta, y los otros seis irían repartidos en los dos vehículos que Javi y Pablo conseguirían.

- ¿Qué os parece si iniciásemos el viaje hacia Oviedo a horas distintas? Por ejemplo, con una hora de diferencia entre coche y coche -propuso Zaque.

- A mí, me parece muy bien -respondió Topo- siempre que calculemos el horario de salida de aquí de manera que el primer vehículo que llegue a San Claudio lo haga a las dos o las tres de la mañana y el último antes de amanecer.

- Perfecto -concedió Zaque-. Luego, cuando todos estemos en el pueblo, convendría esperar a que se hiciera de noche, y entonces volver aquí, aunque en esta ocasión trayendo la pasta con nosotros; creo que lo mejor sería que los tres vehículos viajaran juntos, quiero decir, sin perderse de vista.

- ¿Y cuándo estemos otra vez aquí, qué? -preguntó Irún.

- Repartimos el dinero, entregamos su parte a los capitalistas y... -anunció Topo.

- Eso ya lo sé -insistió Irún-. Me refería a lo que vamos a hacer con lo que corresponda a Ricardo y Maite.

- Lo pondremos en manos de los financieros. Ellos se cuidarán de los fondos mientras los mantengan dentro -dijo Zaque-. Puede que entonces -añadió tras unos instantes de reflexión- se la devuelvan con intereses. Y ahora, hablando de otra cosa, quisiera que cada uno de nosotros resumiera en pocas palabras qué ha hecho desde que regresó de Asturias, qué clase de vida ha llevado allí donde vive. Se trata únicamente de calcular cuanta delantera llevamos a los que, sin ningún género de duda, nos van a buscar o nos buscan ya. Empezaré yo mismo. No he aparecido por mi pueblo, de donde faltó desde hace más de ocho meses. No he escrito a casa y he pasado estos días entre Barcelona y Madrid donde me conoce poquísima gente. Además he salido de casa, quiero decir, de las pensiones en que me hospedo aquí y allí.

Como la pausa efectuada por Zaque se prolongaba demasiado, Topo hizo un breve resumen de sus pasos. Le siguieron el resto de sus compañeros. De acuerdo con lo que afirmaron, ninguno de ellos había cometido imprudencias, no habían visitado las ciudades y pueblos en que residían habitualmente. Tampoco se pusieron en contacto con sus familias, excepto por teléfono, hablando

desde cabinas públicas, y sin mencionar el lugar en que se encontraban. Todos, también, sin excepción, se alojaban en fondas de mala muerte o vivían como realquilados en sitios miserables que muy improbablemente podrían estar bajo control policial.

- Bien -aceptó Zaque, en tono dubitativo-. Entonces, suponiendo que el paso que vamos a dar salga como deseamos, pasado mañana nos volveremos a reunir aquí, por la noche. Sólo queda por determinar en qué orden saldremos hacia Oviedo, y las horas a que lo haremos. ¿Os parece bien que el primero sea el coche que llevará Pablo, el segundo la furgoneta conducida por Goñi o Irurita y el tercero el vehículo que conducirá Javi? ¿sí? Bueno, las horas pueden ser las seis, las siete y las ocho de la tarde. Calculando que el viaje durará unas seis horas, el coche que saldrá en primer lugar llegará a Oviedo hacia las doce de la noche, el segundo a la una y el tercero a las dos de la mañana. Todos sabemos dónde se encuentra la cantera abandonada, así que, si os parece, podemos reunirnos allí para trasladarnos después, todos juntos, a San Claudio. A esas horas no será fácil llamar la atención. Caso de que algún control nos parase cerca de la finca, Goñi puede presentarnos como colegas a quienes ha invitado a pasar unos días en su casa. La vuelta, una vez hayamos abierto la "Cueva de Alí-Babá", con el dinero en la furgoneta, será bastante más problemática, pero, ¿para qué poner el carro delante de las vacas?

- Se me ocurre que, puesto que nos vamos mañana -insinuó Javi-, deberíamos quedarnos aquí hasta el momento en que nos pongamos en marcha hacia Oviedo. Estoy convencido de que no se le ocurrirá a nadie venir a buscarnos en estas ruinas. La única pega que le encuentro a mi propio plan es que no creo en la bondad de la despensa local.

- Déjate de pensar con el estómago -aconsejó Pablo-, y dime: ¿qué te parece si agarramos uno de los fotingos en que vinimos y nos vamos tú y yo a Madrid a cambiarlo por dos automóviles de verdad?

- ¿Ahora mismo?

- Claro que ahora mismo. Por la noche es más fácil. A estas horas las calles de la ciudad son un enorme escaparate del mayor concesionario del país.

- ¿A vosotros qué os parece? -interrogó Javi sin dirigirse a nadie en particular.

- A mí -respondió Irún-, formidable. Cuando se trata de pedir prestados automóviles, el que da primero da dos veces, al que madruga Dios le ayuda... y además hay mucha competencia.

- Hasta luego, pues -dijo Javi, cogiendo a Pablo por un brazo y tirando de él.

- No nos esperéis levantados -apuntó Pablo-. Mañana veréis lo que os hemos traído.

- 3º -

Al día siguiente, el señalado para trasladarse a la capital del Principado de Asturias, los huéspedes de la viejísima casa tuvieron ocasión de admirar la habilidad, conocimientos y buen gusto de los cazadores de automóviles. Javi se había hecho con un Toyota impresionante, y Pablo con un Datsun que quitaba el hipo. En los dos casos el hecho de que la documentación de los vehículos no estaba a nombre de quienes iban a conducirlos les traía sin cuidado. Tampoco les importaba, en aquella ocasión, el riesgo añadido que suponía ocupar aquellos dos lujosos coches de importación. Lo que sí hicieron tan pronto se levantaron fue cambiar las placas de las matrículas y colocarles unas tiras adhesivas blancas que, destacando sobre los fondos azul oscuro y negro respectivos, modificaban bastante su aspecto general.

El tiempo transcurrió con lentitud inacabable, pero, al fin llegó el momento en que Pablo, Lola y Topo ocuparon el Datsun y se dispusieron a alejarse de las proximidades de Pinto. Conducía Pablo. Iban no muy cómodos, pues el modelo elegido por su confiscador era deportivo. A las seis en punto Pablo dio media vuelta a la llave de encendido y el motor se puso en marcha con un poderoso rugido.

- Esta excursión me recuerda la que hicimos a Sando hace ya lo que parece un montón de mierda y de años -afirmó Lola nada más iniciado el camino-. Lo digo por la incomodidad. En aquella eran los jodidos codos de Topo. En esta es el asiento. Esto no está hecho para personas, o por lo menos para personas con culos normales.

- No olvides que vamos en un deportivo -se defendió Pablo.

- Ah, perdona. Se lo diré a mi trasero. Puede que lo entienda -contraatacó Lola.

El desplazamiento se realizó sin contratiempos. El que manejaba el volante comprendía la necesidad de pasar desapercibido y conducía con prudencia desacostumbrada en él. Buen trabajo le había costado hacerlo, pero cuando las primeras luces de Oviedo estuvieron a la vista pudo decir sin faltar a la verdad que había respetado todas las señales de circulación existentes entre las ciudades de salida y de llegada. A las doce y cuarto de la noche Pablo detuvo el coche, apagó luces y motor y se dispuso a esperar.

En la vieja cantera reinaba un silencio sepulcral, puntuado únicamente por el intermitente croar de las ranas moradoras de la zanja inundada en cuyo fondo reposaban las maletas y sacas de



lona arrebatadas al Banco Ferrero hacía menos de un mes.

- Topo, haz el puñetero favor de quitarte de ahí delante. Tengo que salir. Estoy hecha un cuatro y además he de hacer algo urgente. Vamos, rápido o me meo aquí mismo.

Lola se apeó del vehículo casi pisando los talones a su camarada de armas y desapareció tras unos arbustos. Pronto estuvo de vuelta, haciendo un brevísimo pero elocuente comentario:

- ¡Uf! -se limitó a decir.

Aproximadamente una hora más tarde, el peculiar bufido del motor rectificado de la furgoneta conducida por Goñi silenció momentáneamente el monótono canto de las ranas.

- Ahí están los segundos -comentó Pablo-. Son puntuales -añadió, echando una ojeada a la esfera fosforescente del salpicadero.

- No, no hemos tropezado con ningún control -respondió Irurita a la pregunta formulada por Topo-. Ojalá sigamos con la misma suerte.

- Sí, a ver si de una puñetera vez acabamos con esto -deseó Lola-. Tengo unas ganas enormes de ir a darme un garbeo por Lisboa...

- ¡Arrea! -exclamó Irurita-. ¿Y por qué Lisboa?

- ¿Y por qué no?

- No te sulfures, Lola. Es que me extraña que prefieras Lisboa a París, Roma o Londres.

- Se ve que no sabes de la misa a la media. En Portugal la vida está mucho más barata que en esos otros sitios, así que allí podría estar durante más tiempo por el mismo dinero -explicó Lola.

- Mirándolo así... -concedió Irurita.

Mientras se cruzaban aquellas palabras intrascendentes, en el fondo muestra del nerviosismo y la impaciencia que aquejaban a quienes aguardaban, Topo se había alejado unos pasos del grupo formado por sus compañeros y de manera mecánica, como ausente, arrojaba piedras a la zanja rebosante de agua fétida. Las ranas, alarmadas por el ruido insólito, habían enmudecido.

Topo no podía dejar de cavilar en lo que la suerte podía reservarles para la noche siguiente; cuando emprendieran el regreso a Pinto. Un inoportuno control y el consiguiente tiroteo que seguiría -puesto que habían decidido no entregar el dinero sin oposición- podía representar la diferencia entre disfrutar de la libertad y del dinero, y pasar a pudrirse en prisión una larga temporada. Un trozo de roca lanzada con más rabia que las anteriores puso punto final a su huraña meditación. De nada serviría a aquellas alturas lamentarse por haber hecho las cosas de cierta forma y no de otra. Al fin y al cabo, peor lo tenían Ricardo y Maite; su situación no tenía arreglo inmediato.

A los oídos atentos de los cinco que esperaban, llegó de pronto el rumor de un vehículo que se aproximaba a considerable velocidad.

- No pueden ser ellos todavía; aún deberían tardar otra media hora... si salieron a las ocho como habíamos quedado -calculó Pablo, cuyo amor propio de conductor joven y experimentado se sentía herido.

Sin embargo, minutos después, el Toyota conducido por Javi hizo su entrada en el claro existente entre la maleza y los arbustos que rodeaban la antigua cantera.

- Este bárbaro -acusó Zaque tan pronto se apagó el estruendo del motor- ha venido saltándose todos los límites de velocidad que encontramos. Es la una y media, lo que quiere decir que traemos media hora de adelanto. Eso a pesar de mis consejos y recomendaciones. Es más terco que una mula.

- Como veis, no tuvimos un solo tropiezo. Ni controles, ni puestos de vigilancia; nada de nada. Además, conducir esa joya es una auténtica delicia. No hay quien resista la tentación de pisar el acelerador.

- Bueno, pues ahora -propuso Zaque- debiéramos aguardar hasta las dos y media o las tres sin movernos de aquí. Así eliminaremos la posibilidad de tener algún tropiezo.

- ¿Cómo? -protestó Lola- ¿quedarnos aquí otra hora más esperando como idiotas? ¿A quién carajo teméis encontrar por semejantes andurriales a estas horas? ¿Es que vamos a llegar a San Claudio cuando salgan de la ópera?

A pesar de las irónicas protestas de Lola y de otros partidarios del abandono inmediato de aquel tétrico lugar, el buen sentido se impuso y se decidió esperar hasta las tres de la mañana.

El tiempo que faltaba se malgastó intentando en vano encontrar una explicación lógica a la veloz captura de Maite y Ricardo, y haciendo planes -la mayoría sin ninguna validez desde el punto de vista del sentido común-, para rehuir un destino parecido.

A las tres en punto, agotados todos los temas de conversación que la desaparición de los dos colegas y la inmediata entrada en posesión del dinero sugerían, se organizó la cabalgata -Javi denominó así la procesión formada por los tres vehículos-. Abría camino la furgoneta de Goñi e Irurita, seguida a corta distancia por el Toyota y el Datsun.

los automóviles. Además, con ellas apagadas su avance por la carretera pasaría prácticamente inadvertido.

De todos modos, por prudencia, quienes no iban al volante llevaban las armas al alcance de las manos. No obstante, cubrieron los escasos kilómetros que los separaban de su destino sin tropezarse con nadie.

En cuanto llegaron, se suscitó la cuestión de si sería más conveniente desenterrar el botín de inmediato o, por el contrario, retirarse a descansar algún tiempo y hacerlo a primera hora, por ejemplo al amanecer.

Irurita, apoyado por Goñi -realmente los únicos conocedores de las costumbres del lugar- aconsejó que se hiciese inmediatamente lo que había de hacerse.

- Para descansar tendremos tiempo después; hasta que sea de noche cerrada otra vez y nos larguemos a Pinto. Hay que tener en cuenta, además, que por aquí se madruga bastante. ¿No querréis que alguien nos pesque sacando las bolsas de debajo de la caseta, eh?

Naturalmente, nadie deseaba una eventualidad como aquella, así que, sin excepciones, accedieron a ponerse a trabajar de inmediato.

Comenzaron por donde habían finalizado cuando ocultaron el dinero. Irurita se llevó al perro al viejo lagar. Tuvo que emplear toda su fuerza para arrastrarlo tirando de la cadena. El Doberman estaba inquieto, quizás ante la presencia de tantos efluvios humanos ya olvidados unos y desconocidos otros. Gruñía amenazadoramente y caminaba vacilante. Luego, al ser atado a la misma argolla utilizada en la ocasión anterior, el can se dejó caer al suelo como agotado por la breve lucha que había sostenido.

- Necesitas ejercicio, amigo -le dijo Irurita, dándole una afectuosa palmada en la cabeza-. Te estás poniendo fondón.

Cuando iba a comenzar la segunda fase -la retirada de la caseta- se dieron cuenta de que lo que había sido una ventaja muy poco tiempo antes, la brillante iluminación proporcionada por la luna, representaba en aquel momento un notable inconveniente. Había demasiada luz.

A pesar de todo, después de hacer varias rondas de inspección para cerciorarse de que nadie se ocultaba por los alrededores, deseoso de averiguar la causa de los inusuales ronroneos de tres motores diferentes, pusieron manos a la obra.

Suspendieron las operaciones para escuchar durante unos instantes, pero cada vez que lo hicieron volvieron a trabajar animados por el silencio reinante.

Al fin, la caseta, despojada de los pernos de acero, estuvo separada del soporte de cemento; luego, retirada la base, quedó a la vista la maciza chapa metálica, última puerta protectora de la fortuna arrancada al Banco Ferrero.

- Llegó el momento solemne -anunció en tono burlesco pomposo Lola-. Es una lástima que tú, Zaque, siempre preocupado por los detalles, no hayas pensado en convocar a la prensa. Estoy hablando en serio; podríamos haber cedido la exclusiva en una pila de millones. Fijaos lo que sería, cómo se vendería el reportaje fotográfico de un acto como éste. Ya lo estoy viendo; todos nosotros cubiertos con los pasamontañas, los Kalashnikov colgados al hombro, haciendo rodar esa plancha. Luego, un primer plano del agujero lleno de bolsas de plástico -una de ellas reventada artísticamente enseñando las tripas en efectivo-, y después de mostrarnos cargando la furgoneta con el alijo, un plano largo, creo que se dice así, del último de nuestros coches que se da el piro mientras un sargento de la Guardia Civil, atado a uno de esos manzanos, impotente y desesperado se caga en las madres que nos parieron...

- Basta ya, Lola; deja de disparar y quita de ahí -ordenó Topo, un tanto molesto-. Estás colocada en el sitio más indicado para impedirnos quitar la chapa.

- Está visto -contestó Lola-, que no tenéis un puto gramo de sentido del humor. En un momento como este, a punto de hacernos cargo de lo que tanto trabajo, tiempo, dinero, ingenio y valor nos costó, estáis, no sé como decirlo, ah, sí, estáis acojonados. Seguro que Ricardo y Maite...

- Anda, cállate ya y no disparates más, haz el favor -le rogó Pablo con firmeza.

- Y vamos a abrir ahí de una puñetera vez -exigió Irún, que no había abierto la boca hasta entonces-. Aunque hasta que lleguemos a Pinto no sepamos a cuánto tocamos, me muero de ganas de hundir las manos entre los billetes.

- Pues venga -aprobó Topo-. Vosotros tirad de ahí. Nosotros empujaremos desde aquí.

La chapa, con un agudo chirrido, se desplazó hacia un lado, dejando al descubierto un negro agujero.

- Quitaos de ahí, coño -exigió Zaque-; dejad que la luna ilumine la caja fuerte de nuestro Banco particular.

Obedeciendo el imperativo mandato, los que daban la espalda al astro de la noche se movieron hacia un lado.

Entonces, nada impidió el paso de la luz, y todos pudieron ver claramente que el pozo estaba vacío.



## EPILOGO

La impresión recibida por quienes rodeaban aquella especie de sepultura ayuna de todo contenido, fue tan grande que inicialmente se mantuvieron en un extraño silencio. Después, como si volvieran en sí, iniciaron el coro de lamentaciones y juramentos que no cesó hasta que Irurita, relacionando el reciente comportamiento del Doberman con la increíble desaparición del dinero, salió corriendo en dirección a la construcción antiguamente destinada a la fabricación de sidra.

- ¡El perro! -se limitó a gritar entre zancada y zancada.

Sus compañeros le siguieron a toda prisa. Al llegar al lugar en que había sido encadenado el hermoso perro de raza tuvieron ocasión de asistir a sus últimos instantes de vida. En medio de convulsiones que le obligaban a sacudir espasmódicamente las extremidades, abría la boca hasta casi descoyuntar las mandíbulas, y respiraba entrecortadamente como si el aire que llegaba a sus pulmones fuera insuficiente.

- El animal ha sido envenenado -diagnosticó Zaque-. He visto morir algunos y estoy seguro de que éste no va a tardar en hacerlo.

- Eso es evidente -concedió Irún-. Pero ¿quién lo ha hecho?

- Si pudiera responder esa pregunta, también podría decirnos quién se ha llevado los cuartos.

La enormidad de lo sucedido fue abriéndose paso poco a poco en las mentes de los presentes. Sin embargo, en aquellos momentos difíciles se puso de manifiesto el acierto de Ricardo cuando había procedido a la elección de los miembros que tomarían parte en la operación terminada de forma tan insospechada. Ninguno pronunció ni un reproche, ni una palabra de doble sentido que pudiera sugerir siquiera un indicio de recelo.

Topo propuso que se procediese a cerrar el inútil agujero. ¡Si, además de haberse quedado sin una peseta, despertaban las sospechas de que allí pudo haberse ocultado el botín buscado con tanto ahínco por la poli! ¿Quién podría ser tachado de incrédulo si se negaba a admitir que la pasta se les había evaporado de entre los dedos?

De pronto, el Doberman sufrió una sacudida que agitó todo su cuerpo y se quedó yerto.

- Ayudadme a llevarlo al agujero. Es un sitio tan bueno como otro cualquiera para enterrarlo -rogó Irurita-. Me gustaría meter con él al hijo de mala madre que lo mató.

El animal parecía haber aumentado considerablemente de peso, y fueron necesarios los esfuerzos combinados de Javi, Pablo y el propio Irurita para trasladarlo hasta el improvisado sepulcro.

Cuando se dispó el eco del desagradable ruido producido por el choque del cadáver del Doberman contra el fondo del pozo, lo que quedaba del equipo decidió reunirse en asamblea. Tenían que hablar de cosas serias.

En primer lugar, había que decidir lo que debían contar a los financieros del golpe. Y, sobre todo, cómo debían hacerlo. Si no lograban convencerlos de que su versión de la desaparición de los fondos, por absurda que sonara, era auténtica, lo pasarían mal. Era gente de cuidado, muy celosa de su reputación. La mera suposición de que el grupo de Ricardo trataba de tomarles el pelo les parecía un sacrilegio y les invitaría a cometer una barbaridad que sirviese de escarmiento a futuros bromistas.

Luego, deberían acordar lo que cada uno de ellos tendría que hacer, dónde ocultarse, de qué vivir hasta el momento de participar en un nuevo golpe.

Unánimemente fue acordado que aquella misma noche, más acertado sería decir madrugada, pusieran rumbo a Madrid, y desde allí, tras la correspondiente entrevista con los capitalistas que habían financiado el asalto al Banco, cada uno se largara a su lugar habitual de residencia -San Sebastián, Bilbao, Logroño, Madrid y Santander- para tratar de capear el temporal que indudablemente se avecinaba.

También quedó resuelto que Zaque, en la obligada ausencia de Ricardo, se hiciese cargo de la desagradable tarea de entrevistarse con los socios capitalistas del desafortunado atraco. Nadie le envidiaba la nada placentera comisión, aceptada únicamente en aras de la amistad y un elevado sentido de la responsabilidad.

- Iré a entrevistarme con esa gente, pero lo haré con una condición. Ahora mismo nos vamos todos a Pinto, y mañana iré a Madrid a hablar con ellos. Supongo que estarán ansiosos de hacerse cargo de su parte y por esa razón me recibirán inmediatamente. Mientras tanto, y hasta que yo vuelva a Pinto, ninguno de vosotros se moverá de allí. Fijo este requisito porque, teniendo en cuenta cómo ha terminado esto, lo más probable es que quieran hablar con todos nosotros.

Con tal de no sentirse obligados a ser los primeros en verse en presencia de quienes habían arriesgado y perdido en la apuesta un montón de dinero, los componentes del grupo prometieron

cuanto Zaque exigió. Incluso estaban dispuestos a jurar por las cenizas de sus muertos lo que Zaque determinase. Por supuesto, habría que hacer frente a la situación, comprendiendo que si mala cosa era verse buscado por la bofia, peor, muchísimo peor era incurrir en las iras de individuos como aquellos.

Finalizó la reunión con el lógico pesimismo propio del caso y, antes de volver a los coches, procedieron a dejar la caseta del perro en las mismas condiciones en que se encontraba a su llegada. Previamente habían eliminado de la casa cualquier rastro de su presencia. Goñi e Irurita ya no volverían a aparecer por San Claudio, si bien la toma de aquella decisión les había causado buenos quebraderos de cabeza. En realidad, se decían, qué razón existía que aconsejara el regreso. Pero, por otro lado, una desaparición excesivamente brusca ¿no bastaría para levantar los recelos siempre a flor de piel en lugares tan pequeños como aquel?

Aquella noche, después de viajar durante casi todo el día, pernoctaron en Pinto, aunque lo cierto fue que pocos podrían jactarse de haber dormido. Zaque se había quedado en Madrid; por la mañana intentaría concertar la cita que le permitiría sincerarse con los amos del dinero.

Dos jornadas completas transcurrieron antes de que su compañero hiciera acto de presencia en la decadente casucha de Pinto. Llegó cuando entre los que le aguardaban comenzaba a cundir el desaliento.

Al parecer las dos personas que debían recibirle se encontraban fuera de Madrid. En viaje de negocios, habían tenido la condescendencia de explicar sus acólitos.

Al segundo día Zaque fue convocado con urgencia. Los capitostes habían regresado y querían verle inmediatamente. La entrevista había sido tormentosa desde el primer instante. Ni una palabra más alta que otra había sido pronunciada por los dos pulidos tiburones. Habían escuchado con paciencia y cortesía lo que el sustituto de Ricardo tenía que decir. Después, todavía sin levantar la voz ni formular una amenaza, habían querido conocer el paradero de los otros siete componentes del "comando" -tal como ellos lo habían denominado-. Zaque, temiendo que el asunto podría empeorar si trataba de ocultarlo, lo había dicho. A las once de la noche, Zaque acompañaría a los dos peces gordos a Pinto. Querían hablar con "el rebaño de inútiles que se habían dejado arrebatarse aquel sabroso botín". Aquello no le cogía por sorpresa. Si se conformaban con hablar, no podrían quejarse.

La entrevista se celebró sin que la sangre llegara al río. Por supuesto, los financieros no arribaron acompañados solamente por Zaque. Con ellos venía media docena de individuos grandes y gordos que debían pesar, al menos, cien kilos cada uno.



Al principio se limitaron a escuchar la versión dada ya por Zaque, ahora repetida otras siete veces. Después, iniciaron un interrogatorio que debía durar cerca de tres horas. No se cansaban de repetir las mismas preguntas acompañadas de exactas amenazas. Cuando finalizó el turno de preguntas formuladas de uno en uno y por separado, empezaron otro después de reunirse todos en la misma habitación.

La cosa terminó con una arenga en la que los dos personajes se turnaron. En resumen, vinieron a decir que ningún equipo en el que tomara parte alguno de los diez ineptos que, sin duda, por casualidad, habían tenido éxito en lo del Banco Ferrero, volvería a contar con su apoyo económico. Añadieron que, a partir de aquel momento, serían estrechamente vigilados y que si alguno gastaba más dinero del que se podía sustraer del cepillo de las ánimas de una iglesia de barrio, tendría que verse las caras con ellos y que ya, también desde aquel momento, le prometían un tratamiento especial.

Cuando, por fin, se fueron los dos peces gordos seguidos de sus ángeles custodios, los hombres de Ricardo respiraron aliviados y poco después abandonaron Pinto para dirigirse a Madrid. Tal como habían proyectado, partiendo de allí, los residentes fuera de la capital se dirigirían a sus puntos de procedencia, donde confiaban pasar desapercibidos hasta que se produjese el olvido del nada rentable golpe que acababan de realizar.

No obstante, sus esperanzas fueron disolviéndose en la nada poco a poco.

El primero que siguió los pasos de Ricardo y Maite yendo a parar a la cárcel, fue Pablo. Su amor a la velocidad le hizo saltarse el límite de ciento veinte ante las mismas narices de la Policía de Tráfico. Cuando fue invitado a realizar la prueba de alcoholemia se negó en redondo. Aquello fue una verdadera tontería muy propia de sus veintiún años. En realidad no estaba ebrio; solamente un poquito achispado, pero lo suficiente para molestar con sus comentarios ofensivos a los dos agentes. Estos solicitaron por radio la presencia de la unidad de atestados.

Pablo, perdida ya la poca serenidad con que contaba, comenzó una larga letanía de insultos que originó su inmediato traslado a la Comisaría más próxima. Allí llamó la atención su parecido físico con uno de los retratos robot confeccionados a partir de los datos proporcionados por el vigilante nocturno del Banco que había disfrutado de la oportunidad de verlo vistiendo el buzo amarillo.

Todas las Comisarías de Policía, Comandancias y Cuartelillos de la Guardia Civil y Urbana del país habían sido inundados con copias de aquellos retratos hechos y rehechos con paciencia

franciscana hasta que el sereno de la entidad bancaria, los empleados que habían tenido ocasión de tropezarse con alguna persona desconocida o sospechosa en las cercanías del Ferrero en la mañana del atraco, la hija del cajero que había facilitado la entrada en casa a Maite -con peluca pero sin pasamontañas-, el propio señor Recios y los señores Bruñido y Fajardo, habían coincidido en la descripción de los rasgos fisonómicos.

La Policía, en estrecha colaboración con la sociedad asaltada, había realizado una minuciosa labor de localización de los clientes que habían abierto cuentas en el plazo comprendido entre los cuatro meses anteriores al nueve de julio y el sábado siete.

Por este farragoso procedimiento, salieron a la luz los nombres de Luis Díaz Suárez y Jorge Sirio Cardús -Irún y Ricardo, respectivamente- falsos reporteros de la inexistente revista "Mundo Románico", destinatarios de ciertas transferencias efectuadas desde Madrid.

La Brigada especializada en cuestiones relacionadas con hostelería realizó una excelente labor investigando en los hoteles, pensiones y fondas más cercanas al Banco.

Así, las patronas de los establecimientos públicos donde se habían alojado Topo y Lola, y muy poco tiempo después Goñi e Irurita, enfrentadas con los retratos de sus huéspedes no tuvieron dificultad en reconocerlos.

La Policía fue ampliando el campo de su actuación y al llegar al Hotel Ramiro I, tuvieron la grata sorpresa de que en recepción también recordaban perfectamente a Ricardo e Irún.

De Bilbao, Logroño, Pamplona y San Sebastián comenzaron a llegar noticias de que dos de las fotos enviadas desde Oviedo podrían corresponder a dos individuos conocidos por los alias de Javi y Zaque, archiconocidos en el mundillo frecuentemente ligado al tráfico de armas, habían sido localizados en aquellas zonas muy pocos meses antes del atraco.

A partir de aquel momento, los componentes del grupo mandado en principio por Ricardo, aún en la calle, se encontraban en libertad provisional. Lo ignoraban, pero el principio del fin había empezado para ellos. Había sonado la hora de los confidentes y soplones, sin cuya colaboración la labor de los representantes de la ley sería muchísimo más difícil.

Poco a poco, uno tras otro, en ciertos casos gracias a la casualidad y otros -los más-, a la perseverancia de quienes se encargaron de la tarea, todos fueron detenidos.

Merced a los minuciosos interrogatorios a que fueron sometidos los hombres y mujeres del equipo de Ricardo, fueron conocidos perfectamente por la Dirección General de Seguridad los más pequeños detalles de la operación, su escrupuloso planteamiento, la realización de la misma, el

motivo de la elección del Ferrero y no de otro Banco, la adquisición del armamento y el material necesario.

Hubo, no obstante, dos datos que ninguno de los autores del atraco fue capaz de revelar: el primero, la identidad de los financieros del asalto; por la sencilla razón de que el silencio era el precio de sus vidas. El segundo, el paradero de los billetes, en este caso, porque lo ignoraban.